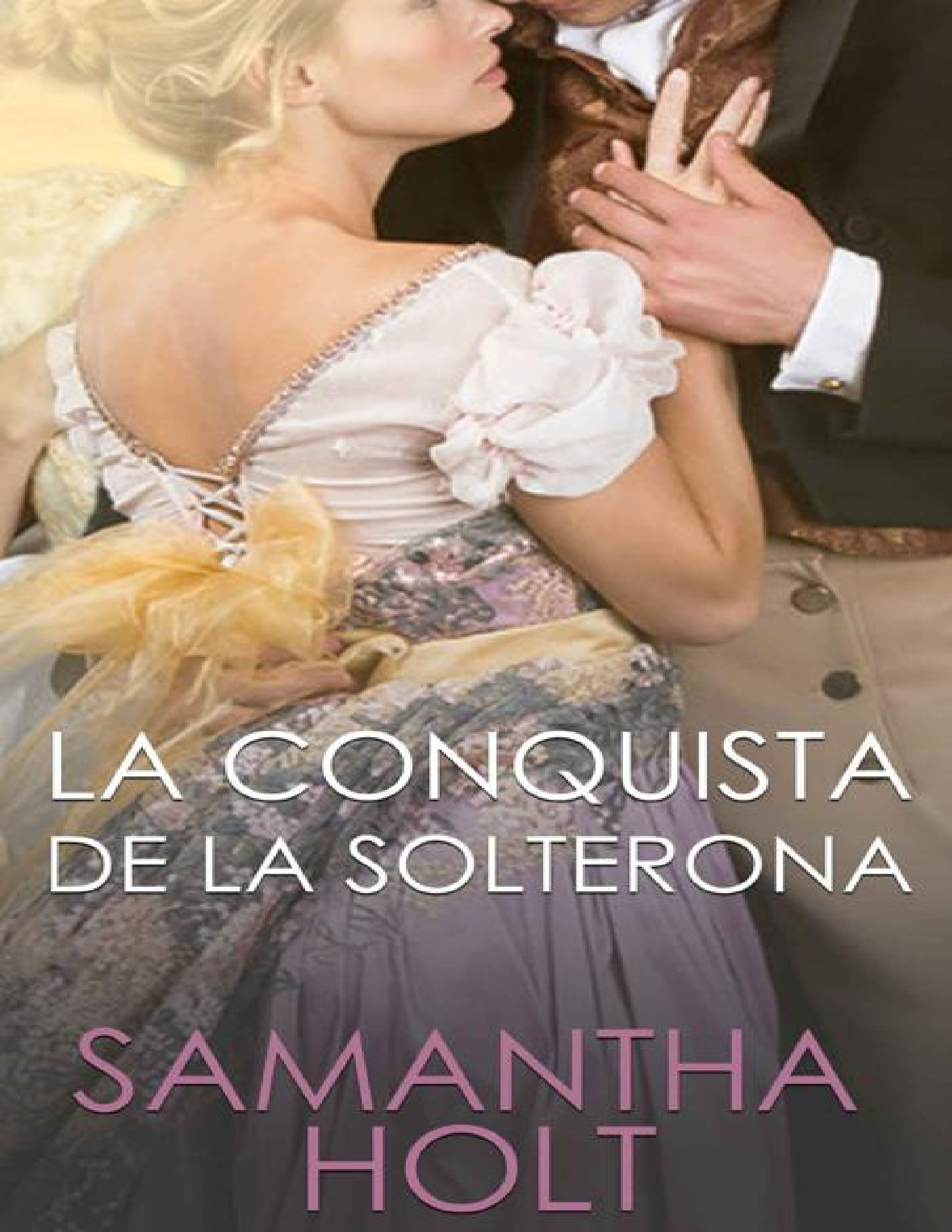




LA CONQUISTA DE LA SOLTERONA

SAMANTHA
HOLT

LA CONQUISTA DE LA SOLTERONA

El Club del Secuestro

SAMANTHA HOLT

Derechos de autor © 2020 Samantha Holt

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción parcial o total o el uso en cualquier forma o por cualquier medio de este libro sin permiso previo y escrito del editor, salvo la utilización de breves citas en reseñas.

Contenido

<u>Página del título</u>
<u>Derechos de autor</u>
<u>Capítulo Dos</u>
<u>Capítulo Uno</u>
<u>Capítulo Tres</u>
<u>Capítulo Cuatro</u>
<u>Capítulo Cinco</u>
<u>Capítulo Seis</u>
<u>Capítulo Siete</u>
<u>Capítulo Ocho</u>
<u>Capítulo Nueve</u>
<u>Capítulo Diez</u>
<u>Capítulo Once</u>
<u>Capítulo Doce</u>
<u>Capítulo Trece</u>
<u>Capítulo catorce</u>
<u>Capítulo Quince</u>
<u>Capítulo Dieciséis</u>
<u>Capítulo Diecisiete</u>
<u>Capítulo Dieciocho</u>

Capítulo Dos

Tras gritarle la dirección al cochero mientras avanzaban rápidamente por las tranquilas calles, Guy abandonó el carruaje a cierta distancia del lugar de encuentro. Miró a su alrededor en la oscuridad. Las ventanas brillaban y las farolas comenzaban a encenderse, disipando poco a poco las sombras. El olor a humo impregnaba el aire, ya que las casas encendían las chimeneas para alejar el frío otoñal. Una ligera brisa le hizo ondear el pañuelo que llevaba al cuello. Se ajustó el abrigo alrededor del cuello y echó otro vistazo a su alrededor.

Varias personas caminaban deprisa por la acera y pasaban carruajes. Observó a cada uno detenidamente. No había posibilidad de que la señorita Haversham lo hubiera alcanzado, pero no se sorprendería si a la condenada mujer le salieran alas y volara por sobre los tejados solo para fastidiarlo con más preguntas.

Preguntas que no podía, no quería responder. Preguntas que eran casi peores que “¿Por qué la señorita Amelia Jenkins rompió su compromiso apenas una semana antes de la boda”.

Esa pregunta la podía responder, pero bueno... “Huyó gritando del dormitorio” no era una respuesta que le apetecía que se divulgara.

En cuanto a las mujeres desaparecidas, si revelaba una sola palabra ante una reportera fisgona, todas podrían estar en peligro. De alguna manera, sospechaba que la señorita Haversham no dejaría en asunto en paz, así que iba a tener que idear una manera de alejarla de la historia.

Maldición. Se pasó una mano por la cara y echó a andar en dirección al parque, satisfecho de que ninguna mujer de mentón obstinado lo estaba siguiendo. ¿Cómo había hecho para conectar a las mujeres con él? Había sido cuidadoso al extremo de lo absurdo. El Club del Secuestro era un secreto bien guardado y todas las personas que lo conocían habían sido secuestradas, buscaban su ayuda o eran miembros del grupo. Que lo vieran con una de las mujeres desaparecidas no era ningún delito y si mal no recordaba, se había encontrado por casualidad con Lady Steele justo antes del secuestro y ella se había mostrado tan deseosa de cautela como él.

Atravesó los portones de hierro forjado de Green Park y se dirigió hacia la fuente. En clima más cálido, el parque estaría abarrotado de peatones, pero por la noche los sombríos senderos a menudo albergaban a ladrones y borrachos. Precisamente por eso había traído su pistola. Podía arreglárselas en la mayoría de las situaciones, pero nunca convenía descuidarse.

Cuando salió del otro lado del parque, cerca de Piccadilly, un carruaje avanzó desde las sombras de un callejón lateral. La puerta se abrió y él entró en el interior oscuro. Las sombras ocultaban el rostro de la mujer, pero el porte regio de Lady Clearbury, Duquesa de Newhampton era inconfundible.

—Su Gracia —la saludó, ubicándose frente a ella.

El vehículo se puso en movimiento bruscamente y él se aferró al borde de la ventana abierta con una mano enguantada.

—Gracias por encontrarse conmigo, Henleigh.

Esperó; el silencio se veía interrumpido solo por el ruido de las ruedas y el golpeteo de los cacos. Según su experiencia, a las mujeres que acudían a él les resultaba difícil encontrar las palabras para describir sus situaciones. Era mejor no hacer preguntas hasta que juntaran valor. Solicitar susservicios ya requería suficiente determinación como para que un hombre exigiera respuestas y en los últimos años había aprendido a tratar a esas mujeres con mano suave.

No es que alguna vez hubiera tratado a las mujeres con mano brusca. Ni que fuera a hacerlo. Había visto lo que bestias de hombres hacían a las mujeres y si pudiera colgarlos a todos, lo haría, pero por desgracia, no había castigo para un hombre que era violento con su propia esposa.

Lady Clearbury carraspeó y se retorció las manos. Él había creído que su matrimonio era agradable. El duque y ella parecían cercanos y hacía por lo menos dos décadas que estaban casados. Pero las apariencias podían ser engañosas. Lo sabía demasiado bien.

Muchos pensaban que era el clásico soltero empedernido, con alguna amante escondida en algún sitio, quizás, pero comprometido con permanecer soltero y hacer el amor con todas las damas de la alta sociedad a espaldas de sus esposos. Esa impresión errónea le servía muy bien, pero no podía estar más alejada de la verdad.

—Necesito su ayuda —dijo ella con voz algo ronca.

—No sé qué puedo hacer para ayudarla —respondió él con cautela.

—Creo que sí lo sabe. —La duquesa le clavó la mirada; la luz de las farolas que pasaban iluminaba sus facciones severas—. Sé que ha ayudado a mujeres.

Él no respondió.

—Quiero que ayude a mi hermana.

—¿Su hermana?

Ella asintió.

—Lady Louisa Pembroke. Tiene su misma edad, aproximadamente. Sin duda asistió a su baile de presentación.

—Ah, sí. —Él frunció el ceño—. Lamento decirle que no la he visto en años.

—Por un motivo claro. —Lady Clearbury apretó los labios—. Su esposo controla todos sus movimientos. Rara vez le permite ir a algún sitio.

—Comprendo.

—No he podido verla en dos años. —Su voz se quebró y la mujer se inclinó hacia adelante—. Lo cierto es que el Barón Pembroke, su esposo, es una bestia violenta que la golpea a su antojo. Mi hermana es obediente y estaba ansiosa por ser una buena esposa. Es imposible que merezca algún tipo de crueldad.

—Soy de los que creen que nunca es aceptable levantarle la mano a una mujer, independientemente de su comportamiento —respondió él con firmeza.

—Pues es usted una rareza, me temo.

—¿Cómo sabe que la está tratando de esa manera si no la ha visto? —A Guy le desagradaba hacer esas preguntas, pero tenía que estar seguro de la situación de la mujer antes de poner al Club de los secuestros —y a sí mismo— en riesgo.

—Logró enviarme una carta hace aproximadamente un mes. Las golpizas son cada vez peores. Dijo que temía morir a manos de él. —Buscó dentro de su pequeño bolso y sacó una hoja de papel. Le entregó la carta con mano temblorosa.

Él la tomó y la apuntó hacia la luz de la calle. No pudo leerla toda, pero vio lo suficiente como para reconocer la gravedad de la situación.

—Necesito que llegue hasta mi hermana, Louisa. De cualquier manera. Me temo que si sigue atrapada dentro de ese matrimonio, sus miedos se harán realidad. —La duquesa alargó el brazo y le apretó la mano con fuerza—. Por favor, diga que lo hará.

Guy no necesitaba pensarlo dos veces. Podía no tener mucho que ver con mujeres últimamente y estar decidido a seguir así tras el fiasco con Amelia, pero había visto con sus propios ojos lo que esta clase de hombres les hacían a sus esposas. No podía dejar a Louisa

Windham librada a su destino y esta era precisamente la razón por la que se había formado el Club del Secuestro.

—La ayudaré —prometió.

Freya decidió dejarse el grueso abrigo puesto; tras quitarse las horquillas del cabello, las guardó en el bolsillo. Pasándose los dedos por el pelo, se masajeó el cuero cabelludo con un suspiro de alivio. Qué tontería era tratar de mostrarse profesional. Quizá Lord Huntingdon la habría tratado con más cordialidad si se hubiera mostrado dulce y bonita como una de las damas de la alta sociedad.

Frunció la nariz y se detuvo a encender la única vela del pasillo. Era imposible que pudiera parecerse a esas damas, sobre todo sin dinero ni educación. Todo en ella era pálido. El cabello rubio que se veía casi blanco bajo cierto tipo de luz y ojos que eran apenas aceptablemente azules. Si bien las mujeres de la alta sociedad preferían un cutis claro, el suyo lucía más enfermizo que delicado.

Por desgracia, no carecía de vanidad, aunque debería. Lucir bonita significaba poco para una mujer como ella. La única forma en que podría conseguir algo en la vida sería con mucho trabajo.

Aunque eso no le impedía preguntarse cómo se sentiría que un hombre como el conde la admirara.

Freya se reprendió mentalmente y tras avanzar en puntillas por el pasillo, se detuvo en la entrada a la sala. El fuego ofrecía un débil resplandor que apenas calentaba la habitación, mucho menos el resto de la casa. Tendría que dormir con el gastado abrigo puesto esta noche, ya que su padre no había mantenido el fuego encendido.

Pasó junto al sillón donde había dejado a su padre esa mañana. Un ruido parecido al gruñido de un perro enfadado brotaba de su boca abierta. Miró al perro a sus pies.

—¿Cómo es posible que papá suene más como un perro que tú? —susurró.

Las orejas de Brig se enderezaron y el perro se levantó lentamente. El bulldog, que le llegaba solo hasta la pantorrilla, avanzó hacia ella, despacio. Freya se agachó, extendiendo una mano hacia el animal medio ciego que se movía con dificultad hacia su aroma. La olfateó unos segundos y luego se restregó contra su mano. Ella sonrió, se sentó en el suelo y permitió que el perro blanco se acomodara en su regazo para recibir caricias.

—Debería encender este fuego o todos moriremos congelados —dijo a Brig.

—Me quedé dormido un rato —protestó su padre—. No hace tanto frío.

Ella levantó la mirada y lo vio enderezarse en el sillón y ajustarse la manta alrededor del cuerpo.

—¿Ah, no? Entonces creo que no necesitas esa frazada.

—Me gusta —objetó él—. Es cómoda.

Freya se levantó y dejó al perro en la alfombra cerca del fuego que se extinguía. Su padre la miraba a través de párpados caídos; las cejas pobladas casi bloqueaban su visión. Las arrugas y una nariz grande y rojiza dominaban su cara enmarcada por una gruesa mata de pelo blanco.

A veces deseaba que sus padres fueran más jóvenes, haber nacido antes, pero ningún padre podía amarla tanto como ellos la amaban. “Su pequeño milagro”. Tras veinte años de intentar concebir un hijo, ella había llegado como una bienvenida sorpresa.

Depositó un rápido beso en la mejilla de su padre, fue hasta la chimenea, la llenó de ramitas secas y sopló. Las llamas cobraron vida y ella añadió un poco de madera.

—¿Qué hora es? —preguntó su padre, dirigiendo una mirada a la repisa.

—Hora de ir a la cama.

Disimuló un bostezo detrás del dorso de la mano. Entre la investigación que estaba haciendo para su historia, las horas que se había quedado despierta para terminar la columna de chismes y el tiempo que dedicaba al cuidado de sus padres, apenas si había dormido cuatro horas la noche anterior. Si a eso le sumaba las noches pasadas ayudando a Lucy hasta tarde, creía que no había dormido una noche entera en al menos un mes.

—¿Cómo va tu historia? —Su padre se levantó de la silla e hizo una mueca de dolor al sentir el crujido de una articulación. —Ay, por Dios, Freya, no envejecas nunca. Es sumamente fastidioso.

—Haré lo mejor que pueda —respondió ella con tono alegre.

Su padre se detuvo frente a ella y le acarició la mejilla, girándola hacia la luz de la lámpara.

—Te ves cansada, hija. Necesitas descansar. Créeme, se más que nadie lo que es trabajar duro y lamentarás cuando tus huesos estén tan cansados como los míos. —Apretó los labios—. Aunque sabe Dios que daría cualquier cosa por poder volver a trabajar para que pudieras disfrutar un poco más de tu vida.

—Disfruto de mi vida —insistió ella; apretó la mano de su padre y la apartó de su rostro—. Amo escribir y estoy segura de que tengo una buena historia entre manos.

—Sé que no te gusta escribir esas columnas.

—Son un comienzo, papá. Apuesto a que tú tampoco disfrutabas de tu trabajo como escribiente, pero mira a dónde llegaste. Te convertiste en abogado con una excelente reputación.

—Si mi vista no estuviera tan mal como la de Brig, seguiría trabajando como abogado —gruñó él.

—Extrañarías demasiado tus siestas diurnas —bromeó Freya.

—Bueno, estoy seguro de que podría acomodarlas en mi jornada laboral —respondió él con una sonrisa. Levantó la mirada hacia el techo—. ¿Has ido a ver a tu madre? Vino Lucy a ayudarme con la cena para ella y estaba muy conversadora. Me refiero a tu madre, aunque esa Lucy podría dejar sin palabras a los chismosos más grandes de la ciudad.

Freya se rio. Conocía a Lucy desde hacía muchos años, desde que el padre de Lucy la había traído desde el Caribe cuando era una niña y ambas se ayudaban mutuamente en lo quepodía. Lucy la ayudaba con sus padres mientras Freya trabajaba y ella ayudaba a Lucy con su próspero negocio como modista para algunas personas bastante importantes. La reputación de su amiga se había expandido últimamente y Freya sospechaba que no pasaría mucho tiempo antes de que se mudara de la calle Prince. No resentía su éxito en absoluto, pero iba a echar de menos tenerla tan cerca.

—Iré a ver a mamá en un momento. Seguramente esté durmiendo,ahora.

—La escuché toser durante casi todo el día.

Freya mantuvo su expresión neutral. Lo que menos necesitaba su padre era preocuparse por la salud de su madre. Desafortunadamente, ella todavía no se había recuperado de una enfermedad.

—Estoy segura de que una sopa o un té la harán la ayudarán. Iré a preparar algo.

El padre de Freya apoyó las manos sobre sus hombros.

—Te irás a la cama —le ordenó—. Soy perfectamente capaz de calentar la sopa.

—Pero...

—Ve —le ordenó, haciéndola girar hacia la puerta—. Te conozco, y sé que mañana te levantarás temprano para perseguir esa historia y prefiero que vayas tras los villanos habiendo dormido toda la noche.

—Sí, papá —respondió ella, sabiendo que él tenía razón. Ella se hacía una única pregunta: ¿Lord Huntingdon era realmente un villano?

Capítulo Uno

Guy miró por encima de su hombro y alcanzó a ver a la reportera precipitándose por la calle londinense con toda la delicadeza de un coche de correo. Al verla zambullirse detrás de un muro, sus labios se curvaron en una sonrisa. Si no fuera tan irritante, la encontraría divertida, pero no podía permitir que ella presenciara la reunión clandestina a la que debía asistir, o peor aún, que lo relacionara con “El club del secuestro”.

Sin embargo, esto rozaba la persecución y comenzaba a resultarle cansador. Aceleró el paso, dando zancadas largas por la acera y manteniendo la atención fija hacia adelante. El sol se demoraba detrás de los edificios, bañando sus cimas cuadradas en un glaseado de color ámbar. Pronto la oscuridad engulliría las calles de la ciudad, pero tenía la sospecha de que ni siquiera entonces se liberaría de ella.

Maldita sea, tenía que deshacerse de la mujer. No podía tener una reunión clandestina con una duquesa en el parque si esa entrometida reportera del *London Chronicle* seguía detrás de él.

Guy se permitió una sonrisa irónica. Llamarla “reportera” era adjudicarle demasiado mérito. La señorita Havisham, había descubierto, era la responsable de la columna de chismes del *Chronicle*.

Podría contar con una mano las veces que lo habían mencionado en esa columna, pero incluso una o dos veces eran suficientes, sobre todo cuando los chismes trataban sobre él y lady A.

Amelia.

Otra mujer más que se las había arreglado para ser un dolor de cabeza.

En realidad, era más como un dolor en el corazón. Soltó un suspiro. Maldición, esa mujer seguía teniendo cierto control sobre él. Cada vez que recordaba su nombre, el cuchillo de la frustración se retorció en su corazón, clavándose más profundamente. Había estado tan cerca... había pensado que quizá, esta vez sí, por fin había encontrado una mujer que lo quería. A él como persona.

Pero, ay, no estaba destinado a ser.

El sufrimiento se había aliviado tal vez en los últimos años, pero seguía sintiendo dolor y lo que menos necesitaba era que una mujer como la señorita Haversham se enterara de todos los detalles de su compromiso fallido y revelara la desilusión del Conde de Henleigh a toda Inglaterra.

No quería saber qué buscaba ella. En su opinión, las columnas de chismes eran la forma más baja de periodismo y no le daría ningún combustible para las llamas del infierno que envolvían su trabajo.

Se detuvo otra vez y fingió mirar hacia arriba, a uno de los edificios de tres pisos que bloqueaban el sol en descenso, una silueta alta y oscura con ventanas solo iluminadas en el segundo piso. Una sombra se movía en una ventana, y vio a un caballero con una copa en la mano, dirigiéndose hacia la chimenea. La luz dorada titilaba y bailaba. Guy tiritó y se ajustó el abrigo alrededor del cuello.

Un fuego cálido y un trago de brandy en su sillón favorito serían muy bienvenidos en este momento. Mucho más atractivos que escabullirse como una rata húmeda por las calles de Londres, hacia una reunión secreta. Hubiera sido agradable al menos tener su carruaje, pero el escudo de familia grabado en el costado no habría ayudado con la naturaleza clandestina del

asunto.

Pues bien, se tomaría ese brandy tan pronto como todo esto terminara, se juró. Y tan pronto como se hubiera liberado de la señorita Haversham. Ahora mismo lo estaba espiando desde la esquina de un callejón.

Exhaló y se pellizcó el puente de la nariz. La mujer no iba a dejarlo en paz. Ya lo sabía. Hacía meses que ella solicitaba audiencias y él las rechazaba. No tenía idea de lo que quería, pero dada su asociación con el Club del Secuestro y su posición de liderazgo en él, cuanto menos ella husmeara en su vida, mejor. Eran demasiadas las mujeres cuyas vidas dependían de que la de él se mantuviera en el misterio como para siquiera considerar tener una conversación con ella.

Lo más probable, por supuesto, era que quisiera comentar sobre alguna tontería. Como el hecho de que Amelia se hubiera casado recientemente.

Por qué la señorita Haversham encontraba diversión en revolver sus heridas, no podía decirlo. No la conocía y tampoco deseaba hacerlo. Después del fiasco con Amelia, se había resignado al hecho de que él y las mujeres no se mezclaban ni lo harían nunca. Al diablo con sus deberes como conde; se quedaría soltero para siempre y se aseguraría de legitimar a su medio hermano.

Russell podría tener algunas opiniones al respecto, pero no había mucho más que pudiera hacer. Heredaría el título y sin duda él y Rosie tendrían hijos en un futuro cercano, por lo que la línea de sucesión estaría asegurada.

Guy dio unos cuantos pasos más. Las calles estaban tranquilas; los peatones se apresuraban antes de que la noche se tragara a Londres. Pasó un carruaje y luego un carro. Se escurrió entre los dos vehículos, deteniéndose unos segundos para quedar oculto. Luego giró en redondo.

La señorita Haversham salió de su escondite y se detuvo para mirar a su alrededor con las manos en jarra.

—¿Dónde diablos...? —murmuró.

—¿Me buscaba? —preguntó Guy, acercándose por detrás.

Ella se dio la vuelta, con los ojos muy abiertos; la luz de la calle iluminaba suavemente su cabello claro.

—¡Hostia!

Él se habría divertido con su lenguaje soez si no detestara tanto a periodistas como ella. Mantuvo el gesto adusto y apretó la mandíbula. Había intimidado a varios hombres con esa expresión.

Ella levantó su barbilla angulosa, le clavó una mirada azul pálida y se cruzó de brazos.

—De hecho sí, lo buscaba.

Si el conde quería asustarla, tendría que esforzarse más. No había sobrevivido un año en lo que todavía era un trabajo de hombres solo para dejarse amedrentar por ojos intensos, una mandíbula firme y cejas fruncidas.

Aunque el corazón se le había acelerado un poco. El muy traidor.

Sin duda, muchos hombres y mujeres, tal vez incluso animales, se habrían acobardado ante esa mirada. Pero ella, no. El conde tenía la mandíbula más fuerte que Freya hubiera visto, rematada con un hoyuelo en el centro de la barbilla, cejas oscuras y gruesas, y surcos permanentes en el entrecejo que la hacían sentir que desaprobaban de ella. Era alto, también, con hombros anchos. Y por supuesto, la ropa le calzaba a la perfección y estaba hecha de las telas más finas.

Pero nada de eso importaba. Ni su aspecto aceptable —porque era apenas eso— ni el abrigo

que probablemente costaría lo que ella ganaría en toda su vida, ni el oscuro ceño fruncido ni sus labios generosos.

Se reprendió a sí misma. ¿Labios generosos? ¿A quién le importaba si tenía labios generosos? ¿Por qué iba a notarlo? Sacudió la cabeza y lo miró desde debajo del ala de su sombrero.

Él la miraba con desdén; su propio sombrero echaba sombras sobre su cara, haciéndolo parecer todavía más oscuro e intimidante.

No obstante, eso no la disuadiría.

Tenía una historia que perseguir y no iba a permitir que él la ahuyentara. Esta podía ser la oportunidad de dejar atrás esas odiosas e insípidas columnas de chismes sociales que tanto detestaba. Dios, podía imaginarlo: escribir una historia sobre las aristócratas desaparecidas y obtener por fin el respeto que anhelaba por su escritura. Llegar a ser alguien en ese mundo de hombres que eran los periódicos.

Sí, claro, y también ganar lo suficiente como para mantener cómodos a sus padres en la vejez.

De manera que una mirada torva de un noble con título no la iba a desviar de su camino, por más que él le acelerara los latidos del corazón.

—Debería dejar de seguirme, señorita Haversham. Es una conducta muy poco apropiada.

Ella resistió el impulso de alzar los ojos al cielo. La conducta apropiada era para damas de alcurnia, no para trabajadoras como ella. Desde que tenía memoria, había vagado por las calles de Londres, buscando trabajos apenas respetables donde podía, hasta que por fin convenció al editor del Chronicle que la empleara. Había aprendido a cuidarse sola y no tenía tiempo para “conducta apropiada”

—Lord Huntingdon, solo necesito unos minutos de su tiempo.

Él negó con la cabeza.

—No tengo unos minutos.

—Ha rechazado todos mis pedidos de audiencia.

—Pues, sí. Cuando uno es conde, por lo general está bastante ocupado.

—Solo tengo unas preguntas...

Él giró sobre sus talones.

—Debería volver a su casa, señorita Haversham. Está oscureciendo.

Freya se adelantó rápidamente y le bloqueó el paso. Era bastante absurdo pensar que ella, con su estatura promedio, su apariencia corriente, su cabello corriente, bueno, todo corriente menos su mente, podría detener a ese hombre rico, arrogante, más que aceptable en apariencia, pero ella nunca se había rendido con facilidad y no lo haría ahora. Bueno, le había llevado meses presentar su trabajo a su editor y quedarse parada fuera de su oficina para que finalmente leyera lo que había escrito.

—Señorita Haversham, ¿cree que seguirme todos los días es la manera correcta de abordar esto?

Ella frunció los labios ante su tono condescendiente.

—Milord, usted ha rechazado todas mis solicitudes de audiencia y de verdad que solo tengo unas preguntas...

—No tengo nada que decir sobre la señorita Jenkins. —Frunció el ceño y se masajeó la frente—. Es decir, la señora King.

Freya vaciló.

—¿La señora King? —repitió, sorprendida. Se refería a la mujer con la que iba a casarse. Recordaba haber escrito sobre el compromiso hacía unos años—. Oh, no, no estoy interesada en su compromiso fallido.

Una mueca fugaz de dolor cruzó por la cara de Lord Huntingdon.

Ella maldijo mentalmente. La mayoría de los matrimonios entre miembros de la clase alta se arreglaban por conveniencia, por lo que había dado por sentado que a él no le había importado cuando la señorita Jenkins puso fin al acuerdo, pero tal vez realmente la había querido. No era algo tan extraño, tampoco.

Aunqu era difícil imaginar que este hombre de expresión fría y ceñuda, envuelto en privilegios y riqueza, pudiera amar a alguien que no fuera él mismo.

—Es decir, me gustaría hacerle preguntas sobre otro asunto.

—Sea lo que sea, no tengo comentarios al respecto. No me importa si Lady W está teniendo un romance con Sir S o si los patrocinadores de Almack's amenazan con prohibir la presencia de cierto mujeriego vividor en la venerada pista de baile. —La miró a los ojos—. Señorita Haversham, yo no tengo debilidad por los chismes.

A ella por lo general no le importaba si la gente menospreciaba su trabajo. Al fin y al cabo, era solo un medio para un fin. Pero por alguna razón, sintió una punzada de dolor, como si se hubiera topado con un manojo de ortigas y ahora tuviera la piel caliente y dolorida. No debería importarle. ¿Por qué debía preocuparse por la opinión de un hombre que nunca había trabajado un día en su vida?

Freya le sostuvo la mirada y enderezó los hombros.

—No busco chismes. Busco hechos. Sobre un asunto de particular importancia.

—Sí, claro —dijo él con desdén.

—La desaparición de Lady Steele.

Vio un destello en su mirada. Podría haber sido un truco de la luz que llegaba desde el edificio cercano, pero no le parecía que fuera así. Sus instintos rara vez se equivocaban, menos cuando se trataba de una historia y en este momento, sus instintos estaban en llamas.

Él sabía algo.

—Al fin y al cabo, usted fue uno de los últimos en verla —insistió Freya—. Justo antes de que desapareciera hace más de cuatro años.

Él se encogió de hombros.

—Ella pertenecía a la alta sociedad. Como sin duda habrá notado, señorita Haversham, nosotros, los nobles, tendemos a pasar tiempo juntos.

—¿Le hizo ella algún comentario? ¿Intuyó usted que pudiera estar en algún tipo de problemas? Debe admitir que es extraño. Últimamente ha habido una serie de desapariciones y secuestros de mujeres adineradas. De hecho, ha habido al menos cuatro que...

Él levantó una mano.

—Señorita Haversham, al parecer, tiene usted una imaginación bastante febril. Por mucho que me gustaría decir que suelo juntarme con muchas de las hermosas mujeres de la alta sociedad, no lo hago. Soy un hombre ocupado, con poco tiempo para socialización y frivolidades. Lo siento si eso no alimenta su columna, pero es así. —Hizo un movimiento con la mano en dirección a algo detrás de ella y Freya se volvió, frunciendo el ceño. Un carruaje se acercó; él subió de un salto y dio unos golpecitos en el techo.

—Buenas noches, señorita Haversham —dijo mientras cerraba la puerta rápidamente y se inclinaba por la ventana—. ¡Deprisa! —gritó al cochero antes de que ella pudiera terminar de comprender lo que había ocurrido.

El carruaje se alejó, sin darle tiempo para reaccionar o asir la puerta. Ella bajó la mano y observó cómo el vehículo desaparecía en la esquina. ¿Qué habría hecho si hubiera logrado asir la puerta? ¿Se habría colgado del vehículo como una desquiciada?

Tal vez.

El podía habersele escapado esta noche, pero no sería la última vez que la vería. Había una historia detrás de los ojos del apuesto conde y nada la disuadiría de descubrir cuál era.

Capítulo Tres

Russell levantó sus hombros atléticos.

—Bueno, Rosie podría intentar ponerse en contacto con Lady Pembroke —sugirió.

Guy miró a su medio hermano, que estaba junto a la ventana, vigilando. Era inteligente y tenía tal vez la mente más rápida de los tres miembros del Club del Secuestro, pero no estaban pudiendo encontrar la forma de llegar a la esposa del barón. A estas alturas, ni siquiera sabían si la mujer seguía con vida, pues era una rareza verla en sociedad.

Frunció el ceño. En realidad, ya eran cinco miembros. Tanto Russell como Nash se habían casado en el último año y ambas esposas ayudaban con los secuestros.

—Creo que es mejor que lo intente yo —dijo Guy—. Por lo visto, el marido de Lady Pembroke es violento y no querría ponerla en peligro.

—La loca de mi mujer ansía el peligro —dijo Russell, levantándose de la silla en la cabaña en ruinas—. Pero confío en tu criterio, Guy.

Mientras Grace, la esposa de Nash, ayudaba con el cuidado de las damas y se mantenía fuera de peligro, Rosamunde participaba en los secuestros. La audaz mujer lo hacía bastante bien. Habían salvado a otras dos mujeres de situaciones desesperadas desde que las esposas se habían unido. Se pasó una mano por la cara. A veces, lo agotaba el asunto de los secuestros, pero no podía cesar con la actividad. Si las mujeres acudían a él, no podía negarles su ayuda.

Nash, su amigo de toda la vida y miembro de la nobleza como él, dejó caer varios terrones de azúcar en la taza que tenía delante.

—¿Tenemos certeza de que esta mujer está en problemas?

—Vi una carta —respondió Guy—, pero por eso mismo necesitamos hablar con ella. No sabemos nada de su situación, pero por lo que dijo Lady Clearbury, su esposo tiene la mano pesada. No veo por qué nos mentiría. —Su hermano asintió—. ¿Por qué una duquesa solicitaría tus servicios y se arriesgaría a ser blanco de chismes sin una buena razón?

Miró a Russell, confiaba completamente en su juicio, aunque su parentesco no se había hecho público hasta ese verano y si bien se habían acercado, ninguno de los dos sabía muy bien cómo comportarse como hermanos todavía. Russell había pasado toda su vida solo, por lo que le estaba costando acostumbrarse a tener una esposa y un hermano. A pesar de que Guy conocía su relación sanguínea desde hacía más tiempo, a veces todavía lo tomaba por sorpresa tener un familiar en quien realmente podía confiar.

—Con gusto haré lo que sea necesario —dijo Nash—. Solo avísame. —Bebió un sorbo de té, frunció el ceño y lo empujó hacia el otro lado de la mesa—. Creo que prefería cuando nos reuníamos en la posada. —Hizo un gesto que abarcaba la habitación ventosa, con una ventana rajada, paredes que solían ser blancas pero estaban descascaradas y sucias, y una antigua cocina de leña manchada de óxido—. Seguro que tenemos fondos como para reunirnos en algún sitio agradable.

Guy negó con la cabeza y se levantó de la desvencijada silla en la que estaba sentado. Cogió su abrigo del respaldo y recuperó el sombrero y los guantes del perchero.

—Esa maldita periodista me está siguiendo. Era demasiado arriesgado encontrarnos en cualquier lugar público y esta fue la única casa que pude conseguir con poco tiempo y toda la discreción necesaria.

—Ah, sí, la señorita Haversham —Una sonrisa se dibujó en el rostro de Nash—. Me

gustan sus columnas. Siempre contienen los mejores chismes.

Guy arqueó una ceja.

—¿Disfrutas de las columnas de chismes sociales?

Rusell negó con la cabeza.

—Solo le gustan porque ella lo describió como moreno y apuesto.

—¿Sí? —dijo Nash—. No lo recordaba.

Guy entornó los ojos.

—Claro que lo recuerdas; por el amor de Dios, mantente lejos de esa mujer.

—No siente ningún interés por mí —replicó Nash—. Solo por ti, parece. —Se levantó de la mesa y se detuvo—. ¿Cómo fue que te describió? No logro recordarlo bien.

—No tengo idea —respondió Guy, tajante.

La última vez que había aparecido en su columna fue después de la ruptura del compromiso y no había ni querido leerla, aunque le resultó imposible no echarle un rápido vistazo. Necesitaba saber si Amelia revelaba algo sobre el motivo por el que había puesto fin a la relación. Por fortuna, no dijo nada.

—Nash —advirtió Russell.

—Ah, sí. Creo que dijo que eras “misterioso, sombrío, pero bastante carente de personalidad. —Nash apoyó una mano en el hombro de Russell—. Pronto será tu turno. Me pregunto cómo te describirá.

Russell frunció el ceño.

—¿Por qué escribiría sobre mí?

Nash le dirigió una mirada.

—Eres el medio hermano perdido del conde de Henleigh. Por supuesto que querrá escribir sobre ti.

—No si puedo evitarlo —murmuró Guy—. Aunque la mujer es muy decidida.

—¿Qué mujer no lo es? —dijo Nash, encogiéndose de hombros—. He aprendido a seguir la corriente, simplemente. Es mucho más fácil así.

Russell asintió, con una sonrisa en los labios y abrió los brazos, para luego apartarse del alféizar de la ventana.

—Estoy de acuerdo.

—Pues yo no pienso seguir el juego con la señorita Haversham —declaró Guy—. Podría poner en peligro todo por lo que hemos trabajado y peor aún, a las mujeres a las que hemos ayudado.

—Estoy seguro de que puedes lidiar con una mujer menuda —dijo Nash—. Al fin y al cabo eres el conde de Henley.

—Puedo manejarla, sí —murmuró Guy. Por supuesto que podía.

Decididamente. Una mujer pequeña y pálida no iba a vencerlo. No, señor.

—Solo aléjate si se acerca a ti.

—Entendido. —Russell se unió a él en la puerta—. Entonces veré si puedo descubrir algo más sobre la señora Pembroke y su rutina.

—Desde lejos —le recordó Guy.

—Por supuesto.

—Y yo regresaré con mi bella esposa en el campo y esperaré a recibir noticias de vosotros. —Nash los miró—. Juro que no sé cómo ni Grace ni yo vimos el parecido entre ambos. Sobre todo Grace. Es la mujer más inteligente que conozco.

Russell carraspeó.

—No nos parecemos en nada.

—No de una manera obvia, pero no hay duda de que hay algo allí. En la zona de los ojos, diría. —Señaló la cara de Russell y él le apartó el dedo—. Ni qué hablar que tenéis el mismo color de pelo.

—Nash, uno de estos días te enviaré de regreso al campo a tu propiedad en ruinas y te dejaré allí —se quejó Guy.

—No te atreverías. Necesitas de mi encanto y atracción. Cosas de las que vosotros dos carecéis, por cierto. Las mujeres a las que ayudamos os tienen pánico. Además, la propiedad ya no está en ruinas. Está quedando muy bien.

—Esperaré la invitación a cenar —bromeó Guy.

—Pues todavía no está lista para recepciones —admitió Nash—. Pero hemos hecho muchos progresos.

—¿Quién os la está pintando? —preguntó Russell—. Pregunto porque...

Guy semarchó antes de que los dos hombres pudieran continuar con su conversación, y montó su caballo. Podía prescindir de conversaciones sobre felicidad matrimonial y pintura de las residencias que compartían con sus esposas. Aunque no sentía ningún resentimiento ante la felicidad de ellos, era un recordatorio doloroso de que jamás experimentaría lo mismo. A juzgar por cómo había reaccionado Amelia ante él, ninguna mujer querría acercársele.

Esta historia tenía que valer la pena. Tenía que valerla.

Tenía que valer la pena del agua que se filtraba lentamente por el agujero de su bota izquierda y las gotas de lluvia que caían sobre la espalda de su abrigo desde el ala del sombrero. Tenía que valer por lo menos las dos horas de pie que había pasado bajo la lluvia hasta ahora. Pero el chico del periódico dijo que había visto partir el carruaje del conde más temprano en el día y Freya no tenía intención de dejar que escapara de nuevo.

Acurrucada bajo un árbol, observaba cada carruaje que pasaba con la esperanza de ver el escudo del conde. Bajó la mirada a sus dobladillos embarrados. Haberse puesto su vestido de muselina más elegante había sido un error. La tela clara absorbía la mitad de los charcos, dejándola con faldas que iban de blanco a marrón claro a un bonito color de barro oscuro. Hizo una mueca. ¿Cómo pretendía que el conde la tomara en serio cuando parecía que hubiera atravesado un campo embarrado?

Pues ya no importaba. Vio el escudo que estaba segura que jamás olvidaría. Había estudiado todo sobre este hombre y algo en él le resultaba extraño. Se comportaba como un soltero empedernido, pero no dejaba detrás de él una multitud de mujeres desconsoladas. Hasta las circunstancias detrás de su compromiso roto eran raras. La señorita Amelia Jenkins, por lo que ella sabía, había estado feliz con la idea de desposarlo y se la veía muy enamorada. Así que Freya no comprendía por qué había cambiado de idea a último momento.

Tenía que concluir que un hombre moderadamente atractivo como el conde tenía amantes

en algún lugar. Un caballero como él no podía vivir la vida sin compañía femenina. Nadie como ella para saberlo: se había cansado de escribir sobre romances y escandaletes. Pero dónde estaban esas amantes, no tenía idea. Ni siquiera había podido encontrar una pista sobre algo escandaloso o ilegal.

No obstante, allí había una historia, de eso estaba segura. Él sabía algo sobre esas mujeres desaparecidas y no iba a permitir que siguiera esquivándola.

Avanzó directamente hacia la calle y levantó las manos. El carruaje se acercaba rápidamente; la lluvia resbalaba por el elegante exterior negro. Sintió la vibración del suelo bajo sus pies a medida que los dos caballos acortaban la distancia. Había anticipado que el conductor se detendría mucho antes, pero el vehículo seguía avanzando. Retuvo la respiración y con una mueca de dolor, se preparó para una colisión.

Qué tontería, morir sobre esa cuesta.

El corazón se le fue a los pies cuando el carruaje se detuvo abruptamente, en medio de relinchos de caballos y maldiciones del cochero.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —la increpó el hombre.

Ella le hizo un gesto con la mano y tras rodear el carruaje, abrió la puerta y subió. Se dejó caer sobre el asiento acolchado frente al conde.

Él bajó el periódico lentamente y arqueó una ceja oscura. Tal vez a algunas mujeres esa mirada les resultara excitante. A ella, esos ojos azules grisáceos le comprimían ligeramente el pecho. Pero no, seguramente se debía al temor de haber muerto pisoteada por el carruaje. Se llevó una mano al pecho y esbozó una rápida sonrisa.

—Milord —dijo, sin aliento.

Él dobló el periódico, lo dejó sobre el asiento y luego dio unos golpes en el techo del vehículo.

—Continúa —le ordenó al cochero.

Ella apoyó la palma de la mano sobre el mullido asiento cuando el vehículo se puso en movimiento otra vez.

—Pensé que tal vez me arrojaría a la calle.

—Tentador. —La miró de hito en hito—. Pero por lo visto, ya ha andado bastante por los charcos y el barro.

Freya sintió un ardor en las mejillas. No debería importarle lo que él pensara sobre su aspecto. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a competir contra sedas, plumas y diamantes? Sin embargo, una parte minúscula de ella deseaba poder experimentar alguna vez esas cosas. Solo una vez. Después de todo, no era codiciosa. ¿Cómo se sentiría ser hermosa, glamorosa y admirada por alguien como el conde?, se preguntó.

Meneó la cabeza para componerse y centró su atención en el conde.

—Hace un tiempo que lo estoy esperando.

—Sabía que debería haber continuado a caballo —murmuró él.

—¿Cómo dice?

—Nada. —Entrelazó las manos enguantadas sobre una rodilla—. ¿Qué es lo que quiere, señorita Haversham? Soy un...

—...un hombre ocupado. —Ella levantó la mano—. Lo sé.

—Pues vaya al grano, entonces.

—Todo lo que pido es una audiencia con usted.

Él apretó los labios.

—Se la concedo. Ahora.

—Una audiencia verdadera en la que pueda hacerle mis preguntas y no esté empapada hasta los huesos.

La mirada de él se posó sobre ella y las arrugas de su ceño se profundizaron. Cogió una manta que estaba junto a él y antes de que Freya se diera cuenta de lo que sucedía, colocó el paño de lana maravillosamente suave alrededor de sus hombros.

Él enseguida se echó hacia atrás, dándole apenas unos segundos para inhalar su fragancia sutil. Olía a sándalo y ligeramente a menta. Por algún extraño motivo, ese aroma la hizo sentir un temblor interior.

O tal vez fue su proximidad.

Freya apartó el pensamiento de su mente. No podía haber sido nada de eso. Lo más probable era que estuviera nerviosa por estar tan cerca de la historia que buscaba.

—Yo... —Apretó los labios con fuerza—. Es decir...

—No sé nada sobre esas mujeres. Vi a Lady Steele justo antes de su desaparición y parecía completamente normal, no me dio ningún indicio de por qué podría desaparecer. Y lamentablemente, no puedo decirle nada más. —Se echó hacia atrás—. ¿Eso la satisface?

—¿Satisfacerme? —repitió ella con voz ligeramente ahogada.

Algo había en los ojos de él que le decía que él sabría con exactitud cómo satisfacer a una mujer. Lo que hacía que fuera todavía más desconcertante que no pudiera encontrarle un historial de amantes. De pronto sintió que le fluía calor por el cuerpo y apartó la manta. Él la miró, divertido. Qué hombre diabólico, seguramente sabía lo que provocaba en ella.

Qué tonta era por caer en sus redes. No era una debutante inocente con flores en el cabello. Por el amor de Dios, tenía veintiocho años. Una solterona de escasos recursos. No tenía tiempo para los encantos de un hombre privilegiado.

—Lord Huntingdon, le solicito de nuevo una audiencia para poder hacerle preguntas de manera adecuada. —No en tan estrecho confinamiento con ese hombre casi apuesto.

El conde se pasó una mano por la mandíbula, y ella vio la barba incipiente que implicaba que crecía muy rápido o esa mañana él había salido de prisa, sin afeitarse.

—¿Señorita Haversham?

Freya levantó la mirada hacia él.

—¿Sí?

—Le pregunté si el martes estaría bien. ¿A las dos de la tarde?

—Ah. Sí. Por supuesto. —Se esforzó por reprimir la sonrisa tonta que amenazaba con dibujarse en su cara—. Sería maravilloso. —Hizo una pausa—. Quiero decir, sería aceptable.

—Excelente. —Él dio unos golpecitos en el techo del carruaje y abrió la puerta cuando el vehículo se detuvo—. Buenos días, señorita Haversham. —Movié la cabeza en dirección a la puerta abierta.

Ella se puso de pie enseguida, arrastrando la manta con ella.

—Oh... —Tiró de ella para quitársela de los hombros y trató de entregársela al conde, pero él negó con la cabeza.

—Quédesela.

—Pero...

—Quédesela, señorita Haversham.

Con expresión ceñuda, ella cogió la manta con una mano y saltó del carruaje; cayó dentro de un charco que inmediatamente le empapó el pie. Se volvió para agradecerle, pero el carruaje se alejó velozmente.

Con un suspiro, dirigió una mirada furtiva a la calle tranquila y acercó la manta a su

nariz. Olía a sándalo. Como él.

Capítulo Cuatro

—Llegará con retraso, milord.

Guy clavó la mirada en la cabeza del mayordomo. Mirarlo directamente a los ojos era difícil, ya que Brown era unos buenos sesenta centímetros más bajo que él. Su escasa estatura no disminuía su capacidad, sin embargo.

Nada de eso. El mayordomo se desempeñaba de maravillas dándole órdenes, casi tan bien como la señora Bellamy, su ama de llaves. Guy sospechaba que entre ambos le hacían saber muy bien lo que significaba tener padres autoritarios. Como su madre prefería residir en climas más soleados y su padre había muerto hacía años, no estaba en condiciones de decidir si eso era algo bueno o no.

Brown levantó la cabeza y lo miró; sus ojos azules seguían siendo brillantes a pesar de su edad avanzada, aunque estaban rodeados de arrugas y unas cejas canosas y despobladas. Sobre su frente había pequeños mechones de vello blanco que lo hacía parecerse a un animal exótico. Su pelo ralo imitaba sus cejas, pero con mechones oscuros que Guy juraba que adoptaban la forma de un animal si uno los miraba durante mucho tiempo.

—¿Milord? —Brown le alcanzó una bufanda.

Guy parpadeó.

—Ah, sí.

—Lo noto sumamente distraído, milord.

—Tonterías —respondió Guy.

Brown se inclinó hacia adelante, brindándole una vista completa del entramado blanco y negro de su cuero cabelludo.

—¿Tiene algo que ver con esa mujer que no cesa de solicitar una audiencia? El señor Newport dijo que se paró delante de su carruaje el otro día. Casi logra darle un ataque cardíaco.

Guy lo fulminó con la mirada.

—Por supuesto que no tiene nada que ver y debo advertirte que no cotillees con el señor Newport, Brown.

—Bueno, pues alguien tiene que decirme qué está haciendo usted con su vida. Nunca me cuenta nada.

—No tengo por qué hacerlo —protestó Guy.

—Si no fuera por mí, usted no sabría si va o viene, milord.

—Sé con toda certeza que me voy. Ahora mismo. —Cogió la bufanda y se la colocó alrededor del cuello, ajustándola con fuerza.

Salió de la casa señorial y avanzó a zancadas por el largo sendero entre flores casi secas y arbustos verdes que protegían la residencia de la vista de la transitada calle londinense. ¿De qué demonios hablaba Brown? No estaba nada distraído. Nada.

Una ráfaga de viento envió lluvia a mojarlo de costado. Él hizo una mueca y recordó los hombros temblorosos de la señorita Haversham después de que había estado tanto tiempo bajo una lluvia similar. Sin duda ahora estaría mojándose en la calle, haciendo lo que fuera que hacían las periodistas. Seguramente acosando a preguntas a alguna pobre alma. Esa mujer tenía que cambiar el foco a otra historia o volver a las columnas de chismes sociales. Seguramente no había que quedarse parado bajo la lluvia torrencial para escribir sobre las idas y venidas de la alta sociedad.

Apretó los labios. Esa mujer también necesitaba un abrigo más grueso. Una parte de él había querido llevarla directamente a la modista más cercana y encargar un grueso abrigo forrado para que nunca tener que volver a verla tiritar de esa manera.

Maldición. Ni siquiera quería volver a verla. Después de su encuentro...

Se detuvo al final del sendero y adoptó una expresión adusta. ¿Acaso había conjurado su presencia?

—Señorita Haversham.

Del otro lado del portón, ella luchaba con un paraguas negro en una mano y con la otra, intentaba abrir el cerrojo.

—Milord —dijo, presa de frustración, mientras echaba el peso contra el portón para intentar abrirlo. Una ráfaga sopló por el jardín, le revolvió las faldas y estuvo a punto de poner a volar su sombrero marrón. Ella resopló y volvió a intentarlo.

Sacudiendo la cabeza, Guy acortó la distancia entre ellos, destrabó el portón y lo abrió. Se hizo a un lado y con un movimiento elegante de la mano, la invitó a entrar.

Ella le dirigió una sonrisa tensa.

—Gracias. Yo...—El viento se ensañó con su paraguas, lo dio vuelta y casi se lo arrancó de la mano—. ¡Oh!

—Gírelo hacia el viento —le ordenó él contra la ráfaga que se arremolinaba alrededor de ellos—. ¡Hacia el viento, demonios! —repitió al ver que ella lo giraba en la dirección contraria y casi le arrancaba la nariz.

—Oh. —Ella se giró, pero el paraguas aleteó, descontrolado, antes de volver a quedar al revés.

Con un suspiro, él se dispuso a sacárselo de las manos, pero justo cuando lo cogió, ella giró y una de las varillas dio contra el rostro de él. Hizo una mueca de dolor al sentir que le raspaba la mejilla. Ella se paralizó y el paraguas aleteó una última vez antes de quedar en posición correcta. La señorita Haversham lo cerró de inmediato.

—Oh, cielos. —Buscó en su bolso, sacó un pañuelo y se dispuso a limpiarle la mejilla.

Él dio un paso atrás, alejándose de su mano.

—¡Está sangrando!

Guy se llevó los dedos a la mejilla y los vio rojos. Demonios. No podía ir a ver a sus abogados chorreando sangre. Apretándose la mejilla con la mano, la fulminó con la mirada.

—¿Qué está haciendo aquí, se puede saber?

—Nuestra reunión. —Las cejas claras de ella se arquearon—. ¿Lo recuerda? Martes a las dos.

—Ah.

¿Cómo podía haberlo olvidado? Por lo general —con algo de ayuda de Brown, por supuesto— se consideraba sumamente organizado y no lograba entender cómo había olvidado que había acordado en hablar con la rubia y desenfadada señorita Haversham.

Debía admitir que había pasado algo de tiempo pensando en ella. Tiempo que no debería haber malgastado dedicárselo a una escritora molesta. Su mente no se había centrado en las cosas importantes. Se había desviado y malgastado el tiempo considerando qué tipo de figura ocultaba ese abrigo gastado. O lo puntiagudas que parecían sus pestañas húmedas, que habían resaltado sus ojos pálidos, dándole un aspecto algo etéreo. Tenía la piel tan pálida que era casi translúcida, y bajo sus ojos se veían pequeños círculos oscuros. No sabía si eran por el frío, la falta de sueño o si simplemente eran parte de ella.

—Estoy bastante ocupado —se defendió.

La señorita Haversham dio otro paso adelante y prácticamente aplastó el pañuelo contra su cara y lo apretó con fuerza.

—Pues ahora necesita cuidados, así que fueran cuales fueran sus planes, debería cancelarlos. —Hizo una pausa y esbozó una sonrisita satisfecha—. Y luego podrá responder mis preguntas.

Guy gimió mentalmente.

Un hombre más bajo que Freya se quedó mirándolos mientras ella empujaba a Lord Huntingdon por la puerta de entrada, apretándole el pañuelo contra la mejilla.

—Quítale el maldito paraguas, Brown —ordenó el conde—. Ella es un peligro si va armada con él.

Una ceja despoblada se arqueó y el mayordomo tomó el ofensivo objeto de manos de ella.

—¿Algo más, milord?

—No, déja este asunto en mis manos.

Por la forma en que dijo asunto, Freya supo que se refería a ella. La sola idea de estar en “sus manos” encendía un pequeño fuego en su interior. Lo apagó de inmediato y se recordó por qué estaba allí. Al diablo con las elegantes mantas de lana suave, este hombre tenía secretos y por lo que ella sabía, muy bien podía estar detrás de las desapariciones de las mujeres. Le convenía mostrarse cautelosa con él.

También le hubiera convenido devolverle la manta, pero no pudo hacerlo, menos cuando su madre parecía dormir tan cómoda envuelta en ella.

Lod Huntingdon le arrebató el pañuelo y sin decir una palabra, se dirigió a una puerta. Freya se detuvo por un instante y observó la gran escalinata tallada; los escalones estaban cubiertos con una mullida alfombra roja. Todo brillaba y resplandecía, desde la araña de cristal a los floreros sobre pedestales.

—¿Viene? —preguntó él, deteniéndose en la puerta.

—Ah. Sí. —Se puso en movimiento y lo siguió. Quedarse boquiabierto ante tanta riqueza no era la mejor manera de comenzar con esto. ¿Cómo iba a tomar control de la situación si lo hacía pensar que nunca había visto tanta opulencia?

La había visto. Es decir, un poco. Pero nunca dejaba de sorprenderla. De no haber sido por su nacimiento tardío, sus padres estarían viviendo en relativo confort, aun a pesar de que su padre había tenido que dejar de trabajar antes de lo esperado, pero jamás habrían llegado a tanto, y ahora los tres vivían con refinada modestia. Uno solo de esos floreros seguramente los salvaría. La desigualdad de la situación la frustraba.

Él abrió la puerta y la hizo pasar. Freya se encontró en una biblioteca que daba al jardín de atrás. Observó el escritorio lleno de papeles y fijó la mirada en las palabras escritas con tinta, pero no pudo distinguir nada útil. Sobre la chimenea colgaba el retrato de un hombre que se parecía al conde, pero no en la mirada.

—¿Su padre? —preguntó.

—Sí.

—Era apuesto. —Se reprendió mentalmente. No había venido a hacer conversación ni a agradarle a ese hombre. Su objetivo eran las respuestas.

—Era un bastardo.

Ella se giró hacia él y parpadeó.

—Oh. Quiere decir que...

—No en sentido literal. Simplemente un hombre muy desagradable.

—Yo... —Buscó una respuesta, pero no la encontró. —Oh, su mejilla. —Se acercó a él, le quitó el pañuelo con una mano y con la otra lo empujó a la silla que estaba detrás del escritorio. Él se sentó, frunciendo el ceño.

Freya le limpió la sangre fresca y luego apretó el pañuelo con firmeza contra su cara.

—Siento haberle hecho esto. Aun si olvidó nuestra reunión.

—No la olvidé adrede. Como dije, soy un...

—Hombre ocupado —lo interrumpió Freya—. Lo sé. Aunque lo considero capaz de haber intentado evitarme.

—¿Puede culparme, acaso?

Ella levantó el pañuelo y luego volvió a presionarlo contra la mejilla de él. Vio otra vez la mandíbula cubierta de barba incipiente. Llegó a la conclusión que debía crecerle muy rápidamente.

—No sé a qué se refiere.

—No me agrada que mis asuntos aparezcan en los periódicos para que el vulgo se divierta.

—Si desea ser rico, es lógico que la gente quiera saber qué hace. Al fin y al cabo, *el vulgo* necesita aspirar a algo en la vida.

—Yo no elegí ser rico —objetó él.

—Yo diría que todo esto —dijo, haciendo un gesto que abarcaba la sala— vale por un poco de pérdida de privacidad.

—Ah, entonces cree que no le importaría que cada uno de sus movimientos, cada uno de sus desengaños amorosos fueran comentados y consumidos por el público?

Ella levantó un hombro y trató de ignorar la parte de los desengaños amorosos. Un hombre fuerte como el conde sin duda nunca sufriría un verdadero desengaño. Después de todo, tenía cierto atractivo que le permitiría conseguir a cualquier mujer que deseara.

—Si no he hecho nada que merezca ser comentado, ¿por qué iba a importarme?

—¿Entonces no le molestaría que alguien escribiera sobre... no lo sé, los agujeros de su abrigo o cómo le asoman las enaguas por debajo de las faldas.

Freya se sonrojó profundamente. Sentía que las mejillas le ardían como brasas.

—Eso no es material para chismes.

—Si usted fuera condesa, sin duda lo sería.

Ella soltó una carcajada.

—¿Condesa, yo? Creo que el mundo se pondría patas arriba si eso llegara a suceder.

—Pero de todos modos, la idea de que escribieran sobre usted la puso incómoda ¿verdad?

—Eso no tiene nada que ver con...

Él la tomó de la muñeca y apartó la mano de ella de su rostro. Aunque ambos llevaban gruesos guantes, cuando él la soltó, la sensación de los dedos de él alrededor de su brazo persistió.

Los labios de ella se curvaron en una leve sonrisa.

—Temo que le quede una cicatriz.

—Tendré que fingir que fue una herida de esgrima o algo mucho más interesante que un ataque con un paraguas.

Freya sonrió.

—O un encuentro con un temible pirata. Eso es mucho más viril.

Los ojos de él se encontraron con los de ella y sintió que se le cerraba el pecho. Los ojos oscuros del conde exploraban los suyos y por más que quisiera, no podía apartar la mirada. No

sabía qué buscaba él, pero no pudo evitar pensar que no eran los ojos de un hombre que le haría daño a las mujeres. Transcurrieron unos segundos en los que sintió que el corazón le latía en los oídos.

—No me gusta escribir chismes —soltó ella de manera abrupta.

Las cejas de él se arquearon.

—Ah.

—Es decir... tengo esperanzas de escribir sobre asuntos más serios. Por eso estoy... —

Hizo un gesto vago con las manos.

Lord Huntingdon soltó un suspiro pesado y corrió la otra silla con un pié.

—Adelante. Siéntese y hágame sus preguntas, pero dudo que pueda decirle algo útil.

Capítulo Cinco

¿Por qué estaba allí, siquiera? Guy detestaba los parques londinenses. Siempre estaban atestados de carruajes y gente y no se podía caminar sin que algún dandi demasiado entusiasta lo arrollara con su caballo. Encima de todo, como hoy era un día seco, Regent's Park estaba muy concurrido.

Si tuviera un ápice de sentido común, debería dar media vuelta y salir corriendo.

Por lo visto, no lo tenía.

Porque entre la multitud, en algún lugar, estaría la señorita Haversham con su perro. La noche anterior, antes de marcharse de su casa, ella le había dicho que lo paseaba aquí todas las mañanas.

Se pasó una mano por la cara y miró a su alrededor, observando a cada persona que paseaba un perro, en busca de una mujer menuda y pálida con expresión decidida.

Sabía cuál era el verdadero motivo por el que estaba aquí. Su intento de disuadir a la señorita Haversham en su búsqueda de las mujeres desaparecidas no había salido bien. Después de una noche de insomnio en la que analizó cada segundo de su encuentro, llegó a la conclusión de que no había revelado nada sobre su papel en las desapariciones, pero tampoco había sido lo suficientemente astuto como para despistarla. Muy frustrante, de hecho. Eran raras las ocasiones en las que podía decir que había actuado imprudentemente. Comprometerse con Amelia podría haber sido una de ellas.

Pero al parecer, la señorita Haversham tenía la habilidad de hacer que su mente funcionara con más lentitud y menos inteligencia de lo habitual. Vaya uno a saber por qué. No era ajeno a las mujeres inteligentes y algo atractivas, aunque no conocía a muchas que tuvieran agujeros en el ebrigo y lo atacaran con un paraguas.

Guy se apartó del camino de un carruaje cuyos ocupantes estaban envueltos en pieles y plumas. Dios, cómo odiaba los parques. No debería haber venido. No debería siquiera haber pensado en buscarla. Iba a parecer como si...

—¿Lord Huntingdon?

Se giró lentamente, preparándose para lo que vendría, lo que era ridículo, pues no era necesaria preparación alguna para ver a una dama de cabello rubio con mentón afilado y ojos penetrantes e inteligentes.

Su corazón dio un extraño vuelco.

De pie del otro lado del sendero, la señorita Haversham lo miraba con una ceja levantada.

Él tocó el ala de su sombrero.

—Señorita Haversham. —Dirigió una mirada al perro blanco que estaba junto a ella; tenía la cara arrugada, las piernas cortas y fornidas; parecía un bulldog, pero no llegaba a serlo—. ¿Qué clase de perro es ese? —preguntó, sin poder contenerse.

Un carruaje pasó velozmente entre ellos. Freya se encogió de hombros.

—Un bulldog —confirmó—. Es decir, una especie de bulldog. Creemos que es una mezcla de razas.

—Sin duda —murmuró él.

—¿Qué hace usted por aquí, milord? —preguntó ella, ladeando la cabeza.

Él intentó buscar una respuesta. Había varias, al fin y al cabo. Quedar como un tonto podría ser una de ellas. Meterse en más problemas con ella era otra. La más realista era que no

tenía idea de qué estaba haciendo allí. Ahora que la había encontrado, su gran plan de enviarla a perseguir otra historia parecía absurdo.

—Pensé que como hoy no llovía... —Hizo un gesto vago. Pasaron varios hombres a caballo, haciendo vibrar el suelo.

—Está mejor que ayer, no hay dudas. —Ella hizo un gesto hacia su cara—. ¿Cómo está su mejilla?

—Ah, mejor, gracias. —Frunció el ceño. Esto no iba según lo planeado. —¿Y cómo está su...?

Varios carruajes pasaron entre ambos. Odiaba los parques. ¿Qué podía ser una peor pérdida de tiempo que tratar de evitar que lo arrollaran aquellos que deseaban desesperadamente mostrarse? Tenía muchas mejores cosas que hacer con su tiempo.

Y sin embargo estaba aquí. Con ella.

Al ver un espacio entre la multitud, cruzó el camino para unirse a ella; sintió moverse el aire detrás de él cuando un jinete pasó velozmente.

—Malditos parques —murmuró.

—Si hubiera venido ayer, lo hubiera encontrado mucho más tranquilo.

Él la miró.

—Ayer diluviaba.

—Sí, lo recuerdo. —Había un destello de diversión en los ojos de ella.

Guy maldijo mentalmente. ¿Por qué esta mujer lo hacía sentirse como un cachorro inexperto?

Tal vez porque no estaba tan lejos de la verdad, pero aun así, no era un cachorro inexperto. Había pasado gran parte de su vida interactuando con mujeres ricas y hermosas, también inteligentes. Algunas quizás incluso más decididas que ella. Muchas de ellas habían estado interesadas en desposarlo y hasta habían ideado planes absurdos para pasar tiempo con él.

Ahora que rondaba los treinta y cinco años, el entusiasmo había disminuido. Por supuesto, ayudaba el hecho de que no asistía a ningún evento, salvo los más esenciales. Al parecer, ese aislamiento autoimpuesto había vuelto más ásperos sus modales y lo había hecho olvidar por completo cómo comportarse con las mujeres.

—¿De verdad viene a caminar aquí todos los días?

Ella asintió.

—Sí. A Brig le encanta ver gente. —Hizo una pausa—. Bueno, escuchar gente, en realidad.

—¿Cómo dice?

—Es prácticamente ciego —confesó—. Pero le encanta salir y se pone irritable si no lo saco a pasear todos los días.

Él miró al perro, que había apoyado el trasero sobre el césped y parecía conforme con estar allí sentado con la lengua afuera.

—Ya. —Frunció el ceño—. ¿Brig?

—En realidad se llama Brigadier. Era un cachorro severo y autoritario, así que el nombre le sentaba. Pero ya está muy viejo y hago lo que puedo para que esté contento. Lo merece.

Él la miró, y vio la ternura de su expresión antes de que desapareciera. Sabía por qué él mismo se mantenía firme e inflexible, pero se preguntó por qué lo haría ella. Casi deseó poder revivir ese momento, solo para poder ver cómo sus labios se habían distendido y la dureza había desaparecido de su mirada.

Transcurrieron unos segundos. Ella se mordió el labio y bajó la mirada antes de volver a

fijarla en él.

—Bien, su mejilla se ve mejor, así que...

—¿Caminamos juntos? —sugirió él abruptamente. Había ido allí con un plan y tenía intención de cumplirlo por más torpe y enredado y absurdo que lo hiciera sentir esta mujer. Tenía que lograr apartarla del Club del Secuestro.

Lo que menos había esperado oír Freya de boca de Lord Huntingdon era que la invitara a caminar con él... Sobre todo después del día de ayer.

Debía admitir que atacarlo con un paraguas no había sido su mejor momento, pero él también había dejado en claro que no tenía paciencia para sus preguntas. Había descrito la última vez que había visto a Lady Steele en términos muy vagos y no había podido contarle nada más. Ella no podía dejar de pensar que si hubiera visto a alguien justo el día antes de que desaparecieran, recordaría cada momento para tratar de dilucidar si había alguna pista oculta en la interacción.

Algo no seguía sin cuadrar con respecto al conde y a ella le gustaría tener la oportunidad de escarbar más profundo.

Sin embargo, no había esperado que la oportunidad le llegara de manera tan directa.

—¿Vamos? —insistió él, señalando el sendero que cruzaba por el césped en dirección al Lago Serpentine. El otoño había decorado el parque en tonos de verdes, marrones, amarillos y rojos. Los canteros no ofrecían otra cosa que tierra desnuda. Sin embargo, el parque no perdía su concurrencia hasta que se sumía en el más crudo invierno. Por lo cual no debía significar nada que él estuviera allí. Al fin y al cabo, ella no era la dueña del parque. No podía controlar quién lo visitaba.

Aun así, era extraño. La intuición que la había llevado hasta allí a lo largo de la vida no la dejaba tranquila. No podía abandonar este asunto, a pesar de lo que sintiera por el conde.

Que no era nada, por supuesto. ¿Cómo iba a sentir algo? Casi no lo conocía y ni limpiarle la mejilla con un pañuelo ni recibir una manta como obsequio eran señales de amistad. Mucho menos de otra cosa.

Otra cosa. ¿Qué diablos le pasaba? La única forma de que pudiera haber más distancia entre ellos era si él perteneciera a la realeza. Nunca entendería su vida y ella jamás comprendería la de él.

—Señorita Haversham —dijo él.

El calor le subió a las mejillas. Debía de tener aspecto de estar al borde del manicomio, parada allí ponderando su relación. O la falta de ella.

—No puedo —admitió.

Él frunció el ceño.

—¿No puede qué? ¿Caminar? —La miró con atención—. ¿Se ha hecho daño?

—No, yo...

—Comprendo. —Su postura se endureció—. Bien, la dejaré.

—¡No! —Ella soltó un suspiro y volvió a intentarlo, esta vez con más suavidad.

—No, es solo que Brigadier no puede caminar más. Una vez que se sienta de esta manera, le cuesta levantarse. Tengo que llevarlo a casa.

Él la miró a ella y luego al perro, varias veces.

—O sea que lo trae a pasear, pero ni siquiera camina.

—Digamos que logra andar un poco. Es muy viejo —le recordó.

—¿Y usted lo lleva en brazos hasta su casa?

Asintió.

—Debe pesar una tonelada.

Freya levantó la barbilla.

—Soy más fuerte de lo que parezco.

—Por supuesto. —Se arrodilló y acarició al perro debajo de la mandíbula.

Ella esperaba que se despidiera en ese momento. Y no se le ocurría ninguna razón para convencerlo de que se quedara. Ah, sí, Lord Huntingdon, ¿por qué no se queda conmigo mientras mi perro ciego permanece sentado en el césped sin hacer nada? Pero necesitaba que se quedara. Desesperadamente..

Por la historia, por supuesto.

—Tal vez...

Él levantó el perro con ambos brazos. El Brigadier jadeaba pesadamente, sin mostrar ninguna inquietud por estar en brazos del conde.

—¿Qué hace...?

—¿Hacia dónde es su casa? —preguntó el conde.

—De verdad que no es necesario...

—Pesa una tonelada. ¿En serio hace esto todos los días?

Freya hizo un gesto hacia el sendero que llevaba a los portones del extremo norte.

—Todos los días —confirmó—. Se pondría muy triste si no fuera así. ¿Está seguro de que puede cargarlo?

—Señorita Haversham, diría que no es buena idea cuestionar la fuerza de un hombre, sobre todo cuando está delante de una preciosa dama.

Ella miró a su alrededor y parpadeó varias veces.

—Oh. Se refiere...

Ella miró por el rabillo del ojo y ella mantuvo la boca cerrada. Para ser una reportera intrépida, mostraba bastante lentitud mental en presencia de este hombre. Podía adjudicarlo a varios motivos: el abismo entre sus situaciones, tal vez, o algo completamente diferente.

Ah, y no podía olvidar que él guardaba secretos. De eso estaba segura.

Sería una tonta si no admitiera, sin embargo, que verlo cargando a su perro como si fuera un bebé gordo y blanco tocaba una fibra en su interior. También sería una tonta si permitiera que eso la apartara de su investigación. Bien podría haber ido al parque adrede, para derramar su encanto sobre ella y apartarla de la historia. Pues bien, no importaba si se veía muy guapo enfundado en el abrigo cuya tela negra el perro estaba llenando de pelos. Nada evitaría que ella tuviera su gran oportunidad.

—Lord Huntingdon, no puedo evitar pensar que hay algo que no me está contando sobre Lady Steele.

Él adoptó una expresión ceñuda.

—Respondí a todas sus preguntas.

—De la manera más vaga posible.

—No entiendo cómo alguien puede ser específico cuando no sabe casi nada. —Cambió de posición al perro en sus brazos con un gruñido, para que el animal pudiera ver por encima de su hombro. —Creo que lo prefiere así.

—Brig no fue siempre ciego, y creo que a veces finge que puede ver.

—¿Finge? Madre mía —masculló él.

—Volvamos a Lady Steele.

—Le he dicho todo lo que sé. Los miembros de la nobleza solemos movernos en los mismos círculos. Tuvimos una breve conversación trivial, seguramente sobre el clima, la salud

de su familia y todo eso, y nos despedimos. Ella no dio a entender que tuviera intención alguna de desaparecer ni de que estuviera en algún tipo de peligro.

—¿Peligro? ¿Cree que sabía que la secuestrarían? ¿Qué alguien trataría de hacerle daño?

—No es lo que dije —respondió él, tajante.

—¿Pero no le parecen extraños estos secuestros? ¿No le preocupan? ¿Y si se tratara de su madre... u otra persona?

—Mi madre evita Inglaterra a cualquier costo. Hace demasiado frío, parece. —Se detuvo y la miró a los ojos. —Lamentablemente, los caminos son peligrosos. Siempre lo han sido, sobre todo cuando se viaja en un vehículo lujoso. Los bandidos han existido siempre y no creo que eso cambie.

—¿Entonces cree que estos hombres secuestran a las mujeres, piden rescate y luego las matan? ¿Acaso no sería más fácil liberarlas?

—No creo nada —insistió él—, porque no sé nada. No soy un bandido, pero si estuviera en su lugar, señorita Haversham, dejaría este asunto de los secuestros y volvería a mis columnas de chismes sociales. Si están dispuestos a matar a mujeres de la nobleza, estoy seguro de que también usted podría correr peligro.

Ella frunció los labios.

—Eso suena como una amenaza, milord.

—Una advertencia, señorita Haversham, nada más. No deseo verla lastimada. Siga con su columna. Lo hace muy bien, al fin y al cabo.

—Deseo escribir esta historia, milord.

—Escriba sobre bailes y esas cosas. Estoy seguro de que las columnas sociales son mucho menos trabajo que esa historia absurda que cree que persigue.

Freya contuvo un suspiro de frustración durante varios segundos. Recordaba casi todas las veces que le habían dicho algo parecido: *Usted es mujer, señorita Haversham, dedíquese a lo que sabe, o Las mujeres simplemente no tienen la capacidad de escribir sobre el mundo real*, o algunas otras frases desdeñosas sobre las mujeres escritoras. Lo había escuchado todo y cada palabra quedaría grabada a fuego en su interior, al igual que las de él.

Soltó el aire, sintiéndose como un dragón furioso que por fin le daba su merecido al caballero que lo había estado molestando. Le clavó una mirada fulminante.

—No me asusta el trabajo duro.

Le quitó el perro de los brazos, dio media vuelta y se alejó rápidamente calle abajo, para poner distancia entre ambos.

—Puedo llevarlo el resto del camino —sugirió él, dándose prisa para alcanzarla.

—No, gracias, Lord Huntingdon. Puedo arreglármelas muy bien por mi cuenta —respondió ella, por encima de su hombro—. Que tenga un buen día.

Podía cargar con el perro del mismo modo que podía investigar esta historia por su cuenta. Y si Lord Huntingdon estaba involucrado de algún modo, se aseguraría de ser la primera en saberlo.

Capítulo Seis

Todos los días, la señorita Haversham cargaba con ese perro endiabladamente pesado hasta el parque, ida y vuelta, todos los días.

Guy hizo a un lado una invitación a una cena y pasó el abrecartas por debajo del sello de cera de la siguiente carta, sin siquiera tomarse el tiempo de fijarse en el escudo cuando se abrió con un agradable sonido a cera quebrada.

Masajeándose la frente, miró el texto escrito y luego lo hizo a un lado sobre el escritorio. Tenía demasiado trabajo para hacer, sin mencionar la preocupación por la hermana de la duquesa. Si iba a ayudarla, deberían ponerse en movimiento cuanto antes. Con suerte, su hermano Russell tendría noticias pronto. Se había criado huérfano y tenía una asombrosa habilidad para escurrirse entre la alta sociedad sin que lo notaran y nadie conocía Londres como él.

Así que no debería estar pensando en un perro ciego y viejo.

Ni en la mujer que cargaba con él todo el tiempo. Hasta había mencionado que iba al parque cuando llovía. La imaginaba ahora, cargando con el animal mientras la lluvia se colaba por los agujeros de su abrigo. ¿Debía existir una forma más fácil de mantener contento a ese perro, sin duda?

Movió la cabeza y recuperó la carta que había dejado a un lado. Lo único que tenía que hacer era leerla y *no* pensar en el perro. Ni en la señorita Haversham. Algo nada difícil si se tenía en cuenta que había heredado un título de conde a los veintiún años y participado en varios secuestros de damas nobles de alto perfil. Debería de resultarle muy fácil.

Por supuesto, no ayudaba que la hubiera ofendido. Todavía podía oír su tajante “Que tenga un buen día” y ver el porte majestuoso de sus hombros mientras se alejaba cargando con el perro. Como alguien podía verse majestuoso con ese perro en brazos era algo que no comprendía, pero ella lo lograba.

En realidad, era algo bueno. Si ella dejaba de molestarlo, quedaría libre para seguir ayudando a esas damas, sin tener que preocuparse por una reportera acosadora y entrometida.

Unos golpecitos a la puerta le trajeron alivio del torbellino de pensamientos en el que se había sumergido.

—Adelante.

Russell entró en el estudio, ocupando casi toda la abertura con su estatura. Dirigió una mirada al retrato del padre de ambos. Guy se había enterado de la existencia de su medio hermano hacía un tiempo, pero Marcus Russell lo había descubierto solo recientemente. Siendo un hombre muy autosuficiente, se había enfadado, lo que era comprensible, pero habían llegado a entenderse bien.

Para Russell debía ser extraño, sin embargo, haber adquirido una familia y una historia y para ser franco, Guy estaba demasiado ocupado para querer llevar la situación a algo más de lo que ya tenían. Nunca iban a ser la clase de hermanos que comparten sus secretos más íntimos y para él estaba bien así. Diablos, cuantas menos personas conocieran los recovecos de su vida, mejor. Ni siquiera podía imaginar intentar explicarle a Russell la verdadera razón por la que Amelia lo había dejado...

—¿Tienes un momento —Russell hizo un gesto hacia la pila de cartas y documentos desparramados sobre el escritorio.

—Por supuesto. —Con un movimiento de la mano, Guy le indicó que se sentara.

Russell acomodó su estatura en la silla, que se veía pequeña para él. La señorita Haversham había quedado mucho más atractiva allí que su hermano, perfectamente enmarcada contra el respaldo tallado, sentada sobre el mullido terciopelo. Frunció el ceño. Santo Dios, había pasado de pensar en un viejo perro gordo a imágenes salaces de las nalgas de la señorita Haversham. Si ni siquiera le resultaba atractiva.

¿Verdad?

Guy se inclinó hacia adelante.

—¿Tienes noticias?

—Nada bueno. —Russell se quitó los guantes y los dejó sobre su regazo—. El marido mantiene muy vigilada a su esposa. La mitad del tiempo, es como si ella no existiera. No la visitan familiares ni amigos y si él sale, la deja con por lo menos dos acompañantes. —Russell apretó los labios—. Y cuando digo acompañantes, me refiero a dos bestias que tienen aspecto de tener un pasado más accidentado que el mío.

—¿Para protegerla o para evitar que escape?

—Para evitar que escape, sin duda. La vi con ellos un día y se la veía sumamente incómoda.

—¿Pero estaba con buen aspecto?

—Tan bueno como puede tenerlo una mujer que está hecha un manojo de nervios.

—¿Entonces hablaste con ella?

Russell negó con la cabeza.

—No pude ni acercarme, pero conozco gente y sé que está aterrada.

Guy soltó el aire entre los dientes.

—¡Demonios!

—Llegaremos a ella de alguna manera.

—Sigue vigilándola. Ya se me ocurrirá algo. Por lo visto, lady Clearbury tenía razón en preocuparse.

Russell asintió, serio.

—He visto demasiadas mujeres golpeadas en mi vida como para no reconocer los indicios.

Con la mandíbula apretada, Guy se pasó una mano por la cara.

—Yo también.

Primero su madre y luego su prima. ¿Esas bestias de hombres nunca dejarían de existir? Russell no conocía hasta dónde había llegado el comportamiento de su padre, pero había sido un hombre violento que no dudaba en golpear a la madre de Guy cuando le venía en gana. Y a Guy también, a veces. Había tenido suerte de crecer alto y fuerte y muy pronto poner fin a todo eso y su madre pasaba lejos la mayor parte del tiempo. Russell sabía que su padre había sido cruel y despiadado, pero no sabía toda la verdad.

Y luego había estado su prima, que le había pedido ayuda para escapar de un matrimonio violento. Así nació el Club del Secuestro, para ayudar a mujeres a huir u ocultarse temporariamente sin que la culpa recayera sobre ellas si las pillaban. Daisy vivía ahora en Irlanda y su esposo se había resignado a no encontrarla.

Guy solo deseaba que su esposo pudiera pagar por sus acciones.

—Volveré a hablar con Lady Clearbury, para ver si conoce los planes de Lord Pembroke. Tal vez podamos encontrar la forma de tener un momento a solas con Lady Pembroke.

—Esperaré a tener noticias tuyas. —Russell se puso de pie—. Ah, respecto de esa tal

señorita Haversham...

Guy frunció el ceño. Justo cuando creía haberla olvidado por completo.

—¿Qué hay con ella?

—Esta tarde se reunirá con Rosie. Quiere hacerle preguntas sobre su intento de secuestro.

Guy estuvo a punto de soltar un improperio.

—¿Y tu mujer ha accedido?

Russell se encogió de hombros.

—Ya conoces a Rosie. No deja que le diga qué hacer y no pienso empezar a hacerlo ahora.

—Podría ponernos en peligro a todos.

Russell le clavó una mirada penetrante.

—Rosie es completamente capaz de manejar a una reportera y está segura de que puede despistarla y enviarla a seguir alguna pista falsa.

Guy se apretó el puente de la nariz con los dedos. Justo cuando creía que podían estar a salvo de la señorita Haversham y sus preguntas, esa damisela descarada se involucraba aún más.

—Espero que sea así.

Una ancha sonrisa se dibujó en el rostro de su hermano, una sonrisa que Guy solo veía cuando él estaba con su mujer.

—Créeme. Rosie le pondrá fin a todo esto.

Lady Rosamunde Russell estaba sentada tranquilamente entre el alboroto del salón de té, con las manos cruzadas sobre el regazo y el cabello oscuro recogido en un rodete alto, sostenido por una elegante peineta que combinaba con su vestido color ciruela. Freya se apretó una mano contra el estómago, consciente de que su abrigo tenía agujeros en el codo y de lo insulsa y corriente que se veía en comparación. Levantó la barbilla y avanzó hacia la mesa sobre la que había un mantel blanco de lino y un delicado juego de té.

La señora Russell la vio antes de que llegara y la saludó con un movimiento de la mano y una ancha sonrisa. Fantástico. Ahora Freya se sentía una malvada por hurgar en su secuestro. Sin duda debía haber sido una experiencia espantosa. Con la barbilla en alto, recorrió los últimos metros hasta la mesa, esquivando a un camarero y a dos bonitas damiselas que por visto no la habían visto caminar entre las mesas del concurrido salón. A esa hora, la mayoría de las clientas eran mujeres de la alta sociedad y Freya deseaba haber podido elegir el sitio de encuentro, pero no podía mostrarse quisquillosa, sobre todo cuando la antigua condesa había accedido a reunirse con ella con mucha más facilidad que Lord Huntingdon.

—Debería haber recordado que estaría tan concurrido a esta hora. —Con un movimiento de la mano, le indicó que se sentara y pidió té para ambas—. La hubiera invitado a venir a mi casa, pero estamos cambiando las alfombras y hay mucho desorden.

—Escuché que adquirió Uppark Place después de su boda —comentó Freya.

—La casa necesita muchas refacciones, pero es una aventura, así que no me quejo.

Una joven doncella de mejillas rubicundas y expresión nerviosa trajo el té. Freya sintió que su estómago gruñía cuando dejó un plato con galletas sobre la mesa. Había salido a toda prisa de la casa después de regresar del parque con Brig y no había tenido tiempo de comer, pero afortunadamente el ruido en el salón de té impedía que alguien reparara en sus ruidos estomacales. Tomó una galleta y la mordió con delicadeza mientras la joven servía el té. Esperó a que la señora Russell hubiera agregado azúcar antes de hacer lo mismo.

—Tenía esperanzas de poder hacerle unas preguntas sobre su secuestro, señora Russell.

—Ay, por favor, llámame Rosie —dijo ella, con un movimiento de la mano—. Todos lo

hacen.

—Eh... sí, por supuesto, eh... Rosie. —Freya sonrió. —Había tratado con muchas damas de la nobleza por su trabajo como columnista social del periódico, pero la antigua condesa no se les parecía en nada. Freya comprendía la reserva de las damas dado que ella se ganaba la vida escribiendo sobre sus idas y venidas, de manera que no había esperado que Rosie fuera tan abierta.

—¿Puedo llamarte por tu nombre?

Como si pudiera negarse.

—Sí, por supuesto.

Rosie la miró con expresión divertida.

—Y tu nombre es...

—¡Ah! —Freya dejó la galleta—. Freya.

—Es un placer conocerte, Freya. Bien, pasemos a tus preguntas.

—Sí, bien... —Sacó un papel y un lápiz de su pequeño bolso—. Espero que no le moleste si tomo notas.

—En absoluto, pero no tengo mucho para decir que no sepa todo el mundo.

—¿La raptaron a punta de pistola, verdad?

Rosie asintió, y sus labios se curvaron como si el recuerdo fuera divertido.

—Correcto.

—¿Era un hombre solo?

—Un único hombre, sí.

—¿Puede decirme algo sobre él?

Ella levantó un hombro.

—Era alto, tenía ojos atractivos.

—¿Atractivos? —Freya frunció el ceño. ¿Qué clase de persona encontraría atractivo a su secuestrador?

Rosie parpadeó.

—Bueno, por lo que pude ver, por supuesto. Estaba enmascarado. —Se señaló la cara—. No lo reconocí.

—¿Le dijo algo?

—Solo me ordenó que fuera con él. Cuando intenté defenderme, me sujetó.

—¿Intentó luchar contra él? —Observó a la mujer de peinado delicado. No era excesivamente pequeña ni frágil, pero no era fácil imaginar a esta elegante dama luchando contra un secuestrador violento. Mucho menos contra uno que, por lo que se decía, había secuestrado con éxito a muchas mujeres.

Rosie miró a su alrededor y se inclinó hacia adelante.

—Llevo una navaja conmigo. Me resulta sumamente útil, pero por desgracia, ¡me lo quitó de la mano y me tomó en brazos!

—¿Y qué sucedió luego?

—Pues me arrojó dentro de un carruaje, pero por suerte logré escapar. Me golpeé la cabeza en la caída, pero supongo que no notó mi desaparición. —Se llevó la taza a la boca, bebió un sorbo largo y esperó la reacción de Freya.

—Santo cielo...—Freya escribió unas rápidas notas en su libreta—. ¿Dijo algo más cuando la levantó en brazos?

—Creo que solo me maldijo. —La sonrisa de Rosie se ensanchó, pero rápidamente apretó los labios con firmeza—. Por supuesto, fue aterrador, pero podría haber sido peor.

—Su tía dijo que usted le ofreció dinero, pero que él lo rechazó.

—Imagino que pensó que podría conseguir mucho más si me tenía de rehén.

—Es raro que no haya vuelto en su busca después de todo ese esfuerzo ¿no cree? Es muy riesgoso secuestrar a una mujer.

—Ah, pero me mantuve oculta y sospecho que se dio cuenta de que le causaría más problemas de lo que valgo —respondió Rosie con ligereza.

—¿Parecía ser el tipo de hombre que haría daño a una mujer?

—¡Era un secuestrador! —Se llevó una mano al pecho—. Un secuestrador vil, malvado y terrible. Estoy segura de que no tendría reparo en hacerle daño a su cautiva si fuera necesario. Me considero afortunada por haber escapado.

—Sin duda su rapidez mental la salvó, mladi.

—Rosie —le recordó ella—, y puedes tratarme de tú.

—¿Entonces ese hombre actuó solo?

—Sí, por supuesto. —Asintió enérgicamente.

—¿Y no dijo nada más?

—Ni una palabra. —Bebió su té.

—¿De qué color eran sus ojos?

—Azules —respondió de inmediato, luego lo pensó y se llevó un dedo a los labios—. No. Marrones. Marrones, decididamente.

Freya frunció el ceño. Le resultaba extraño que Rosie recordara lo atractivos que eran los ojos de su secuestrador, pero no el color. No obstante, si de verdad eran marrones, eran del mismo color que los de Lord Huntingdon.

Capítulo Siete

No debería resultarle agradable.

Verla ocultarse detrás de un árbol, es decir.

Guy creía que ella había renunciado a sus investigaciones, pero por lo visto, no era así. La señorita Haversham había vuelto a jugar a la periodista acosadora y entrometida, aun después de que Rosie confirmó que no había dado ninguna información que llevara hacia ellos.

Reprimió una sonrisa al verla apretarse contra los árboles, y apretó los labios con fuerza. No tenía nada de divertido que lo persiguiera, nada en absoluto, sobre todo porque había estado reunido con la duquesa. Si dilucidaba la conexión, resultaría peligroso cuando logaran dar con Lady Pembroke.

Dando zancadas bajó los escalones de la residencia y se dirigió al portón negro del parque privado que estaba rodeado de casas de color blanco. Se detuvo junto a él, se acomodó los guantes y levantó la mirada hacia el cielo azul con nubes. Oyó cómo se movían las hojas bajo los pies de ella, que intentaba permanecer inmóvil y meneó la cabeza.

—Señorita Haversham...

Escuchó un improperio en voz baja y ella salió de entre los arbustos; una hoja le colgaba del ala del sombrero. Frunció el ceño, se la arrancó y la arrojó al suelo. Esbozó una sonrisa forzada y falsa como las cinturas encorsetadas de las damas de la sociedad. Por supuesto, ella no llevaba corset, aunque él no podía jactarse de conocer las dimensiones de su cintura. El feo abrigo marrón con agujeros y los bordes gastados no era sentador para su figura, pero sospechaba que estaría a la altura de cualquier dama de la sociedad.

Tal vez hasta las superara. Su piel de porcelana y su pelo rubio pálido seguramente sería la envidia de muchas debutantes y puestos a pensar, debía admitir que sus ojos también eran atractivos, con ese extraño tono pálido.

—Lord Huntingdon, qué sorpresa.

Él le clavó la mirada.

—¿Otra vez me está siguiendo? Pensé que habíamos terminado con esas tonterías.

—Puede que usted lo haya pensado, pero yo, no. Y no veo cómo la desaparición de mujeres puede considerarse una tontería.

—¿Cómo está El Brigadier?

—Muy bien, gracias —respondió ella, tensa—. Dirigió la mirada a la casa de la duquesa —. ¿Por qué visitaba a la duquesa de Newhampton?

—Por el amor de Dios, mujer, ¿nadie le ha dicho que las mujeres no deberían hacer preguntas atrevidas?

—Muchas veces —respondió ella con expresión traviesa—, pero una periodista debe hacer preguntas atrevidas. Es parte de su trabajo.

Pues bien, no había funcionado. Esperaba que ella se marchara, ofendida, y lo dejara solo, mirándole la espalda y esperando que se volviera. Era lo más absurdo que había hecho en su vida. No le agradaban las mujeres. No las necesitaba. Ciertamente no deseaba a una periodista en su vida. Todas las mujeres significaban problemas.

Hasta podía incluir a su cuñada en el grupo. Sus conocimientos sobre ganzúas, navajas y sabía Dios qué otras cosas sin duda traerían problemas. Por suerte, esa contrariedad era de Russell.

La señorita Haversham, por otra parte, era suya.

Era su contrariedad, es decir.

No es que él fuera su dueño ni nada. Ciertamente no deseaba serlo, tampoco. ¿Por qué lo desearía? Había tenido bastantes problemas por acercarse a encantadoras mujeres de la alta sociedad. Amelia le había demostrado de una vez por todas que tendría que permanecer soltero por el resto de su vida y él había hecho las paces con la idea. Lo que menos necesitaba era una mujer problemática como la señorita Haversham en su vida.

Demonios, sin duda estaría encantada de escritor sobre su problema de...tamaño en las columnas de chismes, por lo que quitársela de encima era crucial.

Debería simplemente desnudarse aquí y ahora. Eso por lo general funcionaba para espantar a las mujeres.

—Sé que no tiene respeto alguno por mi trabajo, lord Huntingdon, pero preferiría que no me sonriera con esa condescendencia. No lo favorece.

Él apretó los labios. Al fin y al cabo, no podía admitir que la sonrisa sarcástica la había causado imaginar la reacción de ella ante su humillación.

Freya disimuló un bostezo con el dorso de la mano enguantada y él la miró con los ojos entornados. Si bien solía tener sombras oscuras debajo de los ojos, hoy lucían más pronunciadas y tenía los ojos algo enrojecidos. Notó que la mano le temblaba un poco.

—¿Seguramente tiene ejores cosas para hacer que seguirme? Imagino que el periódico no debe pagarle con generosidad por ocultarse entre los arbustos.

—El periódico no me pagará nada hasta que tenga una historia, y en ese caso, solo si les agrada.

—¿O sea que pasa voluntariamente horas a la intemperie, agotada por completo? —Meneó la cabeza—. Está usted loca, señorita Haversham.

—Estoy muy cuerda y no estoy ago... —Un bostezo interrumpió las palabras.

Con la mandíbula apretada, él volvió a menear la cabeza y la cogió del brazo.

—¿Qué hace...?

La guió hasta el banco de hierro cerca de la entrada a los jardines y la sentó con fuerza. Cuando ella intentó levantarse, le apuntó con el dedo.

—Quédese allí.

—Pero...

—Quédese allí o la cargaré sobre los hombros, la llevaré a casa y la encerraré en un dormitorio hasta que haya descansado.

Ella abrió la boca.

—No se atrevería. —Miró a su alrededor—. Eso sería un secuestro.

Él esbozó una sonrisa ladeada.

—Lo sé.

Y aunque ella no tuviera idea, era un experto en secuestros.

Freya reprimió otro bostezo, apretando la mandíbula con fuerza para disimularlo. Lord Huntingdon le dirigió una mirada penetrante y ella entornó los párpados.

—Quédese aquí —le ordenó él, apuntándole con el dedo.

El cansancio que sentía detrás de los párpados y en las sienes que le latían eran lo único que le impedía levantarse de un salto y marcharse de inmediato. Nadie iba a decirle qué hacer. Hacía demasiado tiempo que era una mujer independiente como para ponerse a obedecer sus órdenes.

Pero tantas noches de trabajar hasta tarde con Lucy, además de terminar su columna y dedicar el resto del tiempo a investigar esta historia se habían cobrado su precio. Si él la tomaba en brazos, no tendría fuerzas para defenderse y ya había pasado vergüenza con ese maldito paraguas que le había dejado una marca en la cara que todavía resultaba visible. No quería que además de todo la cargara por encima del hombro como un saco de harina ni tampoco desplomarse a sus pies por el agotamiento que sentía a estas alturas.

Él salió por el portón a zancadas y Freya miró el parque vacío a su alrededor. ¿A dónde iba Lord Huntingdon? ¿Por qué no aprovechaba ella esa oportunidad para huir?

La culpa debía tenerla el cansancio, nada más. O la curiosidad que sentía sobre por qué había estado visitando a la duquesa. Podía tratarse de una visita inocente, por supuesto, pero durante el tiempo que había pasado cubriendo a la clase alta, había descubierto que rara vez sus acciones furtivas eran inocentes.

Lo que significaba que tal vez estuviera teniendo una aventura con ella.

Ya se le había ocurrido esa idea con respecto a la desaparecida Lady Steele, pero no había querido pensar en ella, aunque no sabía bien por qué. Su aspecto atractivo, un extraño encanto, espaldas anchas y una mirada severa que le cerraba a una el pecho, lo volvían el candidato ideal para acostarse con las esposas de otros hombres ¿o no? Tendría que enfrentarse a los hechos. Lord Huntingdon había estado soltero desde la ruptura de su compromiso y al fin y al cabo, era un hombre. Debía de tener necesidades. Bien podía estar satisfaciendo esas necesidades con las mujeres casadas de la alta sociedad.

Sintió un nudo en la garganta. No entendía por qué le resultaba tan difícil admitirlo.

Tal vez porque él le había obsequiado una manta, había cargado a su perro y ahora caminaba hacia ella con un panecillo en la mano. Convencerse de que este hombre podía ser responsable de la desaparición de mujeres y escandalosos romances se le volvía más difícil con cada segundo que pasaba.

Le tendió el panecillo y el aroma a manteca tibia hizo que su estómago gruñera.

—Tome, coma.

Freya tomó el envoltorio de papel y miró a Lord Huntingdon.

—¿Qué es esto?

—Un panecillo. —Se sentó en el banco junto a ella.

—Lo sé, pero ¿a qué se debe?

Él le dirigió una mirada penetrante.

—Está agotada y dudo de que haya tenido tiempo para comer.

¿Cómo podía saber eso sobre ella? Miró el panecillo y suspiró. Era tan imposible resistirse a él como a una buena historia. Tal vez eso fuera como comer la manzana prohibida, pero no veía qué otra cosa podía hacer. No había comido en todo el día y sería grosero rechazarlo.

Aun si él era un calavera mujeriego que de algún modo se había involucrado en el secuestro de mujeres. Lamió una gota de manteca del panecillo y apenas si pudo contener un gemido de placer.

Una expresión extrañamente afligida cruzó por la cara de Lord Huntingdon, que se volvió y contempló los jardines. Freya aprovechó la oportunidad para comer hasta la última miga, como si no hubiera visto comida en su vida. Cuando hizo un bollo con el papel y lo guardó en el bolsillo de su abrigo, él por fin la miró.

—¿Mejor?

Ella asintió.

—Sí, gracias.

—Tiene que cuidarse mejor. ¿No tiene a nadie en su casa que se asegure de que coma y duerma?

—Usted no es mi madre, Lord Huntingdon.

—Pues su madre debería asegurarse de que comiera.

Ella tensó el cuerpo.

—Tengo veintiocho años, milord. ¿Su madre acaso se asegura de que usted coma?

Él sonrió.

—Me escribe y me pregunta si estoy comiendo bien. ¿Eso cuenta?

—En absoluto. Además, de momento, mi madre no está en condiciones de cuidarme.

—Ah, siento escuchar eso.

Freya lo miró. No mentía. Tenía expresión preocupada, lo que no hacía más que aumentar la confusión de ella. ¿Quién era este hombre a quien le importaba si ella tenía frío y que quería verla bien alimentada y descansada? ¿Por qué un conde se preocuparía por alguien como ella? No era más que un fastidio, una pelusa sobre sus hombros o una mota de polvo sobre sus zapatos. Había conocido a suficientes caballeros de la nobleza para saber que una mujer refinada pero sin fortuna no significaba nada para ellos sobre todo si no era hermosa y no estaba dispuesta a vender su cuerpo.

—¿Qué le pasa a su madre? —preguntó él.

—Hace un tiempo que está enferma —admitió Freya—. No parece poder recuperarse de su dolencia y por desgracia, mi padre es anciano y no goza de buena salud, tampoco, así que no puedo contar con que la cuide.

La mirada de él adquirió una cualidad extraña. Casi como de... admiración.

—¿Entonces también cuida de sus padres además de pasar el tiempo escondiéndose entre los arbustos?

—No me escondía —objetó ella.

Él ladeó la cabeza.

—Pues entonces, deben de gustarle mucho los árboles. Se inclinó hacia adelante, acercando el cuerpo a ella. Por un extraño momento, ella pensó que podría besarla. La mirada de él seposó en sus labios, luego subió hasta su cabello y Freya sintió el corazón en la garganta. Trató de tragar y enviarlo de nuevo a su sitio, pero no podía siquiera moverse.

¿Qué haría si la besaba? ¿Ponerse en pie de un salto? ¿Darle una bofetada, quizá? ¿O simplemente dejar que sucediera y ver cómo sería besar a un atractivo conde de ojos y cejas oscuras y hombros que suplicaban que las manos de ellas los recorrieran?

Lord Huntingdon apartó la mano, se echó hacia atrás y luego agitó una hoja marrón delante de ella.

—Tengo pruebas —dijo con una sonrisa—. Se estaba escondiendo en aquel árbol.

Freya exhaló. Sí, era una prueba, sin duda. De lo ridícula que era. Tenía que mantener la guardia alta cuando estaba cerca de este hombre.

Capítulo Ocho

Que tenga un buen día, señorita Haversham.

¿Cuán difícil era decirlo? Darle el panecillo, asegurarse de que lo comiera y luego marcharse. Cuanto menos tiempo pasara cerca de ella, mejor, en especial porque ella no dejaba de seguirlo.

Y sobre todo porque mataría por besarla.

Había sido una diabólica combinación de lo delicada que se había visto sumada a la manera que se había lamido los labios y ni hablar de esos ojos enormes rodeados de pestañas claras. Siempre había tenido debilidad por las mujeres necesitadas y a pesar de la decidida determinación de ella, sería un necio si no se diera cuenta que la señorita Haversham lo era.

Demonios, no solo tenía un perro viejo y ciego, sino que también tenía padres enfermos y y al parecer no comía ni dormía bien. Desde niño, siempre se había sentido inclinación por desempeñar el papel del salvador y a pesar de sus promesas de mantenerse alejado de las mujeres, no podía resistirse a este tipo de situación.

Por supuesto, si seguía en contacto con ella, tal vez podría apartarla de la historia otra vez...

Sí, esa era una razón mucho mejor para quedarse que rescatarla o —Dios no lo permitiera— besarla. Miró alrededor del parque. Al menos no había nadie allí, pero no podía entender qué le pasaba, por qué deseaba besar en público a esta molesta reportera.

Por qué deseaba besarla, en realidad.

Por que los besos llevaban a más, y él no podía ofrecer más. No lo haría. Una vez que la llevara al dormitorio, vería la verdad de sus problemas y allí sí que se desataría el infierno. Ni siquiera debía suponer que una mujer como la señorita Haversham consideraría unirse a él en el dormitorio, pero su indisciplinada mente lo dejaba de imaginarlo. Ella luciría pálida contra su colcha roja, aunque no lograba imaginar con claridad su contorno. ¿Quién sabía qué tipo de figura se escondía bajo ese amplio abrigo? ¿Sería esbelta o curvilínea? Apostaba más a esbelta, en vista de que apenas comía, pero quién podía adivinar algo debajo ese saco de prenda?

¿Por qué perdía el tiempo con tales pensamientos?

—¿Se siente mejor?

Ella bajó la mirada a sus manos antes de levantarla otra vez.

—Sí —admitió.

Él sabía que la admisión le costaba. La señorita Haversham era el tipo de mujer que seguía adelante aunque estuviera cansada y hambrienta. No era necesario ser periodista de investigación para deducirlo.

Aunque la convertía en un molesto grano en la retaguardia, no podía dejar de admirar esa cualidad. Desde que había heredado su título, no recordaba un día en el que no tuviera algún tipo de trabajo que hacer. Le resultaba difícil entender a aquellos que disfrutaban del tiempo libre o no se entregaban por completo al trabajo. Si uno tenía un deber, debía cumplirlo.

Parecía que la señorita Haversham tenía varios deberes, pero ¿cómo le gustaría que esta historia no fuera uno de ellos! Si averiguaba algo, se desataría el infierno.

Pero no descubriría nada. Hacía años que se dedicaban a esto y nadie los había descubierto. Además, él era sumamente cauteloso. No se podía negar que ella era tenaz, pero imaginar que él participaba de secuestros era descabellado para cualquiera, incluso para alguien

tan astuto como ella.

—Debería dejar de seguirme ya, señorita Haversham. Parece resultarle agotador.

—Usted oculta algo, Lord Huntingdon y tengo la intención de descubrir qué es.

—No estaba enterado de que visitar a una amiga fuera un acto ilícito.

Ella levantó una ceja rubia.

—Puede que lo sea si se trata de una cierta clase de amiga.

Él soltó una carcajada. Jamás había tenido *esa* clase de amigas. Amelia había sido lo más cerca que había llegado de que eso sucediera, y ella había huido al ver su tamaño. No podía decir que eso lo hubiera horrorizado, pero como se amaban, había tenido esperanzas de que pudieran encontrar la forma de seguir adelante. Por supuesto, podría haber esperado a que estuvieran desposados y a ella no le quedara otra opción que consumir el acto, pero tenía demasiado respeto por ambos como para hacerlo.

Ella lo miraba.

—La duquesa es una mujer atractiva. No veo qué tiene eso de divertido.

—La duquesa tiene tan poco interés por mí como yo por ella.

—¿Y qué hay de Lady Steele? Era bella y talentosa. Podría haber estado teniendo un romance con ella.

—Se necesita más que belleza y talento para llamar mi atención.

—¿Ah, sí? ¿Cómo qué?

—Como... —Frunció el ceño, tratando de recordar por qué se había enamorado de Amelia en primer lugar. Ella era divertida y bastante vivaz. Casi lo opuesto a él en algunos aspectos. Aunque todavía sentía algo de rencor por el compromiso roto y la humillación que le había hecho sentir el comportamiento de ella, le costaba imaginar cómo habrían funcionado juntos en la actualidad—. Como valor, y tenacidad. Y capacidad para trabajar duro.

Ella abrió la boca y la cerró. Demonios. Acababa de describirla ¿o no? Y seguramente se habría dado cuenta.

—Y cabello oscuro —añadió—. Muchas curvas. Voluptuosa.

Ella lo miró con los párpados entornados.

—Por supuesto.

—De todos modos, no estoy teniendo un romance con nadie, así que puede dejar eso fuera de su columna, señorita Haversham, a menos que disfrute arruinando vidas.

—No disfruto de arruinar vidas —objetó la señorita Haversham—. Pero era el único trabajo en el que aceptaban a una mujer.

—¿Por qué no busca otro trabajo si no disfruta del que tiene?

—Habla como un verdadero noble. Por supuesto que no entendería la necesidad de trabajar en algo que no se disfruta, solo para sobrevivir.

—Entiendo muy bien lo que es trabajar sin disfrutar. La mayoría de mis responsabilidades rara vez me causan placer, pero si no las hiciera, mis propiedades no sobrevivirían y las personas que dependen de mí para que las mantenga en funcionamiento se encontrarían en dificultades.

Ella parpadeó varias veces.

—Ah. Pues yo... —levantó la barbilla, sonrojándose—. Pues usted jamás pasará hambre.

—Eso es cierto —admitió él—. Y en eso somos distintos, supongo.

Distintos. Sí. Completamente distintos. ¿Así que por qué a ella le estaba costando recordarlo? Él era rico y tenía privilegios y educación.

Y era guapo.

Ella no tenía nada de eso. Todo lo que tenía era el resultado de mucho trabajo y aun así, no era suficiente. Pero si esta historia salía a la luz...

No, *cuando* esta historia saliera a la luz y ella averiguara qué les había sucedido a esas mujeres, por fin la reconocerían como una destacada periodista. Después de eso, el periódico no rechazaría ninguno de sus futuros artículos ¿verdad?

—Tal vez sería mejor que dirigiera su atención a otra historia —sugirió Lord Huntingdon—. Seguramente hay algo más sobre lo que puede escribir que no implique esconderse entre los árboles y seguirme a todas partes.

—¿Eso le agradaría ¿verdad? Sobre todo si es culpable.

Las cejas de él se arquearon.

—¿Cree que estoy involucrado en su desaparición?

—Bueno... —Ella apretó los labios. Fantástico, ahora sí que se había metido en un berenjenal, acusando de secuestrador a un miembro de la aristocracia. Eso no era lo que estaba diciendo, pero él tenía que estar ocultando algo—. ¿Por qué otro motivo insistiría tanto en que abandone la historia?

—Tal vez porque estoy un poco cansado de que vigile cada uno de mis movimientos, pero no menciono que está agotada y no ha notado que la mitad del cabello se le ha soltado y tiene mal abrochados los botones del abrigo.

—Oh. —Se llevó una mano al cabello y sintió que un largo rizo le caía por la espalda del abrigo. Miró los botones y frunció el ceño. Si su plan había sido hacer el ridículo, lo estaba logrando muy bien.

—Si le sirve de consuelo, su cabello es precioso.

Freya se levantó bruscamente del banco.

—No necesito sus halagos condescendientes, milord. —Sobre todo respecto de lo único de lo cual se enorgullecía.

Él levantó ambas manos.

—Le aseguro que no hubo nada de condescendiente en mis palabras.

—Pues... yo...

Dio media vuelta, y soltando un sonido de frustración, se alejó con pasos rápidos hacia un pequeño estanque en el centro de los jardines. Unos cuantos patos se balanceaban en la superficie. Sintió algo de envidia; sentados allí, sin alterarse y completamente seguros de lo que tenían que hacer que era... bueno, comportarse como patos, suponía. Sus planes para hoy se habían desviado por completo. Había esperado poder detectar algo siniestro o escandaloso, pero lo único que descubrió fue que Lord Huntingdon notaba todo y eran más parecidos de lo que le gustaría admitir.

Oyó pasos detrás de ella, así que caminó más aprisa por el camino que rodeaba el estanque. Centró su atención en las rejas de hierro. Tal vez, si se movía lo suficientemente rápido, podría escurrirse por el portón y cerrarlo con fuerza para poner fin a esta humillación.

Huir de un conde no era ciertamente un momento de dignidad, pero ¿cuánto más podría tolerar estar en su presencia antes de hacer o decir alguna tontería?

—Señorita Haversham —la llamó él.

Ella no le prestó atención.

—Señorita Haversham —repitió él con voz firme. Una mano se cerró alrededor de su muñeca y la detuvo. Ella se giró, pero él estaba más cerca de lo que esperaba, así que presionó las palmas contra su pecho para distanciarse un poco.

Él trastabilló por un instante y ella frunció el ceño, miró hacia abajo y vio los tacones de

sus botas relucientes demasiado cerca del borde del estanque. Intentó agarrarlo demasiado tarde. Él se tambaleó hacia atrás y abrió enormes los ojos antes de desaparecer en el agua turbia.

Paralizada, Freya observó el agua; las olas hacían balancearse vilentemente a los patos. No podía ser muy profundo, por lo que él no se ahogaría.

¿O sí?

—Dios bendito. —Recorrió la superficie con la mirada e intentó tragar el nudo que tenía en la garganta. Meneó la cabeza, se desabotonó el abrigo y se quitó las botas, empujando con los pies primero un talón y luego el otro. —Tendré que arrojarme a un estanque en pleno otoño. Maravilloso —murmuró, antes de dar un salto.

El agua se cerró a su alrededor, quitándole el aliento. Jadeó cuando le llegó hasta el cuello.

—El que diseñó este estanque es un imbécil —masculló. ¿Por qué alguien lo haría tan profundo? Buscó donde había visto por última vez al conde, sintiendo el barro entre los dedos de los pies. Sus dedos rozaron tela y la aferró. Tiró con todas sus fuerzas hasta que el conde emergió con los ojos cerrados. Lo empujó hacia el borde del estanque y luego trepó para salir.

Tiritando y castañeando los dientes, maldijo por lo bajo; tras caminar de un lado a otro, vacilando, cogió el cuello del abrigo de él y lo arrastró fuera del agua. Pesaba una tonelada; seguramente el peso de su ropa lo había hundido.

Tenía los ojos cerrados. Freya sintió que el pánico le cerraba el pecho. El parque seguía vacío, no había señales de algún hombre fuerte que la ayudara a revivirlo ni alguna mujer bongadosa que supiera qué hacer con él. Se arrodilló a su lado y le apretó las manos contra el pecho.

—Em... Lord Huntingdon. —Sus pestañas oscuras estaban abiertas como abanico sobre sus mejillas. Había perdido el sombrero y su pelo oscuro era una mata de rizos. Deseaba tocarlo, lo que era absurdo, puesto que él estaba inconsciente. Le apretó la mano contra el pecho de nuevo y al ver que no reaccionaba, repitió la acción varias veces.

—Ay, Dios, he matado a un conde —gimió, y apoyó la cabeza sobre el pecho de él.

—No estoy muerto.

Freya levantó la cabeza bruscamente.

Él abrió un ojo y la miró.

—Aunque encuentro esta escena vagamente celestial. —Señaló el pelo suelto y mojado de ella, que le caía alrededor de los hombros.

—¡Ay, gracias a Dios! —Freya se lanzó hacia adelante y le pasó los brazos alrededor del cuello. Sus labios se encontraron con los de él por un instante y ella se inmovilizó, sin duda con los ojos tan abiertos como los de él.

Un brazo se cerró alrededor de su cintura y él le devolvió el beso. Freya cerró los ojos, entregándose a la sensación de los labios fríos y la boca tibia de él. La besó con fuerza y voracidad. Como si no hubiera besado a una mujer en siglos. Como un hombre que volvía de la muerte, podía decirse. Él pasó las manos por la espalda de Freya, hacia arriba y hacia abajo, y ella se estremeció.

Él apoyó las manos sobre los brazos y la apartó.

—Está helada.

—No. —Inhaló con fuerza y trató de reprimir la decepción que se arremolinaba en su estómago—. Es decir, lo estoy, pero...

¿Pero qué? ¿El estremecimiento no tenía nada que ver con que se hubiera arrojado al agua? No podía admitirlo.

—Deberíamos llevarla a casa y secarla —dijo él, mirando a su alrededor—. Y marcharnos de aquí, por cierto, antes de que alguien nos encuentre.

Él asintió, tocándose un mechón mojado de cabello.

—Sí. Deberíamos hacerlo. Por supuesto. —Sonrió—. Perdón por todo el... um... asunto del estanque.

Él se sentó y presionó un dedo contra la parte posterior de su cabeza.

—Creo que me golpeé la cabeza cuando me hundí.

—De verdad que estuve a punto de matarlo, entonces.

Él encogió un hombro y esbozó una sonrisa ladeada que la reconfortó desde los dedos de los pies hasta la cabeza.

—Quizás me lo merecía. —Se puso de pie y le ofreció una mano para ayudarla a levantarse—. No creo que desee recuperar mi sombrero ¿verdad?

Freya siguió su mirada y lo vio flotando junto a los patos.

—Lamentablemente creo que los patos lo han reclamado como suyo.

—Ah, temo que podría tener razón. —Se inclinó para recoger el abrigo de ella y se lo ofreció.

Ella lo tomó, se lo arrojó sobre los hombros y también cogió las botas que él le ofrecía.

—Será mejor que me marche, milord —dijo y se giró con las botas en la mano—. Tengo mucho que hacer. Llevar el perro a caminar. Escribir artículos. Ya sabe usted cómo es.

—Señorita Haversham...

Ella caminó deprisa por el sendero, descalza y salió por el portón. Sus pies descalzos y ropa empapada atraían miradas de los transeúntes y un caballero hasta se detuvo para preguntar si necesitaba ayuda. Freya descartó su ofrecimiento con una sonrisa y no se detuvo hasta estar segura de que Lord Huntingdon no la había seguido. Apoyó la espalda contra la pared del pequeño local de un carnicero y esperó a que su respiración se calmara antes de calzarse las botas y abotonarse el abrigo.

Se llevó una mano a los labios. Dios bendito, ¿qué acababa de hacer?

Capítulo Nueve

Ir a probarse su nueva chaqueta debería ser lo suficientemente aburrido como para apartar la mente de un hombre de un beso.

Debería serlo.

Pero no lo era.

Guy miraba por la ventana de la pequeña tienda, esperando pacientemente mientras la modista tiraba de la tela y se movía a su alrededor.

—Debo agradecerle por visitarme aquí, Lord Huntingdon —dijo la señorita Walker, mientras lo rodeaba otra vez, se detenía, se frotaba la barbilla y quitaba una pelusa del frente de la chaqueta—. No quería hacerlo esperar más tiempo.

—Sus servicios están muy demandados. —Contempló la chaqueta y tiró de las mangas—. Comprendo el motivo. Su trabajo es excelente.

La señorita Walker juntó las palmas y le sonrió.

—Gracias, milord, valoro mucho que diga eso.

Contempló a la modista. Tenía aproximadamente la misma edad que la señorita Haversham; llevaba el rizado pelo negro recogido en un rodete tirante y tenía labios bonitos y generosos. La señorita Walker se había ganado una muy buena reputación con miembros de la alta sociedad. A él no le interesaba mucho la moda, pero disfrutaba de una chaqueta hecha perfectamente a medida.

Y ahora la necesitaba. Su experiencia en el estanque había arruinado su ropa. Había escuchado a su ama de llaves hablando con Brown al respecto; las lavanderas habían estado furiosas.

Brown ni siquiera había arqueado una ceja cuando Guy llegó a su casa empapado de la cabeza a los pies; sin embargo, no le dio ninguna explicación. ¿Qué podía decir? ¿Que había decidido nadar un rato? ¿Qué había caído a un estanque del que lo había rescatado una ninfa que lo había besado como si lo que más necesitara en el mundo fuera un beso?

—Lord Huntingdon ¿está usted disgustado?

Parpadeó y volvió a concentrarse en la señorita Walker.

—En absoluto.

—Pues tenía una expresión extraña. —Frunció los labios y observó la chaqueta con ojos críticos—. Creo que debo hacer unos ajustes menores en las mangas. Los haré ahora.

—Por supuesto. —Tragó saliva y se obligó a nopensar en vestidos mojados, cinturas esbeltas, caderas generosas y largo, largo cabello mojado.

Y su sabor...

Sonó la campanilla de la puerta y Guy levantó la mirada, aliviado por la interrupción.

Es decir, hasta que entró ella.

—Lucy, yo... —La mirada de la señorita Haversham se encontró con la de él—. ¿Qué hace usted aquí?

—¿Qué hago yo aquí? ¿Qué hace usted aquí? —exclamó él—. ¿No le alcanza con seguirme a todas partes? ¿No puedo tener un momento de paz? —Habló con más aspereza de la que quería, en gran parte porque había estado recordando el sabor de la boca de ella y lo suave que había sentido su cuerpo contra el de él. Ahora sospechaba que de algún modo había invocado su presencia, lo que tornaba completa la tortura.

—En realidad, yo...

—Señorita Walker, me disculpo, pero la señorita Haversham me ha estado siguiendo porque tiene la extraña idea de que estoy involucrado en una historia.

La señorita Walker levantó una mano.

—Oh, Lord Huntingdon...

—Señorita Haversham, le sugiero que se marche. De prisa.

Ella apretó los labios y se quitó ese horrendo abrigo, que dejó caer sobre la mesa larga del frente de la tienda; luego agregó el sombrero a la pila.

—Estoy aquí por la señorita Walker —respondió, tajante—. Su vanidad tal vez le haga creer que una mujer no puede tener vida más allá de usted, milord, pero la señorita Walker es mi amiga. No tenía idea de que usted estaría aquí.

Él miró a la señorita Walker.

Ella asintió, y se mordió el labio inferior.

—Es cierto, milord. Freya me ayuda cuando tengo más pedidos de los que puedo manejar. Nos conocemos desde que vine a vivir a Inglaterra de niña.

—Ah. —Inspiró con fuerza.

Un beso y se había convertido en un idiota completo. La señorita Haversham lo había transformado en un demente. Soltó el aire.

—Me disculpo...

—Veo que estás ocupada, Lucy, así que te dejaré trabajar —dijo la señorita Haversham, alargando el brazo hacia su abrigo.

—Si no te molesta, podrías ayudarme —sugirió la señorita Walker—. Solo tengo que retocar las mangas, pero me vendría bien un par de manos.

Freya pasó la mirada de uno a la otra y sus hombros se aflojaron.

—Por supuesto.

Guy se paralizó cuando ella se le acercó. La señorita Walker le indicó a Freya que tomara la tela con alfileres y él fijó la vista en la calle, en la gente ligeramente borrosa que se movía detrás del grueso cristal biselado.

En su visión periférica, la señorita Haversham estaba inmóvil, con la mirada baja, mientras la señorita Walker trabajaba. Le dirigió varias miradas subrepticias; le agradaba cómo sus pestañas rubias se abrían como abanico sobre sus mejillas. Se preguntó cómo hacía para sostener todo ese cabello con una simple peineta.

Había sido espectacularmente largo cuando estaba mojado, pero ¿cómo se vería suelto? Nunca creyó que una peineta podría ser tan tentadora. Dado que había sido capaz de resistirse al atractivo de cualquier mujer desde Amelia, se creía inmune a esos pensamientos.

Pero no, esa peineta del demonio lo atormentaba. Un ligero tirón y su cabello caería por sobre sus hombros y le llegaría casi hasta las nalgas. Colgaría allí, oscilante, suplicando que lo tocara. Y una vez que lo recorriera con sus dedos, curvaría las manos sobre ese trasero y la atraería hacia él.

Y ella sucumbiría al pánico y huiría, igual que había hecho Amelia. Excepto que sería peor. Era muy probable que terminara en las columnas de chismes.

Tragó con fuerza y fijó la vista en una mancha de suciedad en la ventana. Olvidar el beso, olvidar su cabello, olvidar que la había tocado. ¿Cuán difícil podía ser?

Lucy cerró la puerta detrás de Lord Huntingdon; Freya y ella se quedaron inmóviles hasta que lo vieron desaparecer, borroso, por la ventana. Lucy giró sobre un talón y fue a toda prisa

hacia su amiga. Le tomó las manos.

—No sabía que conocías al conde de Henleigh.

—¿Qué estaba haciendo aquí? —preguntó Freya, soltando el aire que le parecía que había estado reteniendo desde que había entrado en la tienda.

—Se ofreció a venir para la prueba final ¿puedes creerlo? —Lucy meneó la cabeza—. Es un gran caballero.

—Sí, digamos que no está mal —murmuró ella.

—¿Qué clase de historia estás escribiendo sobre él? Apuesto a que tiene algo que ver son alguna de sus amantes. —Levantó varias veces las cejas.

Freya se dejó caer sobre una silla frágil. No comprendía cómo sus piernas habían podido sostenerla durante tanto tiempo. Ver al conde tras haberlo besado el día anterior le había hecho sentir que tenía las piernas más flacas y débiles que la silla sobre la que estaba sentada.

—No creo que tenga amantes.

Lucy frunció el ceño, acercó la otra silla y se sentó frente a ella.

—¿Un hombre rico y atractivo como él? Las mujeres deben clamar por ser su condesa.

Freya no quería pensar en eso. Observó las vetas de la mesa y siguió el patrón de la madera con un dedo.

—No es tan guapo.

—Ha hecho algo realmente horrible o eres tan ciega como tu perro, Freya. Veo una cantidad de nobles guapos en mi trabajo y ese hombre es uno de los más guapos.

—Bueno, si te gusta ese tipo, supongo que es aceptable, sí —murmuró ella.

—¿Aceptable? —Lucy se inclinó y la miró fijamente—. Creo que has estado trabajando demasiado. Ahora tendré que contratar a otra persona.

—¡No! —Freya levantó la cabeza abruptamente—. No puedes permitirte.

—Pronto podré. Solo tengo que esperar un poco. Pero si te está afectando tanto, rechazaré tu ayuda.

Freya negó vigorosamente con la cabeza. No podía soportar la idea de que Lucy retrasara sus sueños. Con un poco más de dinero, podría tener una nueva tienda y alguien que la ayudara. Con suerte, si ella podía mantener la cabeza despejada ambas estarían en ascenso juntas. Sería maravilloso.

—Deseo seguir ayudándote —le aseguró—. Solo que no me agrada mucho el conde.

Lo cual era cierto. ¿O no? Después de todo, él la había regañado solo por visitar a su amiga y había menospreciado su escritura. Solo porque sus besos eran agradables y su cuerpo hacía que el estómago de ella diera vueltas, no significaba que el hombre le gustara.

—A veces es un poco estirado y formal, pero parece agradable. ¿Quiéres contarme qué es esta historia?

¿Agradable? Otra vez esa palabra. Era demasiado insípida, demasiado anodina para describir aquel beso, aun si quisiera mantenerlo así. Abrasador, aturdidor, transformador... cualquiera de esas palabras era mucho más adecuada.

—Creo que sabe algo sobre la desaparición de esas mujeres de la nobleza.

—¿Pero qué podría saber él?

—No estoy segura. —Suspiró—. Evade mis preguntas, pero lo vieron con una de ellas antes de que desapareciera y su cuñada fue secuestrada poco antes de desposar a su hermano. Por lo que dijo, se defendió del secuestrador.

—Dios mío, ¿cómo se defendió?

—La historia es que lo atacó con una navaja. —Freya se encogió de hombros—.

¿Cuántas condesas conoces que podrían enfrentarse a un hombre con una navaja?

Lucy levantó los hombros.

—Ninguna de las que me encargan los vestidos, eso es seguro.

—Todo el asunto es extraño y estoy dispuesta a jurar que Lord Huntingdon sabe algo.

—Así que lo has estado siguiendo.

Freya se ruborizó.

—No tenía intención de que me descubriera.

—Pillada por un conde, qué emocionante.

—No fue emocionante. —Freya apuñaló con el dedo una pelusa que flotaba sobre la mesa, mientras su estómago traicionero daba un vuelco al recordar los labios de Lord Huntingdon contra los suyos—. En absoluto.

—Parecía bastante arrepentido después de que te sermoneó. Quizás ahora responda a tus preguntas.

—Lo dudo —murmuró Freya—. No coopera en absoluto.

—Se parece un poco a alguien que conozco —observó Lucy con una sonrisa.

—Ay, Lucy ¿por qué no puede ser fácil? Sé que tengo una historia entre manos y que si descubro qué les ocurrió a estas mujeres, mi carrera despegará. No más chismes tontos, no más hombres mirándome con desdén porque escribo sobre los nobles que se acuestan entre ellos. Si solo no lo hubiera...

—¿No lo hubieras...?

La tentación de contarle a Lucy le quemaba la lengua. Confesar todo sobre el beso y cómo la distraía, como la tenía completamente confundida. Cómo la hacía desear más.

Se tragó su confesión. Qué tonta sonaría si admitiera que se habían besado, y ni hablar de que deseaba que volviera a suceder. Por Dios, ni siquiera su amiga más cercana estaría dispuesta a creer que la había besado un conde. Ella era común, pobre y estaba tratando de escribir una historia sobre él. Nada de eso los convertía en una pareja que pudiera funcionar.

Freya apartó la pelusa y se obligó a sonreír.

—Lamento no haber sido más firme con él.

—Pues te conozco, Freya, y se trate o no de un noble, obtendrás las respuestas que quieres.

—Espero que tengas razón.

—¿Cuándo no la he tenido?

Freya alzó los ojos al cielo y le dio un suave empujón con el hombro.

—Nunca, por supuesto.

—Eso significa que tampoco me equivoco al decir que el conde es guapo.

A Freya le resultaba difícil mostrarse en desacuerdo con eso.

Capítulo Diez

Guy ya no sabía quién seguía a quién a estas alturas. De todos modos, no pudo evitar sonreír cuando divisó a la señorita Haversham y a Brig. El perro se había sentado en el sendero y por lo visto, no tenía intención de moverse; mantenía el trasero plantado con firmeza en el suelo mientras la señorita Haversham tiraba de la correa. Él no podía escucharla suplicarle al perro, pero la vio mover los labios diciendo algo parecido a “¡maldito perro!” mientras miraba sendero abajo.

Siguió la mirada de ella y vio a un hombre cabalgando con descuido por el sendero, sin preocuparse por los que estaban en su camino. Varias personas tuvieron que lanzarse hacia un costado. Guy volvió a mirar al perro y a la señorita Haversham. Ya sabía lo que la endemoniada mujer planeaba hacer.

Antes de que ella se moviera, corrió hacia allí. El suelo vibraba debajo de él y el ruido de los cascos del caballo retumbaba en sus oídos. Cerró los brazos alrededor del perro, oyó un grito femenino y rodó hacia el césped mientras un silbido de aire pasaba a toda velocidad junto a él.

Brig se retorció en sus brazos mientras Guy recuperaba el aliento. Con un amueca de dolor, soltó al perro justo cuando la señorita Haversham llegaba corriendo hasta él.

—¡Lord Huntingdon, podría haber muerto!

—Por segunda vez en la semana —murmuró él.

Esa mujer era una amenaza. Jamás se había codeado con la muerte hasta conocerla a ella, aunque tal vez había exagerado sus lesiones cuando se había arrojado al estanque. La verdad era que le agradaba que ella se preocupara por él.

Se levantó del suelo, descartando la ayuda de ella y se quitó la hierba de la chaqueta. Miró hacia el jinete, pero sin duda el hombre ni se había percatado del perro ni de su inesperada acrobacia. Dolorido, se llevó una mano a la nuca. Estaba demasiado mayor para estas tonterías.

—¿Se ha hecho daño?

La preocupación en la mirada de ella provocaba una sensación rara en sus entrañas, como si se hubieran vuelto líquidas. Sentía la tentación de fingir que estaba lastimado y ver si lograba convencerla de que lo ayudara a llegar a su casa. Luego podría invitarla a entrar, dejar que lo atendiera y...

No. Había venido a disculparse. Nada más. No a repetir el beso. Ni a dejar que lo tocara. Ni a sentir el cuerpo de ella contra el suyo. Todo eso llevaría a que deseara más y no podía tener más, sencillamente. Se había resignado a ese hecho. Permanecería virgen por siempre debido a lo absurdo de su tamaño y había hecho las paces con ello después del episodio con Amanda.

—Estoy bien.

Ella le apoyó la mano en el brazo y él reprimió un gemido. Si no dejaba de comportarse como un hombre virgen, estaría en problemas. El solo contacto de la mano de ella sobre su brazo no debería afectarlo. Pero, desde luego, el problema se debía a la dueña de esa mano. Todo su ser deseaba verla como en el estanque, con el cabello largo cayendo en rizos mojados hasta la cintura y el vestido adherido a la cintura esbelta y las caderas generosas.

—Oh. Su chaqueta. —Tocó la costura y pasó el dedo por el agujero. Él se puso rígido cuando conectó con su costado.

—Pues eso no va a ayudar —se quejó.

—No es la nueva, ¿verdad?

—Sí —admitió él entre dientes.

—Oh, no. ¡Lo lamento mucho!

Él miró el perro que estaba sentado plácidamente sobre la hierba, con la lengua afuera. Lo envidiaba. Debía de ser agradable estar tan desconectado de todo.

—Supongo que habrá tenido suficiente por hoy.

—Lamentablemente, casi no hemos caminado, pero hay sol. No podía dejar que se lo perdiera.

—¿O sea que lo trajo en brazos hasta aquí?

Ella tocó con la bota unas hebras de pasto.

—Parte del camino, nada más.

—¡Por dios, mujer!

Los ojos de la señorita Haversham se agrandaron.

—¿Qué?

Él negó con la cabeza, incapaz de decir lo que cruzaba por su mente. Era la mujer más loca que había conocido o la más buena. Tal vez una combinación de ambas cosas. Debajo de ese exterior decidido, latía el corazón sensible de una mujer que ayudaba en el negocio de su amiga, cuidaba de sus padres enfermos y llevaba al perro ida y vuelta al parque todos los días.

No pudo evitar pensar si de algún modo, también tendría lugar para él.

Ridículo. Tenía que poner fin a esto. Ahora mismo. Despedirse y no volver a humillarse delante de una mujer, además de asegurarse que El Club del Secuestro siguiera siendo un secreto.

Movió una mano.

—Solo vine a disculparme.

—¿Sí?

—Por ayer. Di algo por hecho y me equivoqué.

—De verdad no sabía que estaría usted allí, milord.

Él asintió.

—Lo comprendo. Por eso vine a buscarla.

—Ya.

—Lamento haber la acusado. Aunque podrá entender por qué lo hice.

La señorita Haversham levantó la barbilla.

—No imagino a qué se refiere.

—¿Entonces ocultarse entre los arbustos y quedarse esperando en charcos de agua no le trae nada a la mente?

Una sonrisita se dibujó en sus labios.

—Me temo que está hablando sin sentido, milord.

Dios bendito, qué mujer atrevida. Y como el tonto que era, le gustaba que lo fuera.

Ella frunció ligeramente el ceño y cambió de posición para ocultarse detrás de él.

—¿Qué demonios...? —preguntó, ceñudo.

Ella lo cogió de los brazos.

—No se mueva —le ordenó, flexionando las rodillas para agacharse.

—Pero...

—¡Demonios! —Levantó una mano y saludó a alguien detrás de él.

Guy se giró y vio a un caballero vestido a la moda que se les acercaba. Incluyó el sombrero ante la señorita Haversham mientras Guy lo miraba de hito en hito. Su ropa estaba bien hecha pero era algo llamativa para el gusto de él. Le vino a la mente la palabra *dandy*. Tenía

patillas rubias y curvas a los lados de la cara y a ojos de Guy, seguramente no tenía problemas en atraer la atención de las mujeres.

¿Pero acaso atraía la atención de la señorita Haversham?

La miró. Ella sonreía ampliamente mientrasladeaba la cabeza para saludar al hombre.

Guy sintió que lo odiaba.

A Freya le dolían las mejillas por la sonrisa forzada. Detestaba a Simeon Curtis. Él fingía amabilidad, pero ella sabía que había intentado convencer al editor del periódico que se deshiciera de ella. Lo había escucado quejarse de que el London Chronicle se estaba convirtiendo en un periódico superficial para mujeres, a pesar de que muchos tenían columnas de chismes sociales; además, a pesar de que no le agradaba escribir la columna lo hacía muy bien. Muchos periódicos empleaban a mujeres para escribir artículos –por lo general con seudónimos– y seguían siendo exitosos. Simeon odiaba a las mujeres a menos que estuvieran en su cama y se creía superior al sexo opuesto.

—¿No me va a presentar?

Freya inspiró hondo ante su atrevimiento, pero cedió. La mejor manera de tratar con hombres como Simeon era mostrarse cortés pero fría y quitárselo de encima. Si discutía con él o le marcaba sus defectos, él lo negaba y se las arreglaba para hacerla quedar a ella como la mala persona.

—Disculpe. Lord Huntingdon, este es el señor Simeon Curtis. Escribe para el London Chronicle. —Hizo un gesto hacia Simeon. —Y éste es Lord Huntingdon, conde de Henleigh.

Simeon hizo una profunda reverencia.

—Me pareció reconocerlo, milord. Por favor, no me diga que Freya ha tomado la costumbre de molestarlo de manera directa para su columna.

—En absoluto —resonó Lord Huntingdon con fría formalidad.

Freya rechinó los dientes al escuchar a Simeon usar su nombre de pila.

—Si de mi dependiera, ni siquiera tendríamos esa columna.

—Estoy segura de que Lord Huntingdon coincidiría con usted, *Simeon*, pero debemos dar a los lectores lo que desean. No recuerdo cuántas cartas recibí la última semana pidiendo eso. —Se llevó un dedo a los labios—. Algunas más que usted, imagino.

Simon apretó los labios en una línea tensa y Freya se arrepintió de sus palabras. No iba a dejar que la intimidara, pero no tenía tiempo para estar haciéndose enemigos en el periódico; además, no se rebajaba a discutir con hombrecillos tontos.

Por lo general.

Por lo general, él no intentaba hacerla quedar mal delante del conde.

—Los hombres no tienen tiempo para malgastar enviando cartas, lamentablemente; de otro modo, habría recibido muchas más.

—¿Cuál fue su artículo más reciente, señor Curtis? —quiso saber Lord Huntingdon.

Él levantó la barbilla y miró al conde por encima de la nariz. Freya estuvo a punto de menear la cabeza ante tanto atrevimiento.

—Una historia sobre los seguros marítimos y la gran inversión que pasarán a ser.

—Ah, sí. Creo que la leí muy por encima. Aunque temo que no recuerdo el contenido.

Simeon se sonrojó, pero se recuperó enseguida.

—Estoy seguro de que muchas de mis historias serían de su interés, milord. ¿Tal vez desee permitir que se las envíe?

—Creo que no. Mis responsabilidades de conde y todo eso me roban casi todo el tiempo libre. Ya sabe cómo es.

Freya se mordió el lado interno de la mejilla para contener una carcajada. Simeon parecía a punto de estallar; se le notaban las venas del cuello y el rubor se extendía por debajo de su corbata.

—Por supuesto, por supuesto. —Hizo un gesto hacia Freya—. Seguramente Freya está ocupando mucho de su tiempo. ¿Tal vez quiere dar un paseo conmigo? —Le ofreció un brazo—. Podemos dejar a Lord Huntingdon con su ocupada agenda.

—Temo que me está acompañando a mí. —Lord Huntingdon le tendió el brazo.

Freya miró de uno al otro. ¿Qué estaba sucediendo?

—¿Señorita Haversham? —la instó Simeon.

Ella entró en acción y cogió el brazo de Lord Huntingdon.

—Disculpe, Simeon, pero el conde y yo estamos sumamente ocupados. Suerte con su próximo articulito —Esbozo una sonrisa dulce.

Las fosas nasales de Simeon se distendieron. Irguió la espalda y se llevó una mano al sombrero.

—Les deseo un buen día.

Lord Huntingdon no se molestó en responder y tiró del brazo de ella para alejarse. Por fortuna, Brig comprendió la necesidad de ambos de huir y caminó junto a ellos hasta que llegaron a un puente que cruzaba el río. Freya soltó el brazo del conde.

—Creo que no nos sigue.

—Pensé que estábamos dando un paseo. —Señaló el sendero del otro lado del río.

—Creía que estábamos escapando del señor Curtis.

Una ceja oscura se arqueó.

—¿Deseaba usted escapar de él?

—¡Por supuesto! Es insoportable.

—Coqueteaba con usted.

—¿Coquetear?

—Sí, es algo que hacen los hombres cuando una mujer les agrada —dijo él.

—Sé lo que significa coquetear, pero Simeon no estaba coqueteando conmigo.

—¿No? Todo ese asunto de llamarla por su nombre, Freya. —Simon imitó el tono de Simeon—. ¿E invitarla a dar un paseo?

—Por si no se percató, denigró mi escritura y sugirió que no debería estar trabajando para el periódico.

Frunció el ceño.

—¿En serio?

—¡Sí! —Freya negó con la cabeza. ¿Cómo podía haber confundido todo eso con coquetear?—. Solo me llama Freya porque le gusta nenigrarme y en realidad esperaba que usted se librara de mí.

—No me agradó en absoluto —masculló él.

—A mí tampoco.

—Es un idiota.

Ella asintió.

—A propósito, gracias por no enviarme con él.

—No le confiaría ni a mi tía solterona.

—Pues creo que yo tampoco.

Él la miró.

—Mi tía Edith ha sobrevivido a tres maridos.

—Simeon es insoportable, pero no inmortal, Lord Huntingdon.

—Si vuelve a llamarla Freya, con gusto me batiré a duelo con él.

—Cielos, lo encuentro algo extremo.

Él frunció el ceño.

—Los hombres como él necesitan que les den una lección.

—Diría que le alcanza con que el conde de Henley lo haya ignorado. No es necesario que también le dispare al pecho.

Él suspiró y volvió a ofrecerle el brazo.

—¿Sirve como compensación por ayer, al menos?

—¿Que haya humillado a Simeon para pagar por sus acusaciones falsas de ayer? —
Fingió sopesar el asunto—. Digamos que sí.

Freya vaciló por un segundo antes de tomarse de su brazo. No debería hacerlo. Le convenía mucho más mantenerse enfadada con él y centrarse en su historia. Pero en el día de hoy había acudido a su rescate dos veces, así que no podía negarse. Se tomó de su brazo e intentó no pensar en lo agradable que era pasear por el parque del brazo de este apuesto caballero.

Lo intentó, pero fracasó por completo.

Capítulo Once

—¿De verdad rescató el perro de Freya? —La modista negó con la cabeza, sonriendo mientras clavaba alfileres en la costura de su chaqueta.

—Pues no podía dejar que arrollaran al animal ¿no?

—A cambio de arruinar mi trabajo —dijo la señorita Walker con tono ligero—. ¿Y valió la pena?

¿Valer la pena? Guy sospechaba que estaría más que dispuesto a arruinar todas las prendas que poseía con tal de evitar el sufrimiento de la señorita Haversham.

—Justo —murmuró, en lugar de admitirlo en voz alta.

—Lleva a caminar a ese perro todos los días, llueva o truene —dijo la señorita Walker apretando alfileres entre los labios—. Levante el brazo, por favor —le ordenó.

Guy obedeció, sintiendo como tiraba de los lados de la chaqueta. Podría haber esperado, a decir verdad, pero sabía por qué estaba realmente allí. Necesitaba saber más. Por lo visto, la señorita Walker era la amiga más cercana de la señorita Haversham.

Por supuesto, no le vendría mal tener algo de municiones contra el enemigo. Esa era la verdadera razón por la que estaba aquí. Porque eran enemigos, a pesar del beso y del rescate del perro. Mientras ella siguiera persiguiendo esta historia, él no podía bajar la guardia.

Lo que significaba nada de besos.

Ni de pensar en su figura. Ni en cómo le gustaría ver cómo le caía el largo cabello suelto sobre los hombros desnudos.

Por sobre todo, nada de pensar en llevársela a la cama.

No. Ella era el enemigo y le convenía recordarlo.

—Me extraña que tenga tiempo de pasear al perro —comentó como al pasar.

—Baje el brazo. —La señorita Walker se ubicó delante de él, de manera que quedó hablando por encima de la cabeza de ella.

—Yo también me lo pregunto, a veces. Creo que casi no duerme. Entre cuidar de sus padre, escribir y ayudarme, estoy segura de que no debe dormir más de dos horas por noche.

—Dijo que sus padres estaban enfermos.

La señorita Walker asintió.

—Su madre se enfermó hace unos meses y no se ha recuperado, a decir verdad. Su padre se vio forzado a dejar de trabajar hace años debido a problemas en la vista y de salud.

—¿Un padre ciego, además del perro ciego?

—No del todo. Le resulta difícil leer, algo así. Tuvieron a Freya ya de mayores, un bebé sorpresa, digamos, por lo que ya hace años que ella los cuida. Sé que ha sido una lucha. —Se enderezó y apretó los labios—. Pero estoy segura de que no le agradaría que yo se lo dijera. Debe disculparme, Lord Huntindgon. Me he ido de boca.

—No me molesta, señorita Walker.

Ella entornó los ojos y reprimió una sonrisa.

—Ya veo.

—¿Ya ve? ¿Qué es lo que ve?

—No me corresponde decirlo —respondió ella en tono ligero—. Aunque debo advertirle, milord: por más que sea mi cliente, no dejaré que lastime a Freya.

—¿Lastimarla? ¿Por qué la lastimaría?

—Es una mujer muy especial. Si no fuera por lo ocupada que está, pienso que un caballero se la habría llevado, pero los hombres pueden ser estúpidos ¿no cree?

Él emitió un sonido como para indicar vagamente que coincidía. No podía negarlo, a decir verdad, en vista de que la había besado, la había seguido, había rescatado a su perro y le había obsequiado una manta. Nada de eso se correspondía con cómo debía tratarse a un enemigo. A menos que uno adhiriera a la filosofía de Kabirdas de mantener cerca a los detractores.

Sí, quizás esa fuera la razón por la que debía seguir conociéndola. Al fin y al cabo, si sabía cómo progresaba su historia, podría asegurarse de que nunca descubriera el Club del Secuestro.

—¿La señorita Haversham no ha tenido pretendientes, entonces?

—No tiene tiempo y sospecho que tampoco la paciencia. Usted es el primer hombre que parece tolerar.

—Apenas tolerar creo que se acercaría más a la verdad.

—Sigo opinando lo mismo, Lord Huntingdon. No permitiré que la lastime. —Agitó un alfiler delante de él—. Le gusta pensar que es fuerte, pero se preocupa por todo y tiene sentimientos profundos. —Hizo un gesto con la mano y Guy tuvo que inclinarse hacia atrás para evitar un pinchazo—. No permita que se encariñe con usted a menos que tenga buenas intenciones.

Él levantó una mano.

—No tengo intención de lastimarla.

Ella lo miró durante varios segundos, luego dejó los alfileres y cogió una aguja e hilo.

—Me alegra escucharlo.

—¿Hace cuánto que escribe?

—Desde que tengo memoria. —Pasó la lengua por el extremo del hilo, levantó la aguja hacia la ventana y la enhebró con gran habilidad—. Comenzó escribiendo artículos serios, pero los periódicos no querían saber nada con ella. Uno de ellos sugirió que probara con la columna de chismes sociales y así siguió la historia. Pero sé que no es algo que le agrade.

—Puedo decir que ser el sujeto de esas columnas tampoco es divertido.

—Sí, supongo que debe de haber escrito sobre usted. —La señorita Walker se encogió de hombros—. No las leo y creo que mis clientes lo valoran. Prefiero que sigan siendo dueños de sus secretos.

—Es usted una de las pocas que piensan así, me temo.

Ella dio unas rápidas puntadas y luego lo hizo quitarse la chaqueta y entregársela.

—Se la tendré lista dentro de dos días. Por fortuna solo se descosió y no se rajó la tela, o sería otra historia. —La señorita Walker dobló la chaqueta—. Olvidé mencionar que Freya quería pagar el daño. Vino esta mañana y dijo que era probable que usted pasara por aquí.

—¿Pagar? —Parpadeó varias veces. ¿La mujer con agujeros en el abrigo quería pagar por el daño a su chaqueta? —De ninguna manera.

—Imaginé que lo diría, pero ella insistió mucho.

—Pues puede decirle que no permitiré que pague nada.

—¿Por qué no se lo dice usted mismo?

—No tengo idea de dónde vive —admitió él.

—Princes Street. Número veintitrés.

Guy se quedó mirando a la amiga de la señorita Haversham.

—¿Por qué me dice esto?

—Confío en que no la lastimará; además, ella necesita algo agradable en su vida.

¿Agradable? Guy no estaba seguro de saber cómo ser agradable. Casi siempre lo acusaban de mostrarse distante. Y de estar ocupado.

Hizo un movimiento de cabeza hacia donde había cintas sobre una mesa en el fondo de la tienda.

—¿Cuál es el color favorito de la señorita Haversham?

La señorita Walker se giró hacia la mesa, con un destello cómplice en los ojos.

—El celeste. Celeste claro. Resalta sus ojos.

—Obséquiesela cuando la vea ¿quiere? Y dígame que no acepto ningún pago.

Una sonrisita se dibujó en los labios de ella.

—Como diga, milord.

Dios bendito, ¿qué demonios estaba haciendo?

El paquete de papel temblaba en las manos de Freya. Miró el reluciente aldabón de metal y apenas logró ver su apariencia en el metal. Hizo una mueca. No había nada que se pudiera hacer para mejorar su aspecto, en especial con ese gastado abrigo marrón y el cabello recogido con sencillez bajo un sombrero simple, casi del mismo color que el abrigo.

¿Por qué le importaba, de todos modos? No estaba allí para impresionar a Lord Huntingdon.

La puerta se abrió lentamente; en los ojos del mayordomo hubo un destello de reconocimiento.

—¿Sí? —dijo, arrastrando ligeramente la palabra.

—Um... esperaba solicitar una audiencia con Lord Huntingdon.

Él la miró de hito en hito antes de retroceder y cerrar la puerta. Freya golpeó el pie contra el suelo y se inclinó hacia adelante para mirarse en el aldabón. Dios Santo, ¿tenía algo en los dientes? Agrandó la sonrisa y presionó una uña entre dos dientes. La puerta se abrió y ella apartó la mano enseguida y se enderezó.

—Milord la verá ahora.

—Ah. Qué bien. —Tragó saliva. Había esperado que tal vez la rechazara o estuviera ocupado o algo así. También había tenido esperanzas de que eso sucediera, así tendría una buena excusa para no verlo. Pero había rezado para que no le cerrara la puerta.

Tras quitarse el sombrero, el abrigo y los guantes, siguió al mayordomo otra vez hasta el estudio del conde. La grandeza de la casa no la afectó menos que antes, pero estaba más centrada en lo que encontraría detrás de la puerta. O mejor dicho, a quién. No podía dejar de pensar en como había salvado a Brig, arrojándose delante del jinete sin preocuparse por su seguridad. Nunca se había considerado una de esas mujeres que se desmayaban ante los actos heroicos de los hombres, pero cada vez que recordaba el momento, le costaba un poco respirar.

No se podía negar. Este no era un típico conde. Había escrito lo suficiente sobre caballeros de la nobleza como para imaginar que entendía cómo pensaban y vivían. Pero Lord Huntingdon era un enigma.

El mayordomo abrió la puerta y el conde se levantó cuando ella entró. Reya lo miró y luego bajó los ojos; le resultaba extrañamente doloroso mirarlo. Tenía una sombra de barba en la mandíbula y el pelo lucía como si se hubiera estado pasando los dedos por él. Suave y revuelto. Casi que deseaba sentir ella misma su textura.

Alejó el pensamiento de su mente y se obligó a sonreír con expresión cortés.

—Señorita Haversham, tome asiento, por favor. —Movié la cabeza, mirando más allá de ella y debió ocurrir algún intercambio secreto entre el mayordomo y él, pues el hombre abandonó la habitación, dejando la puerta entreabierta. Seguramente los ricos y sus mayordomos tenían un

lenguaje secreto que solo ellos conocían.

—No me quedará mucho tiempo —se apresuró a decir.

Cuanto antes se fuera de ese pequeño saón, mejor. La sensación de estar en ese estudio era comparable a encontrarse bajo el agua, luchando por respirar. La presencia de él, sobre todo su cercanía, le comprimía el pecho y le aceleraba el corazón. Necesitaba escapar y respirar una bocanada de aire antes de ahogarse.

—¿Pasa algo malo?

¿Algo malo? Le sostuvo la mirada. Claro que sí. Pasaban muchas cosas y nada estaba bien. ¿Cómo podía mantener la objetividad si ni siquiera podía funcionar normalmente en su presencia? ¿Ni olvidar su beso ni sus actos de bondad? Su instinto de periodista le gritaba que de algún modo él estaba involucrado en las desapariciones de esas mujeres. Tampoco debía olvidar que una de las víctimas de secuestros estaba ahora casada con su medio hermano. Por no hablar de que él evadía sus preguntas.

Todo, desde el momento en que lo había conocido, había estado mal. Tenía que poner fin a cualquier apariencia de... lo que sea que fuera esto... y volver a ser la periodista molesta que tarde o temprano revelaría la historia más importante de su vida.

—Solo quería devolver esto. —Colocó el paquete sobre el escritorio y lo empujó hacia él —. Y decirle que pagaré el daño a su chaqueta.

Frunciendo el ceño, él tiró de la cinta y abrió el papel. El lazo más bonito que ella jamás había visto resplandecía contra el papel marrón. Lucy había admitido que era una de las cintas más costosas, pero el conde no había preguntado el precio, solo le había pedido que lo añadieran a su cuenta.

Una gran, gran parte de su ser deseaba quedársela. Atársela en el pelo y decorar con ella un sombrero de verano. Sentirse bonita y emocionada por el hecho de que un hombre le había hecho un obsequio. Sentirse cualquier cosa menos una pobre solterona que casi no dormía y cuyos dedos le dolían casi todo el tiempo.

Pero no podía hacerlo. Su integridad periodística sería cuestionada, sobre todo si él realmente estaba involucrado en la historia.

—No uso cintas. —Él empujó el paquete hacia ella.

—Yo tampoco. —Ella volvió a empujarlo hacia él.

Gu suspiró, levantó la cinta y rodeó el escritorio, cerrando la distancia entre ellos.

—Pues no es cierto.

Ella parpadeó al verlo acercarse, paralizada. Se le cerró la garganta y sintió que se le aceleraba el pulso en los oídos. Cuando él alargó el brazo, Freya sintió escalofríos. Lo único que tenía que hacer era esquivarlo, poner una excusa y marcharse, pero sus endemoniadas piernas no le obedecían. Él se inclinó, brindándole un primer plano de su barba incipiente y el pañuelo al cuello perfectamente anudado.

—¿Qué...? —logró susurrar ella con voz ahogada.

—Cuánto cabello tiene, señorita Haversham. Es precioso.

Un extraño ruido brotó de su boca. Tal vez una combinación de dos palabras, o más, pero salieron como un sinsentido. Sintió calor en las mejillas y cerró la boca con fuerza. Si no iba a poder hablar ni escapar, lo mejor sería que guardara silencio para conservar algo de dignidad.

Sintió un ligero tirón en el pelo y luego el dio un paso atrás. Cuando levantó la mano, Freya sintió la cinta de seda anudada entre sus rizos.

—De verdad, no debería...

—Quédesela, señorita Haversham. Le sienta mucho mejor a usted que a mí. —Rodeó el

escritorio y entrelazo las manos detrás de su espalda—. Y no quiero escuchar hablar de que pague el arreglo de mi chaqueta.

—¡Pero fue culpa mía!

—¿Me empujó usted al piso, acaso?

—Pues, no...

—La culpa fue toda mía.

—¿Pero qué...?

—¿Deseaba algo más?

—Sí. No. Es decir... —Soltó el aire. Si tuviera algo de sentido común, se arrancaría el lazo del cabello y lo dejaría sobre su escritorio. Teniendo en cuenta que era conocida por su sentido común, su incapacidad de llevar a cabo esa simple acción era realmente desconcertante. Así que apuntó hacia él con el dedo—. Esto no significa que dejaré de investigarlo.

Los labios de él se curvaron.

—No esperaré menos.

Capítulo Doce

El empalagoso aroma del perfume de la mujer casi hizo lagrimear a Guy. Optó por respirar por la boca mientras ella encogía los hombros desnudos, tomaba su moneda y se daba la vuelta. Se sabía que el barón frecuentaba varios burdeles en Londres, pero Guy se arrepentía de haber asumido la tarea de rastrear sus movimientos. Russell o Nash estarían más cómodos aquí, pero ambos estaban casados y no quería ponerlos en esa situación.

Menos en un lugar de dudosa reputación como este.

Aunque conocía algunos de los lugares más elegantes, no podía convencerse de perder su virginidad pagándole a una mujer. No entendía por qué Lord Pembroke deseaba frecuentar lugares menos salubres. El suelo estaba pegajoso, las paredes eran delgadas y los clientes iban de borrachos a delincuentes. Claramente el hombre tenía un gusto específico, aunque Guy no lo entendería. En un lugar como este, había bastantes probabilidades de contagiarse algo desagradable.

Aun así, tenía su información. Lord Pembroke tenía a su favorita en este sitio y la visitaba todos los miércoles. Lo que significaba que lady Pembroke estaría sola. Es decir, casi sola. Lo único por lo que tenía que preocuparse era cómo podría burlar a los hombres que la custodiaban para hablar con ella. Frunció los labios. Lord Pembroke era conocido por ser mala persona aun en este lugar. No soportaba pensar en lo que Lady Pembroke debía experimentar todos los días como su esposa. Cuanto antes la ayudaran, mejor.

Se abrió paso por el salón, esquivando a los clientes y prostitutas; evitó por poco que un borracho lo salpicara con cerveza. Antes de llegar a la puerta, se detuvo. Cerró los ojos por un segundo. ¿Lo estaba imaginando, seguramente? Decidida era la palabra que mejor la describía, pero no sería tan insensata como para seguirlo hasta un maldito burdel.

Se giró lentamente, negando con la cabeza. Un hombre con puños como jamones, a quien le brotaba pelo de cada centímetro, desde la nuca hasta la mano que había colocado en la pared junto a la señorita Haversham, le había bloqueado el paso. Por lo visto, le resultaba más interesante que las prostitutas del lugar y él no podía culparlo. Incluso con ese abrigo miserable, su apariencia pálida y su mentón obstinado lo atraían. Ahora lo que más deseaba hacer era quitarle el sombrero y ver cómo le caía el pelo sobre los hombros.

Los hombros desnudos.

Apartó el pensamiento de su mente. Lo que menos necesitaba era pensar en cualquier tipo de desnudez, sobre todo estando rodeado de los ruidos de camas que golpeaban contra las paredes y de diversos cuerpos entrelazados entre sí, con poca preocupación por la decencia.

Ella había dicho que no renunciaría a investigarlo, debía admitir. Pero por el amor de Dios, ¿tenía que ser tan endemoniadamente insistente para meterse en problemas?

Freya miró con desesperación a su alrededor, una mano en el pecho del hombre, mientras intentaba deslizarse debajo de su brazo. El hombre se movió, impidiendo que lo rodeara, luego se movió otra vez, acercándose a ella. Guy se apretó el puente de la nariz con los dedos y se abrió paso entre dos parejas. Los ojos de la señorita Haversham se encontraron con los de él y se agrandaron; él no pudo decidir si por el alivio o el fastidio por haber sido descubierta.

—Deje en paz a la dame —advirtió Guy, tocando el hombro del sujeto—. No está interesada.

—Lo estará si pago lo suficiente —respondió el hombre entre dientes, ignorando a Guy.

—¡Ya le he dicho que no estoy a la venta! —insistió la señorita Haversham, empujando en vano el pecho del hombre.

—Estarás a la venta si me apetece que lo estés. —Quiso cogerla de la cintura y ella lo esquivó. La sujetó entonces de la muñeca, cerrando la mano alrededor de ella con facilidad, como si pudiera quebrársela con un movimiento.

Airado, Guy soltó un suspiro. Ya era suficiente. Quería marcharse de allí y por supuesto que la quería también a la señorita Haversham fuera de ese sitio. Volvió a dar unos golpecitos sobre el hombro del individuo. Él se giró ligeramente, lo suficiente como para que Guy le diera un puñetazo en la nariz. Se oyó el crujir de hueso y un chorro de sangre le brotó de la nariz. El hombre soltó la muñeca de Freya y se llevó la mano a la nariz.

—¿Qué demonios...?

Guy esquivó un golpe, cogió a la señorita Haversham del brazo y la arrastró fuera del edificio. Salieron al aire fresco; Guy se volvió hacia ella y la soltó.

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Pues...

Él levantó una mano.

—Investigándome, lo sé, pero por qué se le ocurriría que sería aceptable entrar en un sitio como este?

Ella levantó la barbilla y su postura se endureció.

—*Usted* entró en un sitio como este.

—Nadie me va a confundir a mí con una de las pros... —Se interrumpió—. Con una de las mujeres de aquí.

—Tenía que ser ciego o estar borracho. No me parezco en nada a esas mujeres.

—Es demasiado bonita, tan rubia. Por supuesto que un hombre que busca un cierto servicio la encontrará atractiva.

Ella abrió la boca y la cerró.

Guy soltó el aire. No debería haber admitido eso. No solo porque ella sabía que la encontraba atractiva pero porque no había querido admitírselo a sí mismo. Ahora que lo había dicho en voz alta, colgaba allí, como arena caliente en el desierto, bailando alrededor de ellos. La señorita Haversham realmente no tenía intención de darse por vencida y él no sabía qué hacer con ella.

Pero también tenía muchas, muchas ideas de qué hacer con ella, ninguna de las cuales era de utilidad.

Freya se había sentido invadida por la furia. Furia hacia el hombre que casi la había aprisionado y luego hacia Lord Huntingdon por visitar un sitio así. A decir verdad, eso arruinaba todo. Aunque había creído estar preparada para seguirlo dentro del burdel, no había sido así. ¿Por qué el atractivo conde que obsequiaba mantas y rescataba perros frecuentaría un sitio así? Ciertamente era solo para malhechores y aquellos que no podían permitirse nada mejor.

Por otra parte, si pensaba mucho en ello, lo imaginaba con alguna hermosa cortesana que revoloteaba alrededor de los hombres de la más alta sociedad. Nunca se lo había conectado con ninguna de las cortesanas conocidas, pero habría sido preferible eso a que viniera a un lugar como este, un lugar que olía a desesperación y tragedia.

¿A quién engañaba? No tenía importancia dónde buscaba él su placer; la opresión que sentía en el pecho la había desencadenado una sola emoción.

Los celos.

Si no fuera tan absurdo, se reíría de sí misma por comportarse como si tuviera algún tipo de derecho sobre él.

El conde podía hacer lo que le apetecía y un mero beso no significaba nada. Podía haber sido su primer beso en una eternidad y uno que ella nunca olvidaría, pero no significaba *nada*. ¿Por qué le resultaba tan difícil recordarlo?

Y ahora él había dado a entender que la encontraba bonita. Freya podía contar con una mano la cantidad de gente que la había llamado bonita. La mayoría eran miembros de su familia. Había creído estar por encima de halagos tan simples, pero por lo visto, no lo estaba. Inspiró profundo. Tenía que recuperar su posición.

—No hubiera tenido que venir aquí si usted no lo hubiera hecho ¿sabe? —dijo con voz débil—. Apretó la mandíbula. Magnífico. Qué buen argumento era ese.

—De todas las tonterías que podría haber hecho, señorita Haversham, esta fue la peor. —Tensó la mandíbula cubierta de una sombra de barba gruesa y oscura, resaltada por la luz de las lámparas que salía de las ventanas del edificio.

Ella recordó la sensación de esa barba contra su boca y experimentó una tibieza sumamente agradable.

—¿Y si yo no la hubiera visto? Ese hombre hubiera tomado lo que quería, independientemente del pago.

Freya enderezó los hombros.

—Podría haber escapado —mintió. El hombre la superaba tres veces en tamaño y todavía le dolía la muñeca donde él se la había sujetado.

Guy negó con la cabeza.

—La creía una mujer inteligente.

—Lo soy —protestó ella.

O al menos lo había sido. Cuando se dio cuenta de dónde iba el conde, no pudo ignorar la dolorosa sensación de ardor en su interior. Deseaba estar equivocada. Pensó que tal vez él estaba llevando a cabo alguna acción caritativa, pero luego lo había visto hablar con varias de las mujeres y sintió el peso de una piedra en el corazón.

Qué tonta había sido creyendo por un segundo que él era distinto de otros miembros de la nobleza. Tomaban lo que querían y vivían una vida de placer y desenfreno con poca preocupación por las desgracias de los demás. Lo más probable era que solo fuera amable con ella para que dejara la historia.

Pues bien, no iba a seguir engañándola.

—Soy lo suficientemente inteligente para darme cuenta de que usted es precisamente quien pensé que era —dijo con firmeza, dando un paso hacia él.

—¿Ah, sí?

—Nada más que un libertino imprudente que busca placer, al que probablemente le divierte jugar a ser el héroe, aunque sabe que no lo es.

Él frunció el ceño aún más.

—¿Buscar placer? —Se acercó a ella—. ¡Allí dentro no se encuentra ningún tipo de placer! —Señaló el edificio, mirándola a los ojos. El corazón de ella se aceleró. Ahora se arrepentía de haber usado esa palabra. *Placer*. Oscilaba entre ellos, como el péndulo de un reloj, golpeándole con fuerza el pecho. Había habido placer en el beso y ella estaba segura de que podía haber más. Pero podría haber sido falso. Una gran mentira. Un momento premeditado más que el error impulsivo que ella había creído que era.

Se cruzó de brazos, ofreciendo la única defensa a la que pudo recurrir.

—Supongo que su mujer favorita no estaba allí esta noche.

—Mi mujer favorita —repitió él, indignado—. Señorita Haversham, no frecuento burdeles.

Ella movió la mano hacia arriba y hacia abajo.

—Creo que esto demuestra que es un mentiroso.

—Estoy aquí por una buena razón y no para buscar a una mujer, se lo aseguro.

—Lo vi hablando con esas mujeres, dándoles monedas. Lo vi y...—De pronto se le cerró la garganta al recordar la punzada de dolor que había sentido cuando lo vio con ellas. No tenía ningún derecho sobre él ni deseaba tenerlo, se recordó.

Aunque por lo visto, no importaba.

Él entornó los ojos y presionó un dedo contra sus labios.

—Señorita Haversham, ¿está celosa?

Ella ahogó una exclamación.

—¿Por supuesto que no!

—¿Entonces por qué un asunto privado mío la afecta?

—No me afecta... —Se aclaró la garganta—. No me afecta —repitió, bajando el tono—. Sin embargo, me decepciona. Estos lugares están llenos de mujeres desesperadas que hacen lo que sea para sobrevivir. En mi opinión, tales actos deberían ser consentidos entre dos personas que los desean.

—Desearlo —murmuró él, y su mirada se oscureció—. Ajá.

—Y como caballero, usted debe establecer un estándar y si no puede ser mejor que el resto de los hombres, ¿quién lo será?

Él dio un paso hacia Freya y ella sintió que se le cerraba el pecho.

—Estoy tratando de ser mejor que el resto.

—Bien, entonces ¿por qué...? —Levantó una mano que tomó contacto con el pecho de él. Freya no sabía si quería empujarlo o cogerlo de la chaqueta y atraerlo hacia ella. Él miró hacia abajo y la intensidad de su expresión desapareció; dio un paso atrás.

—Vuelva a su casa, señorita Haversham. Este lugar no es seguro para usted.

Un estruendo resonó en el interior, seguido de gritos. Ella se estremeció cuando la puerta se abrió de golpe y varios hombres rodaron al suelo en un revoltijo demencial de piernas que se agitaban y puños que volaban.

—Váyase a su casa —le ordenó, mientras uno de los hombres se le acercaba—. Mañana le explicaré por qué estaba aquí. —Esquivó un puñetazo. Por poco.

Freya pasó la mirada de él a los hombres que peleaban. Si se quedaba allí, también ella terminaría envuelta en la pelea. No tenía dudas de que el conde podría defenderse, pero tal vez no con ella allí. Giró sobre los talones y caminó a toda prisa hacia la calle principal, mientras los sonidos de la pelea se desvanecían en el aire nocturno cargado de humo.

Qué necia era. Ni siquiera debería desear una explicación. Él no se la debía. Pero su corazón dolorido la anhelaba de todos modos.

Capítulo Trece

La casa de la señorita Haversham solo podía describirse como modesta. Aunque distaba de ser la vivienda de una persona pobre, la pintura alrededor de las ventanas del edificio alto y estrecho estaba desconchada y cuando Guy miró hacia arriba, vio una teja a punto de desprenderse del tejado y caer sobre algún peatón desprevenido. Sin embargo, las ventanas y el escalón del frente estaban limpios, así que tenían una criada o la señorita Haversham los fregaba con energía entre el trabajo y los paseos con el perro. Frunció el ceño. Apostaría por lo último. La condenada mujer no sabía tomarse un descanso.

Se enderezó el pañuelo que llevaba anudado al cuello y subió los tres escalones hasta la puerta azul oscuro. En realidad, no le debía una explicación. En absoluto. El hecho de que ella pensara que visitaba el burdel en busca de compañía era risible, si se consideraba que casi era todo lo contrario. Sin embargo, había visto la verdad en sus ojos.

Los celos se habían revelado.

Y necio como era, eso le gustaba. Claro que le gustaba.

¿Por qué siempre olvidaba que no quería una mujer en su vida? O más específicamente a la señorita Haversham. No podía contarle la verdad, ni sobre el Club de Secuestros ni sobre su problema de tamaño que hacía que todas las mujeres huyeran gritando de él. Por lo general, una sola de esas cosas bastaba para disuadirlo de cortejar a una mjer, y ahora que los secretos eran dos, tenía un motivo muy real para evitar a Freya.

Sin embargo, aquí estaba.

Golpeó el llamador contra la puerta y esperó, sintiendo que le latía con fuerza el pulso en el cuello. Tiró del pañuelo e inspiró. Aquí estaba él, un conde, un secuestrador, un hombre de poder y medios y las palmas le sudaban dentro de los guantes.

Pura y absoluta locura.

La puerta se abrió lentamente y un anciano lo miró. Su ropa estaba gastada y le colgaba de los hombros, como si hubiera perdido peso recientemente.

Sus ojos brillaban de inteligencia y curiosidad y Guy concluyó que debía de ser el padre de la señorita Haversham.

—¿Sí?

—Disculpe, no nos han presentado. Lord Huntingdon, conde de Henleigh, a su servicio.

El señor Haversham abrió grandes los ojos.

—El sujeto que Freya ha estado investigando. —Se llevó la mano a la boca—. Creo que no debería haber dicho eso. —Inclinó la cabeza—. Soy el señor Haversham, milord, ¿qué puedo hacer por usted.

Guy se permitió sonreír.

—Estoy al tanto del interés de la señorita Haversham por mí. Esperaba hablar con ella.

—Ah. Espero que no esté en problemas.

—En absoluto.

Al menos, ya no. Casi la habían tomado por una prostituta anoche y todavía le rechinaban los dientes al pensar en aquel hombre tratando de tocarla. Su imprudencia terminaría matándola. O matándolo a él. O a ambos, a este ritmo. Por eso mismo necesitaba hablar con ella y poner fin a todo este gran lío.

—Temo que... —El señor Haversham se volvió con el ceño fruncido.

A Guy le tomó un momento descifrar de dónde provenía el ruido. Alguien arriba había sucumbido a un ataque de tos que se podía escuchar incluso desde donde estaba Guy en los escalones. La señorita Haversham le había hablado de la enfermedad de su madre, así que supuso que era ella.

—Disculpe, mi esposa no está bien. —Se llevó una mano a la cabeza—. ¿Qué era lo que quería, milord?

—Esperaba hablar con la señorita Haversham —repitió.

Otro ataque de tos resonó por las escaleras. El señor Haversham miró hacia las escaleras y luego a Guy.

—Lo siento mucho, milord, creo que debería ir a verla. Mi hija fue a comprar algunas pastillas para la tos. Estoy seguro de que volverá pronto. —Retrocedió hacia el interior de la casa, comenzó a subir las escaleras y se detuvo.

—Por favor, póngase cómodo en la sala de estar.

El señor Haversham subió las escaleras; al oír el crujido que soltaron sus piernas huesudas, Guy hizo una mueca. No era de extrañar que la señorita Haversham tuviera las manos llenas. Ni su padre ni su madre estaban en buena salud. Hizo señas a su cochero que lo esperara, luego entró, cerró la puerta tras él y guardó el sombrero bajo el brazo.

Encerrado en la oscuridad del vestíbulo, dio unos pasos vacilantes hacia una puerta abierta, sintiéndose un poco como si estuviera pisando territorio sagrado. Aquí era donde había crecido la señorita Haversham. Miró a su alrededor, en busca de señales de su presencia, y vio un sombrero de verano colgando en un perchero y en la pared, un bordado simple e infantil de un cardo, que imaginó debía de haber sido hecho por ella.

La sala de estar mostraba pocos indicios de la presencia de ella, sin embargo. Una manta colgaba del respaldo de un sillón gastado y del descolorido empapelado gris colgaban varias escenas campestres. El fuego estaba casi apagado, así que se dirigió a la chimenea, cogió el atizador, lo hizo cobrar vida de nuevo y agregó un leño. Aun con el fuego encendido, el frío de la habitación traspasaba su ropa invernal. Con razón la madre de ella seguía enferma. ¿Cómo podía recuperarse cuando toda la casa estaba congelada? Si pasaba mucho más tiempo en este frío, la señora Haversham moriría, sobre todo cuando arriera el invierno.

De hecho, debería marcharse inmediatamente y hablar con la señorita Haversham en otra oportunidad.

Fue a la ventana, miró el carruaje que lo esperaba y luego dirigió la mirada calle abajo en busca de la señorita Haversham.

Exhaló y se pasó una mano por el pelo. Demonios. ¿Cómo podía dejar a su madre librada a su suerte? La señorita Haversham sin duda detestaría esta idea —incluso hasta lucharía contra ella— pero si actuaba ahora, antes de que ella volviera a casa, podría tener a su madre a salvo y al calor, y con suerte se recuperaría.

Esbozó una sonrisa sombría. Sí, la señorita Haversham lo odiaría por esto, estaba seguro. Pero no tenía opción.

—Papá, tengo... —Freya se detuvo en el tercer escalón, con la mano en la barandilla. En la otra mano sostenía la medicina para su madre—. ¿Papá?

Él abrió la boca y luego la cerró, y una extraña sonrisita apareció en sus labios. Freya se volvió, bajó las escaleras y se detuvo frente a él. Su corazón latía tan fuerte que temía que fuera a romperle las costillas.

—¿Qué pasa, papá? Había llegado ¿verdad?, el momento cuya llegada tanto había

temido. Su madre había muerto, se había ido sin su hija a su lado. Aunque por qué su padre tenía una expresión tan extraña, no tenía idea. —¿Le doy la medicina a mamá?

Él negó con la cabeza.

—No te preocupes, querida. Ella no está aquí.

—Oh. —Se le formó un nudo en la garganta. Freya intentó tragarlo y e ignorar el ardor detrás de los ojos. Hacía algún tiempo que ese día amenazaba con llegar. Ya debería estar preparada. Y pase lo que pase, tenía que ser fuerte por su padre. No podía perderlo también.

—Ese sujeto, Lord Hunting, se la llevó así, sin más. —Se rio—. Fue bastante divertido, a decir verdad.

—¿Lord Huntingdon? —Freya levantó un dedo y luego lo bajó; frunció el ceño—. ¿Lord Huntingdon estuvo aquí?

—Sí. —Su padre asintió enérgicamente—. Vino a verte, aunque no dijo por qué. Por lo visto no fuiste muy discreta con tus investigaciones, Freya. Parecía estar al tanto de todo.

—Bueno, sí... —Negó con la cabeza—. Eso no importa. ¿Dónde se llevó a mamá y por qué se lo permitiste?

—Es un tipo bastante mandón.

—¿Así que secuestró a mamá y simplemente te hiciste a un lado y dijiste que estaba bien?

Su padre se encogió de hombros.

—No parecía valer la pena discutir con él y tu madre se mostró muy dispuesta a ir después de que él tuvo una pequeña charla con ella. Dijo que no podía dejarla en ese estado; luego hizo venir a su criado para que recogiera sus pertenencias, y se la llevó en su carruaje. —La sonrisa de su padre se agrandó—. Ella parecía disfrutar de toda la experiencia.

Freya reprimió el impulso de golpearse la frente con la mano. Dejaba solos a sus padres por media hora y esto era lo que sucedía. A su madre prácticamente la secuestraban y su padre parecía completamente satisfecho con todo el asunto.

—Dijo que la visitara cuando quisiera. Hasta me ofreció de ir con él, pero me pareció una impertinencia y estoy cómodo aquí. Además, no podía dejarte sola.

—Dios bendito...

—Freya —la regañó su padre—. Cuida el lenguaje.

—Perdón, papá. —Exhaló despacio—. Como te imaginarás, estoy bastante impactada.

—Parece un gran caballero y sé que tus investigaciones aún no han revelado nada relevante. Es más ¿no fue él quien te obsequió esa manta?

—Sí —admitió Freya en voz baja.

—Pues no dirías que es un bribón ¿verdad? ¿Además, qué tipo de conde secuestraría a una mujer mayor? ¿Qué motivo siniestro podría tener?

—Bueno, podría... podría estar usando a mamá en mi contra. Para disuadirme de mis investigaciones.

Su padre la miró durante varios segundos y frunció los labios.

—Tengo la impresión de que estás buscando continuamente motivos para investigarlo. Si fuera cualquier otro hombre, a estas alturas ya habrías pasado a otras cosas.

Ella ahogó una exclamación.

—¡Papá, eso no es verdad! —Guardó la medicina de nuevo en su bolso, cogió su sombrero y se puso los guantes—. Iré a ver a mamá. Si a ti no te importa lo que le sucede, entonces debo acudir yo en su defensa.

—No hay nadie a quien defender, Freya, tu madre está muy bien y no tengo dudas de que

el conde la cuidará con esmero.

Ella dejó escapar un sonido de frustración, salió por la puerta y la cerró con estrépito tras ella. ¡Qué se creía el conde! Que podía entrar así, sin más y...¡llevarse a su madre! No era así como se hacían las cosas. Al menos no en su círculo. Supuso que los nobles estarían muy acostumbrados a entrar sin ningún problema, llevarse madres y creerse que sabían qué era lo mejor para todos. Su madre debería estar en casa, en su propia cama, bajo el cuidado de su hija, no en una casa desconocida con doncellas a las que nunca había visto.

Para cuando llegó a la residencia del conde –tras caminar una hora- su indignación no había disminuido. En todo caso, se había convertido en una masa ardiente de furia. Primero la hacía mirar cómo hablaba con varias mujeres de la noche y luego, cuando seguramente venía a darle una explicación, secuestraba a su madre.

Por supuesto, no la había obligado a mirar cómo hablaba con esas mujeres, pero ella no había podido evitarlo. Tampoco había podido reprimir la atracción que sentía en el estómago, ni la forma en que se le retorció y daba vuelcos cuando lo imaginaba haciéndoles proposiciones. No debería haberla sorprendido ni haber tenido ningún impacto sobre ella. En su carrera periodística, había visto y oído suficientes asuntos escandalosos.

Sin embargo, nunca había oído que raptaran a la madre de alguien. ¿Qué demonios lo había motivado a hacer algo así? ¿Podría ser cierto lo que le había dicho a su padre, que él intentaría utilizarlo en contra de ella? Y pensar que su padre creía que ella lo investigaba solo porque estaba interesado en él. Absurdo.

De acuerdo, lo había besado y tal vez sentía un de celos de esas mujeres, pero era periodista. Una profesional. No seguiría una historia que no considerara que tuviera mérito solo por un interés pasajero en un hombre.

Levantó la barbilla, enderezó los hombros e hizo sonar la campanilla. Se mostraría profesional. Calma. Digna. Podía lograrlo.

Capítulo catorce

Las mejillas de la señorita Haversham estaban enrojecidas. Guy trató de reprimir una sonrisa. Había estado esperando que sonara la campanilla de la puerta.

A decir verdad, la había estado esperando a ella. Sabía que se enfurecería por lo que había hecho. La mujer era demasiado orgullosa, maldición. Abrió la puerta de par en par y le hizo un gesto para que entrara.

—Me preguntaba cuándo la vería.

—¡No sé cómo puede sonreír cuando prácticamente ha raptado a mi madre!

Entró en la casa, y se quitó con furiosa energía las horquillas del sombrero y se lo entregó al señor Brown, que tuvo que darse prisa para cogerlo. Le siguieron los guantes y el abrigo, que Freya se quitó con movimientos torpes.

—No la rapté —respondió él, sereno.

—Pues es como si lo hubiera hecho. Con las manos en jarra, levantó la mirada hacia él—. ¿Por qué lo hizo? ¿Para presionarme de que dejara mi historia? Si piensa que...

—Aunque le resulte extraño, no tenía otro motivo que no fuera ver bien a su madre, pero me alegra ver que no tiene una mejor opinión de mí —respondió con tranquilidad.

—¿Y por qué debería tenerla? —Miró a su alrededor mientras esperaba que el mayordomo se retirara del vestíbulo—. Al fin y al cabo, anoche estuvo en un burdel —le espetó. —Igual que usted, señorita Haversham.

—Sí, pero yo no estaba allí para...entretenerme.

—No, usted estaba allí para investigar mis asuntos lo que debo decir que se me está volviendo sumamente agotador.

Ella resopló y le dio la espalda.

—¿Dónde está mi madre? Exijo que me la devuelva.

Él le bloqueó el paso y se cruzó de brazos. Freya lo fulminó con la mirada.

—¿Y bien?

—Está durmiendo. Tomó una sopa con algo de pan y está en las capaces manos de Ruth, una de las doncellas y de mi ama de llaves. También le he pedido a mi médico que la examinara. Llegará pronto, seguramente.

La señorita Haversham se inmovilizó y parpadeó varias veces.

—¿Comió pan?

Él asintió.

—Hace días que no comía pan —murmuró.

—Pues Ruth dijo que mostró muy buen apetito después de que la acostaron en la cama.

La postura de Freya se aflojó.

—¿Y está durmiendo ahora?

—Así es.

—Supongo... supongo que debería dejarla descansar. No ha estado durmiendo bien con esa tos. —Ladeó la cabeza y lo miró—. ¿Por qué se la llevó?

—Porque está enferma, señorita Haversham, y por si no se ha dado cuenta, tengo lugar de sobra aquí y suficientes criados como para cuidar a muchas personas además de a mí. Me pareció que era lo más lógico.

—Al menos podría haberme esperado.

Guy arqueó una ceja.

—Si la hubiera esperado, se hubiera opuesto desde un principio.

—Tal vez no —murmuró ella.

Guy sonrió y los labios de ella también se curvaron.

—Es probable que sí.

—Deje que se quede aquí un tiempo. Tengo lugar, puede estar abrigada y cálida aquí y recuperarse adecuadamente.

Ella levantó la barbilla.

—Estaba haciendo lo mejor posible.

—Lo sé —le aseguró él al ver el brillo de dolor en sus ojos—. Pero aquí podrá cuidarla mejor.

—¿Yo?

—Si desea quedarse con su madre, es muy bienvenida.

Ella frunció el ceño.

—¿Desea que me quede yo también?

—Así es.

—¡Pero he estado arruinándole la vida!

—Pues, qué bueno que lo admita, pero hasta donde sé, si está bajo mi techo, sabré donde está en todo momento y de ese modo mi vida será mucho más fácil.

—¿Entonces tenía un motivo oculto?

—No, pero ahora pienso que es un muy buen plan ¿no cree?

Ella apretó los labios y lo miró con ojos entornados.

—Me quedaré, pero tan pronto mi madre está bien, nos iremos a casa. No deseo ser una molestia más tiempo de lo necesario. Tampoco pienso dejarme engañar por ninguna de sus artimañas.

Él levantó una mano. La señorita Haversham lo consideraba artero y tal vez no estuviera equivocada. Había planeado bastantes secuestros en su vida como para merecer esa descripción. Sin embargo, casi no había dedicado un minuto al plan para ayudar a su madre. En gran parte, no podía concebir la idea de que ella sufriera por la muerte de su madre. Le provocaba más dolor de lo que debería. Además, como había dicho, tenía lugar de sobra.

—Aquí no hay ninguna artimaña, le doy mi palabra.

Aunque era muy probable que se hubiera engañado a sí mismo. Aquí estaba, tratando de convencerse de que no sentía deseo alguno por esta mujer y ahora la tendría alojada en su casa. A veces se preguntaba si no le gustaba castigarse.

Sí, Guy, ¿por qué no tener a la mujer que no debe saber nada de ti bajo tu techo, donde puedas verla todos los días? ¿Por qué no darte a ti mismo la oportunidad de imaginarla en la habitación a pocos metros de la tuya, deslizándose desnuda entre las sábanas? ¿Por qué...?

Dios bendito, qué estúpido era.

—Todavía me debe una explicación por ayer ¿sabe?

—Ah. —Pensaba que tal vez lo habría olvidado—. Durante la cena.

—Pero...

—Vuelva en el carruaje a su casa. Infórmele a su padre lo que sucede y recoja sus cosas. Tráigalo también a él si lo desea. —Al menos si su padre estaba aquí, se sentiría mucho menos tentado.

—No sé si vendrá...

—Entonces hablaremos del asunto durante la cena.

—Yo... —Ella levantó un dedo y luego lo bajó—. De acuerdo.

Era una pequeña victoria, pero una victoria, al fin y al cabo. Todavía no sabía bien qué le diría, pero esperaba ser lo suficientemente impreciso como para no revelar detalles. Aunque la señorita Haversham podía ser una mujer decidida que escribía columnas de chismes realmente espantosas, no había posibilidad de que fuera la persona insensible y chismosa que él pensaba que era. Si apelaba a su lado compasivo, quizá entendería.

Cuando ella se fue y él cerró la puerta, se encontró con la mirada de Brown.

—No digas ni una sola palabra —le dijo al mayordomo.

Meneó la cabeza. Una victoria. Tenerla aquí. Bajo su techo. Qué idiota era por creérselo.

—¿FREYA?

Ella despertó de golpe de su posición junto a la cama de su madre; su codo resbaló de donde había estado apoyado en el brazo de una silla. Se levantó, sin recordar completamente dónde estaba y apoyó una mano sobre el poste de la cama para estabilizarse.

—¿Sí, mamá?

Bostezó y se sentó en el borde de la cama. Su madre la miraba desde debajo de una pila de mantas, rodeada de suaves almohadas. Sin lugar a dudas, estaba mucho más cómoda aquí que en casa. Las suntuosas sedas damasco y las borlas doradas debían valer más que toda su colección de muebles.

No sabía si Lord Huntingdon había elegido él mismo la habitación en la que se alojaba su madre, pero era decididamente femenina, con delicados toques de verde pálido combinados con oro y crema apagados. Muebles del lejano oriente se mezclaban con antiguas piezas inglesas, creando una habitación elegante. Si se lo permitía, sentiría envidia de una recámara como esa, aunque ya le habían asignado una habitación para invitados y no era precisamente mísera.

—No sabía que estabas aquí. —Su madre intentó incorporarse.

Freya se levantó de un salto y la ayudó a sentarse. Quizás era solo un deseo, pero juraría que su madre ya lucía mejor. Esa reciente enfermedad le había pasado factura: tenía el rostro demacrado y las ojeras se veían más prominentes.

Tenían el mismo cabello claro, pero el de su madre se había vuelto fino y débil y se le notaban las canas. También tenían facciones parecidas. Al menos, se habían parecido hasta que su madre se había enfermado. Pero por primera vez en varias semanas, tenía color en las mejillas.

—Lord Huntingdon ha tenido la amabilidad de permitirme quedarme mientras estás aquí —explicó Freya.

—Parece ser un buen hombre. Bastante autoritario. Me gusta eso en un hombre. —Hizo una pausa y tosió con fuerza.

Freya le dio palmaditas en la espalda y esperó a que pasara el acceso antes de ofrecerle una bebida. Su madre dio unos sorbos y se la devolvió. Tras dejarla en la mesa, Freya regresó a la silla en el que había estado durmiendo. Apenas recordaba haberse quedado dormida, lo que indicaba cuán cansada debía de estar. Tenía dolor en el cuello por la posición incómoda y sentía como si se hubiera magullado el codo por tenerlo apoyado sobre la madera dura.

—¿Cómo te sientes, mamá?

—Mejor por haber dormido un poco —respondió—. Y antes comí una buena cantidad. —Alisó la ropa de cama con las manos—. Qué habitación tan encantadora. ¿Tu padre está bien?

—Bastante bien. Se queda en casa con Brig. Creo que disfrutará de la paz y tranquilidad sin nosotras, las mujeres.

Su madre sonrió.

—Sin duda. Sé que mi mala salud lo ha estado preocupando.

—Mamá...

—Este tal Lord Huntingdon debe estar bastante interesado en ti como para querer cuidar a tu madre.

—Oh, no, no es así...

—Los hombres como él no hacen estos actos sin motivo.

—En realidad, creo que tiene la costumbre de hacer actos de este tipo —admitió en voz baja.

—Entonces es un buen hombre. Y además, rico. —Su madre la señaló con un dedo—. No seas tan terca como para negarle una oportunidad.

Freya negó con la cabeza; sintió que unos rizos se le habían soltado durante la inesperada siesta.

—Dudo que un hombre como él esté interesado en mí. Estoy segura de que si quisiera a alguien, podría elegir entre muchas mujeres. —Se enderezó—. Además, me siento cómoda siendo soltera. ¿Por qué debería querer cambiar de estado?

Existían otros motivos también, pero ciertamente no iba a contarle a su madre que su venerado salvador frecuentaba los peores burdeles de Londres.

—Porque no hay debilidad en amar a otro. Se necesita fuerza para depender de tu esposo y siempre y cuando él también dependa de ti, serás muy feliz, de eso no tengo duda.

—Mamá, no estoy aquí buscando un esposo.

—Necesitas a alguien que cuide de ti —insistió su madre—. Cargas demasiado sobre esos pequeños hombros tuyos.

—Estoy perfectamente bien por mi cuenta. He durado hasta ahora, al fin y al cabo.

—Freya...

El gong de la cena resonó en la casa y el estómago de Freya dio un vuelco leve. Había elegido su mejor vestido, pero apenas era adecuado para una cena en una casa elegante. La muselina de color claro se había recuperado de la inmersión en los charcos, pero las mangas largas estaban un poco tiesas y el corpiño ligeramente ajustado. Tiró del encaje que le picaba en las muñecas y exhaló. Al menos lucía elegante. Con suerte, eso compensaría su falta de adornos.

—Intenta mostrar un poco de encanto, mi cielo —le ordenó su madre—. ¡Y arréglate el cabello!

Empujó los mechones de pelo suelto hacia las horquillas mientras bajaba las escaleras, giró a la izquierda y luego se detuvo y volvió a tomar hacia la derecha. Lord Huntingdon la saludó desde la puerta abierta del comedor y ella se apresuró hacia él.

—¿Llego tarde?

—A una cena para dos, nada.

—Oh, qué bien. —Exhaló un suspiro y bajó las manos de su cabello. Un mechón rebelde cayó inmediatamente sobre su hombro. Hizo una mueca cuando la mirada de él se posó sobre el largo rizo que caía sobre el corpiño del vestido.

—¿Me permite?

Ella asintió y se inmovilizó, con la espalda recta como el mástil de un barco. Guy tomó el bucle largo y ella sintió el tirón de una horquilla.

—No sabía que los condes eran versados en el cabello de las mujeres —observó con tono ligero en un intento por ocultar el temblor de su voz.

—Ah, los condes son versados en casi todo —dijo él con una sonrisa ladeada, volviendo a ubicarse delante de ella. Nunca he visto tanta cantidad de cabello. No sé cómo lo hacen las mujeres.

Ella se llevó una mano a la parte posterior de la cabeza.

—Supongo que es mi única concesión a la vanidad.

—Es precioso. —Tragó con fuerza—. ¿Vamos?

Le ofreció el brazo y la condujo hacia el comedor. Freya casi se detuvo en el umbral; consideró la posibilidad de escapar cuando vio los candelabros dorados, la resplandeciente araña que colgaba sobre ellos y la larga y reluciente mesa de roble, dispuesta con suficiente comida para alimentar a una familia numerosa. ¿Qué demonios creía que estaba haciendo aquí?

Capítulo Quince

Guy no lograba comprender exactamente en qué momento la señorita Haversham se había vuelto hermosa. Aunque incluso esa palabra parecía insuficiente.

Deslumbrante.

No.

Espectacular.

Tampoco eso. Era algo más, algo que ningún hombre podía señalar con exactitud. Cuando la conoció, la consideró bastante común. Luego admitió que había cosas interesantes en ella. La piel pálida, por ejemplo, y los ojos curiosos.

Descubrir la longitud de su cabello, que le caía hasta la cadera cuando ella lo había empujado al estante, le había causado algo extraño. No podía dejar de imaginar sus hombros desnudos y el cabello sobre la piel nacarada. Tocar un mechón hacía que esa imagen solo tornaba peor la situación, pues ahora se encontraba imaginando ese cabello cubriendo su propia piel.

Freya se sentó a su derecha y contempló con ojos como platos la comida dispuesta sobre la mesa.

—¿Todo está bien?

—Ajá. —Señaló la comida—. Espero que esto no sea en mi honor.

Él movió la mano.

—En absoluto. Cualquier excedente se dará a quienes lo necesiten.

Ella negó con la cabeza.

—No debería sorprenderme que cene así todas las noches.

—Es simplemente el modo en que se hace.

—¿Nunca se pregunta por qué?

Él la miró.

—¿Por qué?

—¿Por qué es así como vive un conde? ¿Nunca se cuestiona su deber hacia el título?

Él encogió un hombro.

—En ciertos aspectos, supongo. —No podía afirmar que secuestrar mujeres en problemas fuera parte de sus deberes.

La ayudó a servirse comida en el plato. Un sirviente llenó su copa de vino y luego sirvió codornices asadas en una salsa fragante y picante. Su estómago gruñó en respuesta y ella hizo una mueca. Guy apretó los labios y apartó la mirada. Se veía inusualmente bonita, sobre todo sin adornos en el pelo o joyas que distrajeran de la extensión desnuda de su escote. Había algo que decir a favor de deshacerse de todos los ornamentos requeridos para tales cenas por lo general.

—¿Y usted? —preguntó.

—¿Yo? No tengo ninguna obligación noble, en caso de que no lo haya notado.

—Me refería al deber. ¿Nunca se cuestiona el suyo?

Ella parpadeó varias veces.

—¿Qué deber?

—Hacia sus padres ancianos. Sus amigas. —Arqueó las cejas—. ¿Su perro...?

—¿Por qué lo haría?

—Pues sería agradable ¿no? Tomarse un poco de tiempo para usted de vez en cuando.

—El tiempo es un privilegio de los ricos —dijo ella con tono despreocupado.

—Ah, sí tiempo —observó él con desdén—. ¡Tengo tanto tiempo!

—Bueno, debe ser una excepción.

—Si tuviera una esposa, sin duda ella tendría tiempo de sobra, pero no puedo decir lo mismo de la mayoría de los nobles terratenientes. Uno ocupa casi todo su tiempo en dirigir una propiedad, por no hablar de varias.

—Ya veo. —Freya tragó saliva y bebió un sorbo rápido de vino—. ¿Por eso visitó el...— miró alrededor—...lugar de dudosa reputación? ¿Para poder... em, relajarse?

Él esbozó una pequeña sonrisa y negó con la cabeza. Se había preguntado cuánto tiempo tardaría en preguntar y calculaba que habían sido unos veinte minutos.

—Fui allí por asuntos de cierto tipo.

—Estoy segura de que muchas mujeres que trabajan allí lo consideran... asuntos de cierto tipo. —Sus mejillas se tiñeron de rosado; apuñaló su codorniz con el tenedor varias veces.

—Fui allí para ayudar a alguien.

Su mirada se encontró con la de ella.

—¿A una de las mujeres de allí?

—A otra persona.

—Pero ¿quién?

Guy dejó escapar un suspiro. Debería haber sabido que un simple fragmento de información no sería suficiente para ella.

—Si le dijera que una mujer necesitaba mi ayuda o de lo contrario podría encontrarse en grave peligro, ¿sería suficiente para usted?

Ella lo miró a los ojos y frunció ligeramente el ceño.

—Quizás. ¿Qué tipo de peligro y qué tipo de ayuda se pueden encontrar en un lugar como ese?

—Necesitaba saber los movimientos de una persona en particular. Alguien que visita ese lugar.

—¿Así después podría ayudar a esta mujer?

Guy asintió.

—Ya veo. —Miró el plato durante unos segundos, luego levantó los ojos hacia él—. Supongo que tiene sentido.

—¿Eso es todo?

—¿Todo qué?

Guy rio.

—¿No tiene más preguntas?

—Pues tengo muchas, pero veo que no desea contarme más y si lo que dice es cierto, dudo que esta mujer quiera que una desconocida esté al tanto de sus asuntos.

—Es cierto y tiene razón. Cuantas menos personas estén enteradas de sus problemas, mejor.

Una parte de él deseaba revelar todo, por lo que se sentía un tonto. De verdad que había perdido el juicio. ¿Cómo podía olvidar que esta mujer perseguía una historia que podía arruinarlo a él y a todos los involucrados?

—En verdad no sé por qué no me lo contó ayer —murmuró ella.

—¿Me habría creído? ¿Sobre todo teniendo en cuenta que tenía aspecto de querer colgarme por estar allí?

La señorita Haversham se enderezó en la silla.

—No tenía ese aspecto en absoluto y además, habría sido justa.

—Dudoso.

—Sí, lo habría sido —protestó ella.

—Creo que se sintió celosa de que hablara con esas mujeres.

Tan pronto dijo las palabras, deseó poder recuperarlas. Sí, creía que era cierto, pero ¿por qué demonios se le ocurrió decirlo en voz alta?

Lo que sea que existiera entre ellos, era mejor no abordarlo. Lo mejor era enterrarlo en algún lugar profundo. Tal vez en el centro de la Tierra, aunque sospechaba que ni siquiera eso sería lo bastante profundo.

Su juramento de evitar a las mujeres para siempre ya carecía de gracia y le estaba resultando agotador, por no hablar que actualmente era imposible. Parecía que cualquier cosa que hiciera, la señorita Haversham terminaba en su vida. O quizás él estuviera orquestándolo de esa manera. Tal vez necesitara ver a su médico. Para cerciorarse de que estaba cuerdo.

Pasaron varios segundos en los que la señorita Haversham lo miró con la boca entreabierta. Por fin, levantó los hombros.

—Ciertamente no estaba celosa. Usted es libre de hacer lo que le apetece con su tiempo libre, milord. No tiene nada que ver conmigo.

Clavó con violencia el tenedor en lo que quedaba de la codorniz; Guy reprimió una sonrisa. Estaba celosa, no había duda. Pero eso no debía agradarle ni un ápice.

Ni un ápice.

—Señor Brown, no ha visto a Lord Huntingdon ¿verdad?

El mayordomo la miró desde debajo de sus despobladas cejas blancas. Siempre parecía un tanto divertido por su presencia, y ella no podía decidir si le agradaba tenerla allí o si la consideraba inferior, pero hasta ahora, había sido amable con su madre y con ella.

—Creo que está en las caballerizas, señorita.

—Ya. Gracias.

Sus zapatos repiquetearon sobre las baldosas relucientes mientras avanzaba por la casa hasta que se encontró con una alfombra suave y lujosa. No conocía la existencia de esa habitación y no pudo evitar sentirse como una intrusa en la impoluta sala de color celeste.

Un piano ocupaba una esquina junto a las ventanas altas que dejaban entrar los rayos del sol y en el centro de la habitación había un pequeño círculo de delicadas sillas. No podía imaginar a Lord Huntingdon sentado en ninguna de ellas, así que dedujo que ese salón apenas se usaba.

Sirvió para recordarle las diferencias entre ambos, algo que olvidaba constantemente. Aunque su casa tenía dos salas de estar, solamente utilizaban una de ellas en los meses más fríos. Nunca se la veía así de limpia e intacta, y el mobiliario era viejo y estaba gastado y remendado en algunas partes.

Prueba de que por más parecidos que fueran en sus principios, sus mundos no podían estar más alejados.

Una brisa la envolvió cuando salió, arremolinándole las faldas contra las piernas. Cerró la puerta con paneles de cristal, se sujetó el sombrero y corrió hacia las caballerizas. Sus ojos tardaron varios segundos en acostumbrarse a la oscuridad del interior después de haber estado bajo el brillo del sol en el patio. Los caballos se movieron en sus establos al sentir su presencia, pero Freya no vio señales del conde. Un extraño sonido de raspado captó su atención y avanzó por las caballerizas en dirección a él.

La respiración se le cortó en los pulmones. No sabía qué esperaba encontrar, pero no era esto.

Con las mangas enrolladas por encima de los codos, sin pañuelo al cuello y con la sombra de barba en el mentón, Lord Huntingdon tallaba un trozo de madera, haciendo volar trocitos a su alrededor. La tensión en los músculos de sus brazos hizo que ella sintiera la boca algo seca. A juzgar por los restos de madera en el suelo, había estado abocado a esta tarea por bastante tiempo.

—¿Lord Huntingdon? —logró farfullar.

Él se inmovilizó, dejó caer la madera sobre la mesa delante de él y se enderezó, pasándose una mano por el cabello despeinado. El polvo de aserrín se adhería a los rizos oscuros y al sentir un deseo de sacudírselos, Freya apretó las manos contra los lados del cuerpo.

—Señorita Haversham. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me preguntaba cuándo... —Se inclinó para mirar más allá de él.

—¿Eso es un carrito para bebés?

Los labios de él se curvaron en una leve sonrisa.

—Algo así. Todavía no está terminado.

Ella rodeó la mesa y pasó la mano sobre el marco de madera.

—Es hermoso —suspiró—. ¿Para quién es? ¿Su cuñada espera un bebé?

Él negó con la cabeza, todavía con esa expresión divertida en los labios.

—No es mi intención criticar, pero es más pequeño que los que he visto. ¿Hay algún motivo para que sea así?

—Es más liviano que la mayoría de los carritos, para que se pueda empujar más fácilmente. También lo he diseñado teniendo en mente a un ocupante que no crece.

Freya levantó la mirada hacia él.

—¿Qué no crece? No entiendo.

—Es para usted.

—¿Para mí? —Se apretó una mano contra el estómago—. ¡Pero no estoy embarazada!

—No. —Guy sonrió—. Para el Brigadier.

Ella se quedó mirándolo durante varios segundos, con los labios entreabiertos.

—¿Para Brig?

Él asintió y flexionó los brazos, lo que trasladó la atención de ella a los músculos firmes de sus antebrazos desnudos.

—Para que ya no tenga que llevarlo en brazos al parque.

Ella inspiró abruptamente, casi con dolor en el pecho. Lo había construido para ella. Para evitarle el esfuerzo de cargar con el perro. Santo Dios, este hombre era demasiado.

—De verdad, no debería haber... —Se le cerró la garganta, trató de tragar el nudo varias veces, sin éxito.

Él se encogió de hombros.

—Me gusta construir cosas y me pareció un proyecto valioso.

La visión de Freya se nubló; le ardían los ojos. Apartándose, se sonó la nariz.

—Si no le agrada... —Él le apoyó una mano en el brazo.

—No, no es eso —susurró—. Es solo que... —Le caían lágrimas por las mejillas y una goteo sin ceremonias sobre la paja bajo sus pies—. Es solo que nadie ha hecho algo así por mí antes.

—Se lo merece —murmuró él.

Lord Huntingdon la giró hacia él y le apartó una lágrima con el pulgar, dejando un pequeño rastro caliente en su piel. Freya se encontró con su mirada y tragó con fuerza. El sol que entraba por la estrecha ventana de la caballeriza resaltaba su mandíbula fuerte y la intensidad de

su mirada. Cada centímetro de ella se paralizó ante la idea de lo que iba a suceder.

Y no había posibilidad de que se lo negara. ¿Cómo podría hacerlo? Él había tallado eso con sus propias manos, solo para ella. O para su perro. De cualquier manera, era lo más lindo que alguien le había hecho.

Guy cerró la distancia entre ellos y puso una mano en la base de la espalda de ella para acercarla hacia él. Le dio todo el tiempo del mundo para negarse, apartarlo o pronunciar una palabra.

Freya levantó la barbilla y cerró los ojos.

Los labios de él se encontraron con los de ella lentamente, con suavidad, como si saborearan alguna exquisitez. Ella emitió un pequeño gemido al sentirlo contra ella y abrió las manos sobre su pecho, explorando los músculos esculpidos debajo de las finas capas de tela. Él la saboreó con la lengua, explorándola perezosamente y dándole todo el tiempo del mundo para disfrutar del beso. El corazón de Freya latía de manera errática y sentía la piel caliente desde la cabeza a los pies.

Deslizó las manos hacia los brazos de Guy y se aferró a él, en un intento de acercarse más y profundizar el beso, pero abruptamente, él se inmovilizó. Retiró la mano de su espalda, y Freya sintió el aire frío. Abrió los ojos lentamente y lo miró con los párpados entornados, consciente de que tenía los labios calientes e hinchados. Los hombros de él se estremecieron ligeramente; dio un paso atrás y un sonido de pesar escapó de su garganta.

Freya se llevó una mano al corazón desbocado.

—Yo...

Él exhaló.

—¿Qué era lo que quería? —preguntó, tajante.

—Oh. —Casi había olvidado por qué había ido a buscarlo—. Ah, sí, em... me preguntaba cuándo vendría el médico.

Él frunció el ceño.

—¿Su madre ha empeorado?

—No, todo lo contrario —se apresuró a decir Freya—. Solo esperaba informarle a qué hora vendría.

—Alrededor de las tres, creo. Recibí una misiva de él esta mañana.

—Bien. Excelente. —Entrelazó las manos delante del cuerpo—. Bien, supongo que debería... —Soltó las manos y movió un pulgar hacia la salida.

—Sí, debería.

Una gran parte de ella deseaba quedarse. Preguntarle por qué había terminado el beso, suplicar que le dijera por qué no lo había llevado más allá. No tenía demasiada experiencia con hombres, pero había recibido varios besos en su vida y hasta había sucumbido a las persuasiones de un hombre varios años atrás. Sabía lo ansiosos que estaban los hombres por llevarse a la cama a una mujer dispuesta. ¿Entonces por qué él se había echado atrás?

Dejó caer los hombros y salió de prisa al patio, donde se detuvo para que dejar que el viento le enfriara la piel caldeada. Él se había echado atrás porque en realidad no la deseaba. Era la única explicación. Tal vez se compadecía de ella o incluso la apreciaba, como una especie de amiga extraña. ¿Por qué otra razón ayudaría a su madre y a su estúpido perro?

Pero las mujeres como ella no terminaban en las camas de condes y tampoco debería desearlo. Había visto cómo los hombres ricos trataban a las mujeres pobres una y otra vez: las descartaban, a menudo embarazadas y olvidadas. Si tenía algo de inteligencia, haría todo lo posible por alejarse de ese destino.

Era una pena que su mente, por lo general sagaz, no parecía querer funcionar cuando él estaba cerca. Tendría que esforzarse mucho, mucho más para no enamorarse de él.

Capítulo Dieciséis

Guy caminó hasta la ventana, se detuvo y miró hacia las calles oscuras, luego caminó de vuelta hasta la chimenea, para calentarse las manos cerca de las llamas ondeantes. El sol se había puesto hacía más de una hora y faltaba otra hora para la cena. La señorita Haversham lo sabía. Entonces, ¿por qué no había regresado a casa?

¿A casa? Miró sin ver el cuadro sobre la repisa. Esta no era su casa y con la mejora de la salud de su madre, ella se iría pronto. Sintió un peso en el estómago ante la idea; exhaló y se apartó de la chimenea de mármol tallado. No tenía derecho sobre ella, ninguna razón para preocuparse por dónde estaba. No era su padre, su marido, ni siquiera su amante.

Pero, Dios, cómo le apetecería serlo.

Apretó los dientes, volvió a la ventana y escudriñó la noche. Las lámparas brillaban a intervalos a lo largo de la calle, resaltando al ocasional transeúnte; su corazón se aceleraba para luego irse a los pies cuando se daba cuenta de que no era ella.

No podía negarlo. La deseaba. Cada centímetro de ella. El mero recuerdo del beso le causaba dolor. Pero el problema era que no sería él quien saldría herido si continuaban. Bueno, tal vez su vanidad sufriría un golpe, pero ninguna mujer podría manejarlo, de eso estaba seguro. Amelia no había sido el único encuentro de ese tipo, aunque había sido el peor porque él había estado convencido de que lo amaba y estaría dispuesta a intentarlo. Maldición, si su prometida no lo quería en su cama, ninguna mujer lo haría y no estaba dispuesto a lastimar a la señorita Haversham por nada en el mundo.

La puerta se abrió lentamente; Guy se giró de inmediato.

—Brown —dijo, incapaz de ocultar la decepción en su voz.

—La señorita Haversham aún no ha vuelto a casa, por lo visto.

—Todavía no ha regresado a mi casa, no —lo corrigió.

Los labios de Brown se curvaron, pero él los apretó en una línea recta y afilada.

—Estoy seguro de que volverá a casa para la cena, milord. La muchacha no parece ser desorganizada.

—Da igual. Puede quedarse con hambre, si es lo que desea.

—Por supuesto, milord.

Los labios del mayordomo volvieron a comportarse de esa manera extraña.

Guy suspiró y le clavó la mirada.

—¿Qué quieres, Brown?

—Oh, nada en absoluto, milord. Solo quería ver si la señorita Haversham estaba con usted.

—Bien, como puedes ver, no está —replicó, irritado—. Ahora deja de fisgonear y ve a hacer lo que sea que hagan los mayordomos.

—Solo dirigimos toda la casa, milord. Nada importante.

—Le contaré a la señora Bellamy que has dicho eso —le advirtió Guy—. Veremos si está de acuerdo.

—Como desee, milord. —Brown bajó la cabeza y retrocedió fuera de la sala.

Guy apretó la mandíbula y una vez más, volvió su atención a la ventana. Al diablo con Brown. Por algún motivo, le resultaba sumamente divertido que Guy hubiera acogido a la

señorita Haversham y a su madre. ¿Acaso él era tan malvado como para ignorar tales súplicas de ayuda? Habría hecho lo mismo por cualquiera, naturalmente.

Brown no tenía idea de su participación en el Club del Secuestro, pero lo conocía bien. Guy no imaginaba que su acción pudiera haberlo sorprendido.

Un movimiento atrajo su atención y se apartó rápidamente de la ventana, se instaló en el sillón junto a la chimenea y recuperó el libro que había dejado abierto sobre la mesa. Entornó los ojos para ver el texto, pero la luz tenue de la vela y la lámpara hacían casi imposible leer. Igual que el hecho de que se encontraba atento al ruido de la puerta principal.

Escuchó el golpe y la conversación amortiguada entre la señorita Haversham y Brown resonó a través de las paredes. Por fin, escuchó pasos suaves que se dirigían a su puerta.

Libro en mano, se paralizó, consciente de su respiración. Los pasos se detuvieron, pero la puerta no se abrió. Se quedó mirándola. Demonios, ¿estaría...?

La puerta se abrió y él volvió la vista al libro, fingiendo concentración.

—Siento llegar tan tarde. —Por el rabillo del ojo, la vio caminar hacia él.

—Mmm. —Bajó el libro y la miró. —¿Cómo dice?

—Solo me... disculpé por regresar tan tarde.

Él hizo un gesto con la mano, movió el marcador a la página abierta y colocó el libro sobre el apoyabrazos del sillón.

—No soy su guardián. Puede ir y venir a su antojo.

—Soy su invitada, sin embargo.

Se acercó al fuego, alargando las manos enguantadas hacia el calor. Guy la vio estremecerse e hizo una mueca. No debería hacer preguntas. No tenía nada que ver con él. Además, seguramente había estado corriendo detrás de habladoras o intentando encontrar alguna prueba de su participación en la desaparición de esas mujeres. No debía olvidar que -en esencia- ella era el enemigo.

—¿Dónde estaba? —preguntó, antes de que su cerebro pudiera frenar las palabras.

—Lucy había recibido algo de comida de una de las grandes casas para quienes trabaja como modista así que pasamos varias horas distribuyéndola.

Guy levantó ambas cejas.

—Ah.

—Mi intención era solo ayudarla con un encargo importante, pero difícilmente podría haberme negado ¿verdad?

—No, imagino que no. —Ahora se sentía como un verdadero idiota por molestarse con ella por no regresar a casa más temprano.

A casa, no. ¿Por qué no lograba recordarlo?

—¿Mi madre se encuentra bien?

—Está de excelente ánimo.

La señorita Haversham sonrió.

—¡Se ha recuperado tan rápido! No sé cómo podré pagarle alguna vez.

—Podría renunciar a la idea de que es necesario investigarme.

La sonrisa de ella se ensanchó.

—Jamás.

—¿O sea que todavía me cree un hombre terrible y malvado, responsable de la desaparición de todas esas mujeres?

Ella le sostuvo la mirada.

—Creo que guarda uno o dos secretos, sí.

—¿Y la parte malvada?

—Aun no he decidido sobre eso.

Él alzó los ojos al cielo.

—Por supuesto.

—Si le sirve de consuelo, no estoy más cerca de descubrir sus secretos.

—Qué bien.

—Ah, entonces guarda al menos uno. —Volvió a estremecerse.

Guy se levantó.

—No he dicho eso. —La miró, cerró la brecha entre ellos y apoyó las manos sobre los hombros de ella para dirigirla hacia el sillón.

Freya tragó con fuerza.

—Está congelada.

—Estoy bien —mintió entre dientes, en un esfuerzo por evitar que castañetearan. Ser una especie de damisela en apuros a ojos de él se le estaba volviendo cansador.

Aunque le gustaba cuando él tomaba el control.

Nadie había tomado el control en su vida antes y tenía que admitir que había algo agradable en ello.

Pero no podía permitirse ceder. Ya había quedado como una tonta por consentir a un beso y luego a dos. Él había dejado en claro que no la deseaba, así que tenía que mantenerse en guardia a todas horas. Si solo no estuviera tan agotada y helada. Sería mucho más fácil ser fuerte.

—Por una vez, haga lo que le dicen —le ordenó Lord Huntingdon.

Ella se dejó caer en el sillón, consciente de que los pies le latían dentro de los zapatos. Los mullidos cojines se acomodaron a su alrededor y si no fuera porque estaba en la misma habitación con este hombre absurdamente guapo, podría cerrar los ojos y dormirse fácilmente. Pero el ceño fruncido de él y sus cejas como fuertes líneas mantenían su atención fija en él.

Nunca había estado más confundida en su vida y no le agradaba estar confundida. Investigar consistía en estudiar las pruebas que uno tenía delante y llegar a una conclusión sólida. El problema con Lord Huntingdon era que ella no lograba llegar a ninguna conclusión. ¿Ella le gustaba, o no le gustaba? ¿Estaba involucrado en algo nefasto o simplemente era un hombre ridículamente heroico?

Él se arrodilló ante ella.

—¿Qué ha...? —dijo Freya, frunciendo el ceño.

Le tomó una mano entre las suyas y empujó los botones de sus guantes por los ojales, uno por uno. Una acción sencilla y sin embargo, ella se sintió cautivada por esos dedos fuertes y firmes que trabajaban rápidamente con los complicados botones. Le quitó el guante lentamente, lo colocó sobre el brazo del sillón y le tomó la otra mano. Repitió los movimientos y añadió el segundo guante a la silla.

Por fin, tomó una mano de ella entre las suyas; Freya suspiró al sentir el contacto de esas manos ligeramente callosas, manos desgastadas por el trabajo que había estado haciendo con el carrito, supuso. No conocía muchas manos de nobles, pero apostaría a que no muchas se sentían así, como las manos de un hombre que realmente trabajaba duro. La hacían sentir menos avergonzada por sus propias manos arañadas, doloridas y ásperas.

Frotó sus palmas sobre las de ella para calentarlas.

—Tiene las manos heladas —murmuró.

Ella asintió, con la boca seca. Él masajeó sus dedos y luego pasó a su otra mano. Mantuvo la mirada baja, concentrándose en calentar sus manos hasta que recuperaron el color

rosado y la sensación. Freya lo observó, examinando su oscuro cabello ondulado que brillaba con destellos dorados a la luz de la lámpara y las curvas firmes de su rostro. Su mirada se posó sobre la boca de él y recordó cómo la había transportado la sensación de sus labios sobre los de ella.

Esto se sentía igual. Aquí estaba él, ocupándose de su bienestar, permitiéndole frenar y dejar de pensar por un instante. No importaba si tenía frío, porque él lo arreglaría, no importaba que estuviera cansada, porque él tenía una solución para eso también. A la mañana siguiente estaría alimentada, abrigada y descansada.

Era difícil que eso no le gustara. Difícil que *él* no le gustara. Durante mucho tiempo se las había arreglado completamente por su cuenta. Como su madre le había dicho, depender de otro también podía ser una señal de fortaleza.

Excepto que él no la quería de esa manera y esto era algo temporal.

Retiró la mano con un movimiento brusco y él levantó la mirada.

—Ya no tengo más frío, gracias.

Él se puso de pie y entrelazó las manos detrás de la espalda.

—Por supuesto. —Inclinó ligeramente la cabeza—. La veré en la cena, entonces.

Freya asintió, sin mirarlo. Lo había ofendido, pero era la única manera. No podía hundirse todavía más en lo que fuera todo esto.

Se quedó mirando las llamas danzantes hasta que él se fue y esperó unos segundos más para asegurarse de que se hubiera ido. Luego subió las escaleras y abrió la puerta de la recámara de su madre. Estaba sentada en la cama, con un tazón vacío junto a la cama y un bordado entre las manos.

—¡Hace una eternidad que no te he visto bordar ni un solo punto! —exclamó Freya.

Su madre giró el bordado hacia ella, revelando un lío de puntadas, e hizo una mueca.

—Estoy muy fuera de práctica.

—Pero es un milagro. —Cerró la puerta detrás de sí y se detuvo junto a la cama.

Su madre frunció el ceño.

—¿Qué sucede?

No debería decirlo. No podía.

Se arrojó sobre la cama, bocabajo, con la frente contra el mullido colchón y los brazos abiertos.

—Es un desastre —dijo contra las mantas.

—¿Qué cosa, mi amor? —Su madre le acarició el pelo con una mano.

Freya giró la cabeza para mirarla, manteniendo la mejilla contra la tela suave.

—Me gusta, mamá. Me gusta de verdad.

Su madre asintió con expresión cómplice.

—Lo sé, cariño. Lo sé.

Capítulo Diecisiete

Guy se despertó sobresaltado; entornó los ojos, pero solo vio oscuridad. Escuchó por un momento, pero su corazón latía demasiado fuerte como para permitirle oír algo. Rodó de espaldas y miró el dosel de madera sobre su cama hasta que pudo distinguir tenues cuadrados.

Demonios, ahora estaba despierto sin motivo y no creía haber dormido mucho tiempo.

Se inmovilizó. Allí estaba otra vez. Un grito decididamente femenino. Se levantó de un salto y las sábanas se enredaron en sus piernas desnudas.

—Pero qué diablos... —Se desenredó con un brusco tirón y metió las piernas dentro de los pantalones que había dejado sobre el respaldo de una silla la noche anterior.

Cuando salió corriendo al pasillo, cayó en la cuenta de que no había encendido una vela; el pasillo, que carecía de ventanas, estaba más oscuro que su habitación. Aun así, no disminuyó el paso y pagó por ello golpeándose el dedo del pie contra una mesa que debió recordar que estaba cerca.

—¡Joder!

Cualquiera diría que años de caminar por ese corto pasillo bastarían para saber dónde estaba la maldita mesa.

—¿Lord Huntingdon?

Se giró y vio que la señorita Haversham salía de la habitación de su madre, vela en mano. El cabello suelto caía sobre el camisón y le llegaba casi hasta la cadera; tenía los ojos pesados de sueño. Guy tragó con fuerza e hizo un ademán hacia la puerta.

—Me pareció... es decir... —Frunció el ceño—. ¿Escuchó un grito?

Ella asintió.

—Mi madre. Una pesadilla leve, nada muy grave. Ya está tranquila.

—Entiendo. —Inspiró con fuerza. ¿Por qué seguía latiéndole tan fuerte el corazón? El supuesto peligro había desaparecido.

Bueno, si uno consideraba peligrosa a una mujer rubia y somnolienta, podía justificar los latidos acelerados de su corazón, que parecía habersele atascado en la garganta.

Freya levantó ligeramente la vela y sus ojos se agrandaron. Él frunció aún más el ceño y luego vio cómo la mirada de ella lo recorría de arriba abajo. Sus pies desnudos sentían el frío del suelo de madera y recordó que también tenía el torso descubierto. En el apuro, no se había puesto una camisa y odiaba dormir vestido. Una tontería, si consideraba que tenía huéspedes.

Los labios de ella se entreabrieron.

Por todos los fuegos del infierno, allí estaba el peligro. En sus grandes ojos y su dulce boca entreabierta. Le revolvía las entrañas, tensando y haciendo arder cada centímetro de su cuerpo. Incluyendo su maldita polla. Si no tenía cuidado, haría un papelón. Un *gran* papelón. Y ella huiría despavorida.

Se esforzó por mirar más allá de la pálida silueta delineada de ella hacia la pintura en sombras que estaba a la derecha. La tía abuela Edith. No precisamente una mujer atractiva, su tía. Su nariz larga, la barbilla casi invisible y los ojos saltones eran una combinación que ni siquiera el pintor más talentoso podía volver atractiva.

—¿Lord Henleigh, todo está bien? —Se movió ligeramente hacia la derecha, quedando directamente en su línea de visión.

Guy inspiró entre dientes. Ninguna tía fea resolvería esta situación. Tenía que girarse de

inmediato y volver a la cama. Algo realmente fácil de hacer. Solo requería de unos pocos pasos. Si se giraba un poco...

Dio un paso adelante.

No, demonios, no era así como se hacía.

La mirada de ella se posó otra vez sobre su tórax y ahora que él estaba más cerca, vio que el pecho de Freya se elevaba y bajaba rápidamente.

Muy bien, si no era capaz de apartarse, al menos podía ordenarle que volviera a la cama. Eso sería fácil. Solo tenía que decir las palabras.

—A la cama.

Hizo una mueca. Ahora parecía que exigía que fuera a acostarse con él. Y ahora lo asaltaban *las imágenes*. Su cabello contra su cuerpo desnudo. Luego contra el cuerpo de él. Los pechos delicados que apenas si podía distinguir debajo de la fina tela de su camisón ocupando la palma de su mano. La curva de su cintura y las manos de él sobre ella.

Esto no podía ser peor.

—Quiero decir, debería volver a la cama —logró graznar.

Ella apoyó la vela sobre la mesa contra la pared y la luz le acarició un lado, permitiéndole a Guy la vista del contorno de su cintura contra el sencillo camisón de algodón. Había visto mujeres luciendo prendas más seductoras y complejas, cubiertas de cintas y encaje con pronunciados escotes. Por supuesto, ninguna le había permitido tocarla tras descubrir lo que tenía para ofrecerles, pero no podían compararse a la señorita Haversham con ese simple camisón. Le permitía contemplarla sin distracciones.

Apretando los dientes, esperó a que ella obedeciera.

Qué tontería. ¿Cuándo había acatado alguna indicación la señorita Haversham? Se movió hacia él, casi como un fantasma, sin que sus pasos hicieran ruido sobre la madera. Se detuvo cuando su palma abierta hizo contacto con el pecho de él. Él exhaló con fuerza, sintiendo que su cuerpo temblaba. Maldición, estaba tan hambriento de sexo que la mera palma de una mano tenía un efecto ridículo sobre él.

O tal vez tuviera más que ver con la dueña de la palma. Ciertamente no podía recordar una reacción así a las caricias de Amelia. Frunció el ceño con fuerza cuando Freya añadió la otra mano y abrió los dedos.

Sería muy fácil cogerla de las muñecas y apartarla, decirle que se comportara y enviarla de vuelta a su habitación. Sin duda lo salvaría del peligro de que notara lo absurdamente bien dotado que estaba.

Por lo visto, le gustaba que las cosas se pusieran duras.

Corrección, muy duras.

Freya suponía que muchas mujeres ansiaban tocar el pecho del conde. Que por eso él no había reaccionado como si a ella hubiera que enviarla al manicomio más cercano. Le permitió que explorara los firmes planos de su pecho como si fuera algo común.

A ella no le gustaba demasiado la idea de que otras mujeres lo tocaran, pero no las culpaba. Sobre todo cuando la luz de las velas doraba sus músculos, resaltando las curvas que marcaban su estómago y la línea de vello oscuro que iba desde el ombligo hacia abajo, hasta sus pantalones.

Inspirando súbitamente una bocanada de aire que le pareció más caliente de lo debido, levantó la cabeza para apartar la mirada de lo que acababa de ver. Tenía que ser un truco de la luz, pero parecía haber un abultamiento significativo en sus pantalones.

Su cuerpo palpitó ante la idea, dejándola acalorada y con deseos de abrir los botones de su camisón. Podría haber sido pleno verano en ese pasillo oscuro y frío o tal vez alguien había encendido un fuego bajo sus pies, pues todo su ser ardía ante la idea de que él podía sentir excitación por el contacto con ella.

El pecho de él subía y bajaba al mismo ritmo de su respiración acelerada. Se maravilló ante la fuerza de él. Una cosa era sentir la firmeza de su cuerpo bajo la ropa, pero otra completamente diferente era tenerla desplegada frente a ella, lista para que la tomara. Sospechaba que podría pasar horas solo acariciándolo.

Algo que ciertamente no debería estar haciendo, pero parecía que sus manos tuvieran mente propia.

Siguió la línea de sus pectorales, más y más abajo hasta que...

Él le sujetó las muñecas. Freya lo miró a los ojos y él la sostuvo con firmeza. Sintió que se le secaba la boca mientras la mirada de él buscaba en la suya. A lo lejos, un carruaje pasó sacudiéndose y un búho ululó. Podrían haber pasado horas, o tal vez segundos, no lo sabía.

Entonces, él se movió abruptamente. Preparándose para la decepción que sentiría, esperó que la hiciera a un lado.

La boca de él cubrió la suya en un arrebato. Le soltó las muñecas y empujó una mano firme bajo su cabello para tomarla de la nuca. Su otra mano le sujetó la cintura y ella dejó escapar un sonido de sorpresa que él rápidamente tragó con su beso.

No tuvo clemencia con Freya, ni ella deseó que la tuviera. Todo era dureza. Apretó su cuerpo contra el de Freya y con su boca la instó a abrir la de ella, sin delicadeza. Su lengua invadió con fuerza la boca de ella. Freya salió al encuentro del beso con intensidad similar, incapaz de reaccionar de ninguna otra manera. Su estómago daba vuelcos y se tensaba, su mente corría a toda velocidad, pero no llegaba a ninguna conclusión firme excepto que necesitaba más.

Más besos, más caricias.

Retrocedió unos pasos y su espalda se topó con la pared. Él aprovechó la oportunidad para tomar todo lo que ella tenía para dar, besándola una y otra vez hasta que ella ya no supo dónde terminaba su cuerpo y comenzaba el de Guy. La mano que él tenía en su cintura subió hasta cubrir un pecho y ella gimió contra la boca de él al sentir que se lo acariciaba con fuerza. Guy siguió explorándola, moviéndose sobre su cintura mientras le robaba el aliento con cada beso. Curvó una mano sobre su cadera y ella se flexionó ante el contacto, sintiendo crecer el deseo en el centro de su ser. Si podía besarla así...

Solo imagina lo que podría hacerle a tu cuerpo...

—Freya —murmuró él, separándose por un instante. El sonido de su nombre en labios de él casi la hizo desplomarse de deseo.

—Por favor —suplicó, bajando una mano entre ambos cuerpos.

Él la sujetó de la muñeca y se la apartó, luego cogió la tela de su camisón y la levantó; Freya sintió el aire frío contra sus muslos ardientes. Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra la pared mientras él se abría camino a besos por la curva de su cuello, mordisqueándole el lóbulo de la oreja, los labios, luego hacia abajo otra vez, haciéndola estremecerse en olas de placer.

Siguió levantando la tela hasta que Freya sintió que quedaba expuesta ante él. Sus dedos se deslizaban sobre ella. Despacio. Demasiado despacio. Empujó las caderas hacia a modo de invitación. Cada centímetro de su ser latía de ansias.

El conde la miró a los ojos mientras ella levantaba una pierna y la apoyaba sobre la cadera de él; ahogó una exclamación ante la primera caricia, abriendo grandes los ojos. Llamas de deseo ardían en la mirada de él. Le acarició el húmedo centro de calor y ella sintió latidos de

placer como rayos en su cuerpo. Luego el deslizó el dedo entre sus pliegues.

Freya respiraba rápida y agitadamente, expectante. Con un gemido, él hundió un dedo dentro de ella y la besó con ardor, tragándose su gritito ahogado. Se movió dentro y fuera de ella, pasando el pulgar sobre su punto más sensible y luego añadió un segundo dedo, moviéndose con más velocidad. Aceleró el ritmo y ella se retorció contra su mano, soltando fragmentos de placer mientras él le besaba la cara, los labios, el cuerpo, los pezones a través de la tela del camisón.

El placer se apoderó de ella de repente. La inundó inesperadamente y ella clavó las uñas en los brazos de él, echando la cabeza hacia atrás para encontrar apoyo. Con los ojos cerrados, cabalgó las últimas olas hasta quedar tibia y palpitante. Cuando por fin abrió los ojos, lo encontró mirándola con intensidad. Él retiró la mano y ella creyó que la abandonaría, pero la ayudó a bajarse el camisón y luego le besó la frente.

—Vuelva a la cama —murmuró con voz ronca—. Haga caso por una vez en su vida.

Freya asintió, aturdida y regresó deprisa a su habitación. Cerró la puerta y se apretó una mano contra el corazón desbocado. ¿Qué demonios acababan de hacer?

Capítulo Dieciocho

—Te ves algo cansado, Guy, ¿estás durmiendo bien? —preguntó Rosie mientras Russell la ayudaba con el abrigo y el sombrero.

Cansado. ¡Já! Esa palabra ni siquiera empezaba a describirlo. Estaba atrapado en esa extraña, febril versión de cansancio en la que uno no pegaba un ojo, se sentía aturdido y a la vez demasiado estimulado por la vida.

¿Estimulado? Qué elección espantosa de palabras. Ya bastante malo era que no pudiera olvidar la sensación de Freya bajo sus dedos, ni el sonido de cuando había llegado al clímax, sin que fuera necesario agregar palabras como “estimulado” a la mezcla.

Russell lo miró con atención.

—No te equivocas, Rosie. Ni siquiera te has afeitado esta mañana, Guy.

Él se llevó una mano a la mandíbula con un movimiento automático e hizo una mueca al sentir la aspereza en su piel. ¿Cómo le había permitido su valet salir del dormitorio de esa manera? Aunque, a decir verdad, Long podría haberle dicho que le estaba creciendo un bosque en el mentón y él no le hubiera prestado atención.

Cómo iba a hacerlo, cuando unas pocas horas antes había estado acariciando a Freya, besándola, a punto de llevarla a la cama. Soltó el aire. Qué idiota era, había estado tan cerca de revelarse. Si ella no hubiera estado sacudida por el placer, habría notado su tamaño, seguramente. Y luego no habría querido tener nada que ver con él.

—¿Has olvidado que vendríamos de visita hoy? —preguntó Rosie, llevándose una mano al pelo para asegurarse que sus rizos oscuros seguían perfectamente peinados.

—En absoluto —se apresuró a responder Guy—. He estado ocupado, nada más.

—Esperaba poder tratar el problema que estamos teniendo con Lady P... —Russell cerró la boca y miró más allá de Guy, arqueando una ceja.

Guy se giró de inmediato y vio a Freya al fondo del pasillo, con las manos entrelazadas. Pasaba el peso del cuerpo de una pierna a la otra.

Trató de no pensar en la figura que había palpado debajo del sencillo camisón gris.

Trató, pero fracasó.

—¡Señorita Haversham, que alegría! —Rosie se dirigió a toda prisa hacia ella—. ¿Qué está haciendo por aquí?

Ella miró al suelo.

—Pues... em... —Miró a Guy con impotencia—. ¿Lord Huntingdon?

—La señorita Haversham y su madre se están alojando aquí por un tiempo. —Trató de mantener su expresión lo más neutral posible, sobre todo cuando sintió que Rosie lo observaba con atención.

—Ah, comprendo. —Rosie ladeó la cabeza—. Pues no es de extrañar que Guy olvidara que lo visitaríamos esta tarde. Tiene la casa llena.

—En absoluto —respondió él, seco—. Y no lo olvidé.

—Claro que sí. —Rosie sonrió—. Pero no te culparemos, te lo prometo.

—Mi madre no está bien —se apresuró a explicar Freya—. No estaríamos aquí si no fuera absolutamente necesario.

—Absolutamente necesario —respondió Russell con una sonrisa—. ¿Entiendo que su madre no podía recuperarse en casa de la señorita Haversham? —murmuró a Guy.

—No, no podía —respondió él entre dientes.
¡Demonios!

NOTA DE LA AUTORA

Gracias por leer el libro final de la serie ·El Club del Secuestro. Espero que hayas disfrutado leyéndolos tanto como yo al escribirlos. Si te has perdido Capturando a la novia y El rapto de la heredera, El secuestro de la solterona se puede leer de forma independiente. Puedes conocer la historia de Nash y Grace en el Libro 1 y la de Russell y Rosamunde en el libro 2. Si disfrutas de esta serie, es posible que también te gusten mis historias de *Rogues of Redmere* y mis novelas de *Bluestocking Brides*.

Encontrarás todos mis libros en Amazon y en mi sitio web.